

EL ANARQUISTA CORONADO DE ADELFA

Manuel Vicent



Manuel Vicent nació en 1936, es licenciado en Derecho por la Universidad de Valencia y tiene estudios de Filosofía y Periodismo. Premio Alfaguara con la novela *Pascua y naranjas*. Ha publicado otras novelas y relatos y un estudio sobre *García Lorca*. Escribió en la Tercera Página en el diario *Madrid*, en la revista *Hermano Lobo* y ha hecho la crónica parlamentaria en *El País*, donde es colaborador actualmente.

De la obra que ahora presentamos el autor nos dice: «No sé si esto es una novela, ni siquiera si es un relato. Después de releer el original he llegado a la conclusión que esto solo es un libro de imágenes. Tengo una manera peculiar de escribir, un método compulsivo de decir las cosas: abro la manguera a toda presión y con la angustia de unos cien metros libres lleno doscientos folios en un mes. Lo que hay dentro de este mazo de papeles, en este caso, no es más que una serie de vivencias de cuarenta años de política traducida a estética. El tránsito de la dictadura a la democracia elaborada con las luces de una feria berebere».

La única relación que este libro tiene con el anarquismo, es el título. Las palabras anarquista o anarquismo, no aparecen una sola vez en el texto. Tampoco, por mucho que indagemos podremos encontrar alguien con ideas mímimamente próximas al anarquismo o el antiautoritarismo, ni siquiera al nihilismo.

En un *totum revolutum* con una escritura semiautomática al estilo surrealista y sin mucho sentido, Vicent nos vuelve a ofrecer una crónica parlamentaria fantástica y sui generis con explosión, situada en una España, donde los únicos atentados con bomba venían desde el nacionalismo, es decir el autoritarismo.

MANUEL
VICENT
EL ANARQUISTA
CORONADO
DE ADELFA





Manuel Vicent

El anarquista coronado de adelfas

Áncora & Delfín - 539

ePub r1.0

Titivillus 29.08.2024

Título original: *El anarquista coronado de adelfas*

Manuel Vicent, 1979

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html



Anda, criatura, acércate y verás la séptima cara del dado, el perfil putrefacto de la lógica. Toma esta china de hachís y caliéntala al amor de una cerilla hasta que se reblandezca. Con las yemas de tus dedos de pianista dale ahora un suave masaje para que se convierta en una gravilla pegajosa. Despacio, criatura, despacio. Este es un trabajo muy rítmico, muy dulce, talmente una caricia de confesor, como la de un anacoreta que se tienta el frenillo del glande. Mientras tanto piensa en Buda, por ejemplo. Piensa que el ombligo de Buda exuda un hilo de miel que le fluye por la barrica del vientre hasta inundarle su sexo de molusco en una pequeña charca azucarada. Ahora coge este taco de goma 2 y amásalo con la pasta perfumada del hachís hasta que formen un solo cuerpo místico. La mierda y la dinamita son los dos polos de esta cultura. Hacia la vertical del Sinaí por un lado llega una nube de heroína, por otro acude un frente de ácido nítrico y al entrar en contacto, en una tormenta de septiembre que machaca el moscatel de Baco, el rayo ilumina las nuevas tablas de la ley fabricadas en metacrilato que un Moisés ejecutivo, disfrazado de roker, vende en la tercera planta del Corte Inglés, sección ofertas de llaveros para pantalones texas.

Así, despacio, suavemente. Muy bien, encanto. Ahora saca el papel de fumar, marca Jean, y lía para los dos un canuto acampanado con ese producto de los dioses. Trenza con la uña una corona real en la punta de ese artefacto explosivo cuya onda expansiva está calculada científicamente para que te derribe todo el seso excepto la glándula pineal, que es la morada de la estética. Toma fuego. Cuelga el fulminante de tu ardiente comisura, amor mío, recuéstate en el sillón frailer y aspira. Aspira. Aspira. Aspira hasta que se te pongan muy dulces las patas.

¡¡¡Crac... Crac... Crackk —prumbrackkk!!!

Ya está. ¿Lo ves? No ha sido nada. Tu glándula pineal ha despegado en dirección a la luna y una parte del occipital la tienes bajo la mesa camilla. Un ojo aún no desprendido del pómulo está colgado de la lámpara del techo. El grueso de tu masa encefálica se te ha aplastado contra el calendario de Marilyn Monroe como un pastel de aniversario. Una ráfaga de dientes se ha disparado por el ventanal, ha segado los geranios de la terraza y sus tallos han comenzado a sangrar goteando desde el cuarto piso sobre la marquesina de la Fonda del Comercio. El cerebelo se te ha ido contra el retrato ovalado de tu abuelo militar. ¿No oyes nada? Después de un sólido silencio el pasodoble Suspiros de España, tocado con sintetizador electrónico bien temperado, atraviesa las esferas hibernadas persiguiendo tu glándula pineal radiactiva que acaba

de entrar en órbita. Ya has logrado alcanzar la evasión absoluta. Te has convertido en una idea sintética *a priori*, muchacho, en una categoría de Platón, musicada por el maestro Gordillo. Y das vueltas, y vueltas, y vueltas alrededor del mapa de operaciones planeando sobre la geopolítica: eso que ves ahí abajo es la VI Flota con sus marines de pelo de cepillo, con un pito colgado del canesú, aquello de más allá es una blenorragia, barquitos que navegan como espiroquetas pálidas en una emulsión de chancro de cocacola guardando la Ford de Almusafes. Cuéntame tu experiencia lírica, dime cómo estás ahí arriba, criatura, convertido en musa de artillería. Una calada más y hubieras visto el aura a la gorra del coronel pero la explosión ha sido demasiado concreta, te has ido muy rápido. Desde la altura de esa belleza radial, ¿puedes vislumbrar allá abajo el campo feliz de tu infancia? Todo enturbiado por una calima de marihuana, allá abajo están la trinchera con la adelfa, la bomba oxidada, el burro muerto revestido de pontifical. Y el balneario derruido.

La bomba oxidada está rodeada de avispa entre unas matas de salvia que huelen violentamente con la luz áspera de la sequía. El pelirrojo Machancoses la ha descubierto dos días antes; tú necesitas atún en escabeche para la ceremonia y sigues al pelirrojo por el seno de la trinchera. El cordero está atado al tronco del castaño al pie de aquel monte lleno de espliego, anís, lavanda, poleo, comino, orégano, un perfume alanceado por el sol mahometano de tu niñez. Ya no hay soldados muertos aquí, pero en el nítido cielo de ese mediodía aparece un anillo de cuervos. En la trinchera hay un acordeón podrido, una bota de militar con la tibia pelada dentro. El pelirrojo busca el aro de los proyectiles, las cápsulas de bala, el metal de los pistones y los fulminantes que él rasca ahora en una piedra para sacarles el brillo de cobre. Una veta de piteras y adelfas bordea la zanja y las cigarras vibran en las encinas. El pelirrojo lleva el morral mediado de hierros para ofrecérselos al trapero del poblado. Según sus cálculos la bomba está a un centenar de pasos más arriba pero el sudor le ha desbordado las cejas y te hace sentar a su lado a la sombra del terraplén adonde llegan ya las ondas de carne descompuesta mezclada con olor de espliego y sonido de tábanos. El pelirrojo Machancoses conoce a un trapero que dará por todo esto lo menos cincuenta pesetas. Tú no sabes lo que es ganar dinero, muchacho. Es mucho mejor que acariciarse el sexo bajo el castaño de Indias contemplando la salida del sol, como esta mañana. El dinero se mete en el bolsillo que está junto al escroto; introduces la mano en el bolsillo y puedes restregar la efigie de Franco contra tu pequeña virilidad. Seguramente hay algo muerto ahí cerca. Antes por aquí veías cascos, calaveras de hombre, esqueletos ataviados con uniforme, cantimploras, mosquetones orinados, machetes y macutos alrededor de esta cruz de los caídos meada por los jabalíes. Por aquí han pasado ellos, los héroes de mierda. Ahora un silencio de domingo vibrado por las cigarras y la luz terral golpeada por el viento sur se concentran en los vidrios de los matorrales. Te daré diez pesetas y podrás comprar atún en escabeche: un papel de estraza extendido en la palma de tu mano y esa mujer

gorda como la madre patria con delantal que viene en el libro escolar hundirá el cuchillo en el bote de atún sobre el mostrador.

Tienes siete años, aquel espacio solar lleno de campanillas moradas y hierbaluisa en el patio junto a la alberca de agua ya un poco putrefacta, sobrevolada por los pisaverdes donde se refleja el jazminero, esa edad en que el diablo expulsado por el bautismo regresa al cuerpo para jugar con el bacilo de Koch y los dos juntos te ofrecen la oportunidad de ir al infierno con el estómago atiborrado ya por una eucaristía con sabor a menta. El pelirrojo Machancoses tiene doce años y ya sabe para qué sirve el dinero. Con el moflete del generalísimo de cobre que está en la moneda recoge el esperma bajo el castaño de Indias frente aquel amanecer de nubes irisadas como un retablo barroco de Bernini. Tú quieres el atún para que sirva de acción de gracias después de la ceremonia sobre el baúl cerrado del desván. Las ondas de carne descompuesta y el anillo de cuervos sobre tu cabeza señalan que hay algo muerto cerca de la bomba. Es un pollino con las patas hieráticas apuntando al cielo desde el fondo de la trinchera; tiene un boquete en la tripa comido por las zorras, la caja de la calavera ya mondada por las alimañas y las moscas zumban alrededor, se quiebran en la luz cenagosa, violenta. El pollino está revestido de pontifical. Sus grandes orejas le forman una mitra con grecas de oro, una estola morada le pende del pescuezo esquilado, la capa pluvial con arabescos le cubre la riñonada y deja ver las cuadernas del costillar y el boquete del vientre con un orinal dentro. La bomba está a tres pasos del burro muerto entre unas matas de salvia. No es como las otras, de granos verdosos, que tú conoces tan bien. Esta parece un bote de conserva con una muesca profunda. El pelirrojo Machancoses la tienta con una vara y trata de incorporarla en el matorral, pugna por levantarle el rabo con suaves embestidas para analizar a cierta distancia la calidad del fulminante. Cuando el pelirrojo se percata de que no hay peligro se inclina sobre el bote, lo examina sonriendo con la mirada y te indica que el valor para el trapero consiste en este canutillo de cobre incrustado en la base. De todas formas hay que probar. El pelirrojo planta la bomba junto a la cepa de la cruz de los caídos, escoge piedras de buen tamaño, él resguardado en la trinchera, tú detrás de un terraplén y comienza entre los dos una guerra de cantazos sobre el pedestal de la cruz y así hasta que uno le da de lleno y la bomba cae rodando por los tres peldaños de argamasa con un sonido de lata hueca. Se ve que la pólvora está podrida porque ya hace siete años que ellos pasaron por aquí cantando el miserere a dúo mientras se atravesaban el hígado con la bayoneta saltando sobre los cadáveres, sobre las ruinas, tan hermosos como los dibujos de Sáenz de Tejada con su manta cruzada en el pecho iluminado por Cifesa, a conquistar otra cota hollando el poleo, el romero, el tomillo y la lavanda, aquel ganado de redentores, sacristanes enfurecidos, profetas alcohólicos, que han dejado un rastrojo de hierro para el trapero, una cruz como recuerdo en este territorio de jabalíes y el burro muerto revestido de pontifical. Al amanecer has salido con el cordero pintado de azul celeste, con el zanahoria de Machancoses en dirección al monte, hacia la partida de Azud. La sombra densa del

castaño está en el primer repecho y desde allí se ve la luz oblicua de melocotón sobre los tejados del poblado al fondo del valle, el palomar incandescente de Martín Mohamed, el bando de torcaces que vuela sobre las palmeras en la bruma dorada de una salida de sol entre nimbos, como si amaneciera por detrás del cogote apoteósico de un santo. La escena ya está preparada. Ahora desabróchate la bragueta y saca ese apéndice traslúcido, el juguete carnosillo y acaríciate así hasta que te dé un calambre en la parte inferior. Mira esta moneda. El pelirrojo blande diez céntimos de cobre en el aire. Mírala bien. Este señor gordito que hay aquí es el que manda. Acaríciate el rabito mirando dulcemente al Caudillo y cuando el placer comience a enturbiarte los ojos y su cara se diluya en tu éxtasis, de modo que se convierta en materia de sueños, se podrá decir que ya eres un hombre. El pelirrojo deposita sus espermatozoides de estaño sobre la efigie del dictador que se refleja en el fondo del semen. El pelirrojo te ha iniciado a cambio de unos fulminantes, te ha enseñado una mujer embarazada que camina con los pies zambos, con ese misterioso canastillo debajo de la falda y tú le has regalado un destornillador. El cordero pintado de azul celeste está atado al tronco del castaño, lo oyes balar en la lejanía desde lo alto del monte con el cerebro aturdido por la luz terral. El pelirrojo Machancoses ha dejado a un lado el morral y con una piedra comienza a machacar la bomba oxidada, pero tú no puedes soportar el olor a burro muerto y recorres la zanja buscando la quincalla que han dejado los héroes. Oyes los golpes secos del camarada que suenan ahora detrás del codo de la trinchera. Y enseguida la explosión. Una profunda explosión cerebral detrás del terraplén. Desde el fondo de la hoya una nube puntiaguda de arcilla que lleva en su interior el burro vestido de pontifical se proyecta contra la adelfa y lo dispara todo hacia arriba, al burro con ornamentos, a la adelfa, con el gran sonido y la polvareda radiante partida por el gritito de rata del pelirrojo Machancoses. Y todo eso lo ves flotar ahora sobre las copas de los alcornoques y el burro en lo alto del cielo se enmaraña en una bandada de cuervos que graznan de placer ante la ofrenda que les llega de abajo. Ahora el pelirrojo corre por la ladera bordeando las trochas llorando con el rostro ensangrentado por los matorrales, y tú le sigues durante esa hora de camino hasta que la sangre ha dejado de manar sobre las aliagas, con los hierros a cuestras y el trote ladeado por la punzada del bazo cuando el camarada lleva la cara guateada por los cuajarones con un foco pastoso en el sitio del ojo izquierdo. Pero el ojo del pelirrojo ha caído en el sendero mucho antes. Lo has recogido y lo llevas en el morral. El ojo del camarada ya pulido, bien fregado en el lavadero público, tiene una dureza resbaladiza, algo que da gusto acariciar en el bolsillo. Ahora solo es un amasijo húmedo que ha traspasado de sangre la lona del saco después de gotear sobre las cápsulas de bala. Un olor violento a espliego o a romero o a salvia, con los balidos del cordero, se extasía sobre las terrazas del poblado.

Son las tres de la tarde del 18 de julio, con un calor fétido. A las tres de la tarde atraviesas la polvorienta plaza del poblado con el cordero pintado de azul celeste y el ojo de Machancoses bien lavado en el bolsillo, cuando Martín Mohamed está otra vez

encaramado en el palomar con el turbante puesto, rodeado de palomas, con los brazos elevados al cielo como dos candelabros invocando al invicto caudillo Franco. El tejado de Mohamed está lleno de avispas. Martín Mohamed es un viejo yogui enloquecido durante el servicio militar en Tetuán y que en días señalados sube al palomar, a modo de minarete, para hacer de muecín y desde allí lanza sobre los tejados unos alaridos litúrgicos con una sonoridad herida. Cuando el pelirrojo Machancoses cruza la plaza con el rostro partido por la metralla y tú le sigues con el cordero pintado de azul celeste, Martín Mohamed está encaramado allá en lo alto señalando la festividad. Piensa en aquel silencio desolado de las tres de la tarde cuando unos golpes de viento sur agitan la oreja de las tres banderas colgadas en el balcón del Ayuntamiento, imagínate aquel pequeño terregal que empolva a bocanadas los dos coches oficiales aparcados en la puerta. El gobernador ha llegado y está comiendo con las autoridades del poblado en la Fonda del Comercio. El gobernador ha inaugurado las pesas del matadero y en su honor se ha sacrificado un cerdo en la explanada del Cristo de las Ánimas. Ahora están todos allí en el zaguán de la fonda con un relente de azulejos lavados, la mesa de mármol en medio, el botijo encima y los héroes alrededor con el pelo con brillantina tomando leche merengada, abanicándose la papada abrasada por los regüeldos ácidos del gorrino. A la hora de la sobremesa se oye cantar a Martín Mohamed desde lo alto del palomar. «Franco, tú eres el mejor, eres el más grande, como Alá». Entonces un concejal le manda bajar para que ejecute la otra gracia de su repertorio delante del gobernador.

Por un don de la naturaleza y después de muchos años de ejercicio, Martín Mohamed, con un perfecto dominio de los músculos involuntarios, ha logrado invertir el proceso de la digestión, esa es la habilidad que ha sido requerida para entretener la sobremesa del gobernador civil de la provincia. Martín Mohamed puede cambiar la acción peristáltica de los intestinos y el movimiento del gástrico para dar el espectáculo de sacar por la boca un objeto introducido por el recto.

Ahora llevan a Martín Mohamed en presencia del gobernador para conmemorar el 18 de Julio allí en el zaguán de la Fonda del Comercio con las autoridades abiertas de compás en los sillones de mimbre y Mohamed en medio, de rodillas con el turbante morado. El gobernador fuma puro y toma una cucharada de leche merengada cuando tiene todavía el humo en los pulmones. El gobernador pide que el faquir haga la demostración de su privilegio con el trapo morado que le recuerda la bandera republicana. Martín Mohamed se despoja del turbante y su cebolla rapada con las sienes de pollo frito se libera en el aire de aquella distinguida concurrencia. Se baja los pantalones y pide a los espectadores cualquier objeto elástico que atado en la punta del pañuelo pueda hacer de guía a través de los intestinos. Los niños desde el dintel de la fonda le ofrecen piedras de todos los tamaños pero tú has sacado del bolsillo el ojo del pelirrojo Machancoses fregado en el lavadero y se lo has ofrecido al yogui Mohamed. Él lo analiza, tiente su dureza resbaladiza y asiente. Martín Mohamed ata el ojo de Machancoses en el extremo del trapo y con una sonrisa

extasiada, ofrecida al gobernador, de un suave apretón lo introduce por el recto. Un concejal pide silencio y en voz baja explica los entresijos y pormenores del rito en medio de una gran concentración.

Allí, arrodillado, todos callados, el faquir comienza a ondular el vientre con unas palpitations largas, densas hacia arriba y el turbante lentamente se agita sobre las baldosas y desaparece por su entrepierna. Cuando Martín Mohamed está en forma la ceremonia dura una hora, según cronómetro oficial. Para entretener esa espera la autoridad del poblado manda pedir otra ración de leche merengada y el concejo puesto en círculo engulle el helado hasta el momento estelar en que la bandera republicana, guiada por el ojo de Machancoses se asome por las encías peladas del yogui, entre esas dos barras de fresa casi transparente. Allí, sentados en los sillones de mimbre, están algunos espectros de tu infancia. Tu padre agita la pata de palo, con la fusta dentro de la polaina, tamborilea los dedos sobre la cruz del valor individual. Allí están todos esperando que se produzca el vómito negro.

Esa chupada de hachís te ha alcanzado el intestino sacro, te ha llenado de dulzura el fondo de la pelvis y los muslos han tomado una densidad azucarada. El cordero está balando en medio del descampado de la Carrera de San Jerónimo y de repente lo has agarrado con una violenta brazada por las cuatro patas y lo has arrojado a la piscina. Un sacristán con sobrepelliz y traje de pana comienza a tocar el órgano, ilustrando los balidos del cordero cuando los golpes de siroco levantan un terregal con un abrojo de botellas de coca-cola, envases de crocante y latas vacías de conserva que se proyectan contra las escalinatas del Congreso de los Diputados cuya fachada está pintada con cal a causa de la peste y las columnas corintias aparecen enracimadas de cabras que tocan el caramillo con el belfo húmedo mirando cómo cae del cielo, después de una larga parábola fétida, un burro muerto revestido de pontifical, al pie de la compañía que va a presentar armas. El sacristán se dirige hacia la botella de ron que ha escondido detrás del escaño y el órgano ha cambiado la melodía gregoriana, que toca el cordero con pendientes de plata, por el himno nacional Suspiros de España para acompañar la subida del rey, vestido de capitán general, por la escalinata del Congreso. La Carrera de San Jerónimo ha sido tomada por guardias planetarios con la celada en el hocico que se reparten cajas de dátiles, botes de humo, munición de goma, bombonas de gas lacrimógeno. El Congreso de los Diputados está protegido bajo un caparazón de puercoespín erizado de metralletas, aunque ellos una hora antes ya se han refugiado en el interior. El pasodoble Suspiros de España inunda los pasillos de mármol, el espacio de los salones con alfombras y muebles isabelinos, la penumbra matizada por los vitrales emplomados, perfumada por el terciopelo de los tresillos rojos, los cortinajes y el paño de los ujieres de cadera humilde y engrasada. Atraviesas el corredor flanqueado por los lienzos de craquelados proceres, abres esa gran puerta de caoba con taraceas de palo rosa y de repente los ves a todos allí dentro sentados en los escaños raídos como en una pérgola de parque provinciano a modo de jardín de balneario derruido,

las tribunas de escayola pintada, las columnas que mantienen una orla de balconillos al aire, un gran recinto sin techo con el cielo azul lleno de golondrinas y cruzado por la colada de la vecindad, todo batido por el pasodoble que toca el cordero con las pezuñas. El tiempo justo que tarda el ojo de Machancoses en recorrer de abajo arriba el cuerpo del yogui Mohamed es el cronómetro oficial que marca la espera hasta que llegue su majestad Juan Carlos I a las Cortes. Ellos entretienen este tiempo de gracia haciendo sus números. Fraga realiza el acto del lanzallamas. Con el andar basculante golpeando con su cabeza enfurecida y rapada los flancos de la trayectoria sube al estrado con la antorcha y la esencia de gasolina, lanza un prodigioso eructo combustible que se incendia en el espacio. La pérgola se ha convertido en una feria medieval, en un mercado berebere. Carrillo está sentado en cuclillas sobre la alfombra patrimonial en el semicírculo del banco azul frente a un canasto de serpientes, rodeado de panderos. De pronto se apea el cigarrillo del labio, destapa el envase, comienza a tañer la dulzaina y una cobra macho levanta la cabeza, el cuello achatado, y describe en el aire un seno rematado por la lengua bífida, un interrogante dirigido a Alfonso Guerra. Hay bombón helado. Jordi Pujol, con el cajetín sobre la tripa, pregona por el graderío bombón helado, chocolatinas y almendras garrapiñadas. Felipe González levanta con sus propios bíceps a Peces-Barba sobre la vertical del cráneo. Tierno Galván lleva en la solapa una ristra de iguales para hoy, en la sombra de sus gafas negras se refleja el hemiciclo a manera de ojo de pez y con la cachava en forma de puntero sobre un cartelón va narrando un relato blasfemo con tonadilla de feriante, érase una vez un enanito polainudo que trajo la felicidad a sus súbditos como un presente de dátiles desde lo más profundo del desierto, era panzón como una croqueta, tenía la voz de flauta dulce y el culo de abadesa, amaba profundamente las escopetas y estaba enamorado de la yugular de sus vecinos a los que regalaba aceite de ricino. El hemiciclo ha tomado el aire de feria berebere, sonido e imagen, cantares de ciego, pliegos de cordel, y los diputados forman corros y se dicen entre sí la buenaventura, se sacan las muelas, se rapan el pelo, se leen las rayas de la mano, se adivinan el porvenir, se cuentan historias antiguas, batallas famosas como la de Brunete y Belchite, se revenden herraduras de la buena suerte, se arreglan paraguas y somiers, se remiendan cántaros y botijos, se relatan fábulas del sur, se asan pinchos morunos. López Rodó tiene metidos los pies en una palangana de agua mineral allá arriba en su escaño, Fernández de la Mora con el bocio repleto de escolástica se manda hacer la traqueotomía por un veterinario socialista. En los palcos están las mujeres, las madres, las novias, las queridas de los diputados haciendo ganchillo. Hay en los balconillos abarrotados un género de sudor perfumado con Mirurgia del preámbulo de una boda siciliana, pero también esa suspensión de ánimo que se establece en la parte de acá de las rejas del zoo. Abajo están ellos, un foso de fieras de pantomima, en cuyos abrevaderos los bedeles han puesto hoy ración doble de bromuro. Pasionaria duerme tres siglos de duelo en la sala desierta de una estación de ferrocarril esperando un lejano borreguero cargado de cosacos de circo. A Pasionaria

no la despierta este murmullo de feria medieval que se ha levantado en la pérgola. Rafael Alberti es una ave espiritada del paraíso con las alas de la chaqueta llenas de sal marina y el cabello de huevo hilado. Sus bostezos crean un vacío en el recinto y por un momento las señorías de menor peso comienzan a levitar como astronautas vestidos de príncipe de Gales y ascienden planeando hasta los balconillos del público de modo que las madres, las novias, las esposas y las queridas los pueden acariciar y dar besos de tornillo en el espacio con un gran aplauso del quórum. El aire tiene una densidad casi sólida elaborada por los gritos y el aliento de la concurrencia; desde los palcos se desploma hacia los escaños y la gravedad arrastra las bragas de las coimas oficiales que se posan como palomas de Fátima sobre las cabezas de los diputados. La fachada del caserón está pintada con cal por la peste bubónica que provoca un vómito negro, sus columnas corintias están enracimadas de cabras que tocan el caramillo y tienen las ubres manando leche en arrayanes sobre la escalinata. En la plaza de las Cortes hay mil pollinos aparcados, todos cargados con cajas de coca cola y una compañía con bandera y banda que viene a rendir armas se abre paso en aquel estacionamiento berebere y con gran estruendo de botas resbala en el charco de leche de cabra. El día señalado, 22 de julio de 1978, al mediodía aquel gobernador civil también está allí dentro, con el pelo plateado y el bigote teñido con camomila. Lleva el traje color crema, la corbata con pintas rojas y en el ojal una vaina de guisantes de oro. Es diputado centrista, va por el graderío batiendo convulsivamente el costillar de los viejos camaradas, fumando un puro atenazado por el dedo con un brillante de cinco quilates donde se refleja el portal de la Fonda del Comercio. Por la Carrera de San Jerónimo bajan los reyes, don Juan Carlos ataviado con el uniforme azul de capitán general, con bronceado de regata, doña Sofía con un traje color pastel y la sonrisa fabricada por una sonata de Bach. Sobre el horizonte de pollinos, bajo la marquesina del Hotel Palace, junto a un buzo antidisturbios Julie contempla la comitiva, Julie con su cuerpo de medidas estándar noventa sesenta noventa, la dentadura perfecta de tanto comer maíz, los sobacos rasurados, fumigados con limón salvaje y el espíritu de la American Express en sus ojos de moscatel, la chica mira el desembarco de sus majestades en aquella bahía de pollinos cargados de coca cola, ella tan espolvoreada de pecas, con la carne macerada de yodo, tostada en San Francisco donde todavía hay muchachas floridas tumbadas en la calzada con el bolso lleno de recetas para el otro viaje a la luna. Ella vive en una barcaza anclada en la bahía, bajo las gaviotas que revolotean Alcatraz, el paraíso deshabitado de los hombres que han vaciado la conciencia y el cargador de la armónica en la tripa del prójimo y esperan la amnistía fabricando muñecas de trapo impregnadas de salitre. ¿En Madrid no hay gaviotas, encanto? Madrid es un páramo de ladrillos rodeado de yesares y carrascos donde se fusila al amanecer. En Madrid, amor mío, no hay gaviotas ni damas elegantes con abrigo de visón color champán que se pasean por Union Square, pero hay cuervos que ponen los huevos en los nidos de las antenas de televisión. A Julie le gusta este país, ha venido a escribir una tesis sobre los fusilamientos de Goya.

Naturalmente ella se lava los dientes tres veces al día y este país enloquece a los que se lavan los dientes tres veces al día, se rasuran el sobaco y se pintan el pubis de azul celeste. Cuadros de Goya y obreros que detienen la taladradora sobre la conducción de gas para mirar tu grupa de jaca, catedrales y chulos de mesón con patillas hasta la quijada que beben sangría con mirinda, mansiones rodeadas de césped mentolado y mulas por el borde de la carretera cabalgadas por labriegos que regresan cantando una caña, incunables en las bibliotecas de los frailes y oficinistas de bigotillo imperialista que se masturban en las últimas butacas de los cines ante un bañador de Esther Williams, todo un cuadro de Goya, una aristocracia de labio leporino y el pueblo chusco y bravo, alimentado con sémola, como ese ángel caído de la camisa blanca que abre los brazos al ser fusilado en Hoyo de Manzanares un amanecer del final de septiembre cuando las manzanas perfuman el primer amarillo románico de los chopos. Julie ha salido de la American Express y bajo la marquesina del Palace contempla la caravana real de lanceros a caballo y charolados motores. Ya tenemos democracia, encanto, ya puedes contarme cómo te masturbaste la primera vez. Un golpe de viento levanta una polvareda de latas, cocacolas y envases de crocante entre las patas de los pollinos y los proyecta contra el frontispicio del Congreso. El cornetín de avisos atraviesa el siroco para advertir que el gran momento ha llegado. Una compañía con bandera y banda toca el himno nacional y su majestad revista la tropa. El gobierno y la presidencia de las Cortes se ve ahí arriba en la escalinata, todos con el paraguas abierto entre los arrayanes de leche de cabra que el sol ilumina arrancándoles reflejos de soplete oxídrico. Julie masca chicle y observa la parada militar rodeada de metralletas apuntando hacia la fachada pintada con cal por la peste bubónica. El rey se introduce por el alto portalón del Congreso rodeado de gorilas vestidos en Cortefiel, cruza el salón de los pasos perdidos transportado en una carretilla, alguien de pronto levanta el cierre de una gran puerta de ultramarinos y su majestad penetra en la pérgola donde es recibido con grandes aplausos. De pie en la tribuna lee diez folios del galguito, bajo un cielo azul cruzado por la colada de la vecindad.

El vientre de Mohamed describe unas ondulaciones espesas hacia arriba. Hace ya una hora que la bandera republicana ha desaparecido por el pliegue de su entrepierna, mientras las autoridades del poblado, el cabo de la Guardia Civil, el cura Hermógenes, el alcalde Benito, los concejales, el secretario, el juez de paz celebran la visita del gobernador abiertos de compás en los sillones de mimbre en el zaguán de la Fonda del Comercio, atentos al movimiento del gazzate que favorecido por el jadeo comienza a bombear los primeros eructos. Mohamed está echado en el suelo, los espasmos y retortijones eléctricos le hacen garrear y el sudor le empaña los ojos, le humedece la sonrisa violenta y a la vez respetuosa con la autoridad provincial, que señala con el puro los estertores del profeta. Mohamed con un guiño anuncia que ha llegado el momento. Lentamente apoya el torso en los antebrazos, clava el cráneo en la baldosa, pone los pies en alto y hace el pino en medio del semicírculo. Todos han

dejado de tomar leche merengada. El profeta abre la boca desmesuradamente y entre las peladas encías de fresa aparece la punta de una cápsula de guisantes, una vaina dorada, empapada de jugo que cae lentamente en el suelo del zaguán ante la admiración de la concurrencia. Allí están sentados los espectros de tu infancia, el cura Hermógenes enteco y borrachito con el bonete de cuatro puntas ladeado en el occipital fumando picadura selecta, que te pellizca el interior del muslo después de ayudarle misa y que te da un duro si por fin le cedés un rato tu pequeño sexo para que juegue con sus dedos de marfil de nicotina. Tu padre se golpea con la fusta su polaina única, el maestro don Serafín te enseña la madre patria que viene dibujada en el libro escolar, esa matrona con clámide de muchos pliegues que tú siempre has creído que era una sobrina suya que vive en Madrid, dedicada al descorche en un cabaret de la Costanilla de los Ángeles. Y tú sueñas entonces que la madre patria al anochecer se quita sus bucles de alabastro, aquella bata de mármol y se pone unas medias de cristal con tacón, una falda ceñida que le apretuja un preñado de seis meses, la boca pintada en forma de corazón, el pelo con un Arriba España de mucha laca y que se toma media combinación con un estraperlista de penicilina después de bailar las dos gardenias de Machín y que al día siguiente se inviste otra vez de piedra pulida y pasea por la calle principal con una hucha para la cuestación de los mutilados de guerra. Tú nunca has llegado a comprender por qué la madre patria es sobrina carnal del maestro don Serafín que está allí sentado en el zaguán con su calva carnosa, todo redondo, con las hombreras llenas de caspa, con los ojos negros de un fulgor húmedo, junto al cabo de la Guardia Civil, ese don Teodosio que ha cogido la costumbre de arrancarle una muela a cualquier gitano que acampe en territorio de su jurisdicción. Por la boca de Mohamed está saliendo todavía una vaina de guisante, una larga, bellísima, infinita legumbre de oro de cuento oriental, una mezcla de sable victorioso con cuentas de rosario del monte de los olivos con los que la autoridad puede fabricarse unos tirantes patrióticos que sirvan de látigo para el quinto jinete del apocalipsis. La tarde de verano huele a hoguera recién apagada. Desde el desván, a través de la mosquitera, oyes las cornetas y tambores de la centuria de falange que desfila delante del gobernador, oyes la voz de mando de aquel jefe de piernas peludas que grita a la tropa para que presenten armas con fusiles de madera y el desván huele a gusano de seda desde el fondo de una caja taladrada llena de hojas de morera que está sobre los sacos de trigo, aquel desván donde hay un somier sin patas, un crucifijo blanco arrancado de la caja del féretro, el baúl cerrado, una estera con cebollas, telarañas en la ristra de tomates colgados del techo, muñecas de la muerta, y algunas polainas y zapatos de tu padre sin estrenar, todos del pie izquierdo, ese que se ha quedado en un barranco en la batalla de Teruel. A través de la mosquitera, esa tarde de sabor a paja quemada oyes las cornetas y tambores de los camaradas bajo los alaridos de Martín Mohamed que está otra vez encaramado en lo alto del palomar invocando a Franco, el más grande, el más sabio, el más valiente. Las venas te dan latidos azucarados en las ingles y la glándula pineal es una brasa radiactiva con la que

ahora ves al pelirrojo Machancoses con una costura trenzada que le baja desde la frente al pezón de la oreja, interrumpida por la mirada de un vidrio de mala calidad.

Se están gastando las pilas, muchacho, esto ya no funciona. Necesitas otra carga para despegar, por ejemplo, un terroncillo de LSD que te afine la percepción de la glándula a fin de que no se te escape el señor gobernador. Te tomas esta cápsula de cien gammas Sandoz y las vísceras se te convierten en tejidos musicales, una pata por aquí y otra por allá, percibes un desgarró ebrio como si los caballos tiraran de ti en dirección contraria y te partiera un acorde de Bach. De pronto tu paquete intestinal se llena con el concierto de Brandemburgo. Bueno, ya está. Ahora toma este vademécum del perfecto terrorista y lee. Cómo matar a un espectro de la infancia en un pasillo del Congreso de los Diputados. Siguiendo las normas del perfecto terrorista te has disfrazado de oficial de pastelería que lleva petisús al bar de las Cortes que ellos han reclamado para conmemorar la inauguración de la democracia. El furgón del pastelero real cargado de tartas llega a los aledaños del Congreso escoltado por guardias con metralletas. Has visto a Julie bajo la marquesina del Hotel Palace sobre la extensión de los pollinos de la explanada. El conductor aparca en la calle Zorilla donde está la unidad móvil de televisión con los cables de goma tendidos por la calzada que se meten en la puerta trasera del caserón adensado de periodistas, fotógrafos, invitados. Llevas pantalón negro y chaqueta blanca como una antigua jerarquía y pasas las cajas de pasteles por encima de las cabezas de los congregados. Dentro de una tarta de moka está el alfanje berebere con el que piensas hacer justicia. Ellos están sentados en la pérgola oyendo al rey. Al fondo del pasillo desierto hay un cortinaje espeso que de momento puede servirte de refugio, desde allí se divisa el portón de caoba por donde van a salir todos dentro de veinte minutos. Coges la tarta de moka y te escondes allí. Casi puedes descifrar el ronroneo del discurso, las bellas palabras ambiguas, las firmes promesas inconcretas, el tono adusto y suplicante del discurso real que precede al garrotazo que va a destripar la piñata de la libertad. Tú permaneces detrás del cortinaje con la tarta de moka y el puñal en la mano abierta esperando la hora. El silencio del caserón se interrumpe de repente por un aplauso cerrado en honor a la democracia y enseguida los portalones de la pérgola del jardín derruido revientan en una estampida de señorías que invaden los salones enseñándose mutuamente la dentadura en un acto colectivo de felicidad administrativa. Este es un buen momento para abandonar el cortinaje. Elevas la tarta de moka sobre la avalancha de los diputados y recorres aquel festín de abrazos, palmadas, felicitaciones, y risas voluptuosas como un camarero que ofrece una ración en honor a la nueva situación. Están todos allí, muchacho, con la cirugía estética recién hecha, la piel estirada y cosida milagrosamente detrás de las orejas, reventando todos de placer, un orgasmo contenido, un sudor perfumado por Mirurgia, Carrillo hecho un pelícano feliz con traje de alpaca tornasolado por las lámparas, Felipe González con el hocico inflamado, Alfonso Guerra con el vientre neumático y los ojos de apóstol desvariados en el cristal de los lentes, un friso de prohombres carcelarios, viejos

héroes de tu conciencia mezclados con las nuevas máscaras de la libertad. Tú andas entre los corros con la tarta de moka en busca del espectro de la infancia. En aquella muchedumbre exultante que se aplasta contra los zócalos de mármol está él. Has tardado mucho en encontrarlo, pero ahí lo tienes al fin con el traje color crema, la corbata con pintas rojas y el guisante de oro en el ojal. El gobernador atenaza el veguero con el gancho de un dedo en cuya falange estalla un brillante de cinco quilates. El gobernador no ha envejecido mucho. Aunque tiene el pelo blanco y el bigote tintado con camomila. Allí en el salón de los pasos perdidos te has acercado a la figura. Le has ofrecido una ración de moka pero ha rehusado amablemente con un gesto elevando el puro. Te has plantado frente a él y os habéis mirado a los ojos durante un minuto en silencio. Entonces has metido la mano hasta el fondo de la tarta, has sacado la faca embadurnada de dulce, la has blandido en el aire y has descargado un golpe cremoso, un chafarrinón de sirope contra las costillas del espectro de parafina.

La lámpara del sagrario brilla en la penumbra de la capilla bajo la humedad de manzana que se desprende de la cúpula. A media mañana la iglesia está solitaria y tú sabes moverte en todas direcciones con pasos de pequeño profesional, con la sabiduría de un niño de monjas por los retablos, por las losas, entre candelabros, incensarios, roperos con polilla cebada con ornamentos sagrados a las órdenes de un sacristán beodo y de un cura flaco, fumador de picadura, de bonete ladeado en el occipital. Nadie puede sospechar si te ve solo ahora, a media mañana, furtivo en esta húmeda soledad que sabe a casulla yerta. La acción debe ser rápida. En la iglesia hay más hierros que en la trinchera, en una hora podrías llenar un saco de candelabros para llevárselos al traperero. Pero tienes que afinar, muchacho. La llave del sagrario está entre los pliegues de unos corporales, en el segundo cajón, en un estuche con cuatro borlas. Entrás en la sacristía y allí en el rincón se ven las colillas todavía babeadas por el señor preste, la vestimenta detenida, las estolas colgadas, las vinajeras pringadas de mosquitos, la cruz procesional cogida en un cepo, el grifo del lavabo goteando. Los movimientos deben ser rápidos, muchacho. Abre los corporales y coge la llave dorada. Después te diriges hacia el sagrario, levantas el sonrosado calcañar, estiras el brazo hacia la cerradura, abres la portezuela de esa cajita de música. Piensas por un momento que al abrir el sagrario puede sonar la *Barcarola* de Offenbach o el vals de las olas o la alarma de un timbre agrio, temes que el sagrario esté conectado con las campanas que tocan a rebato llamando al somatén o que el mal genio de Jehová te puede fulminar con el rayo y dejarte muerto sobre la moqueta. Pero no pasa nada, ya ves. La inmovilidad es la sabiduría de dios. Mete tu manita adorable entre dos ángeles guardianes con incrustaciones de plata que vigilan la puerta. Hay una cortinilla de seda blanca con ribetes de oro y en el interior tres copones cubiertos con enaguillas de terciopelo con cruces bordadas. El viril de la custodia está recostado al fondo del sagrario contra el triángulo isósceles que contiene el ojo de tu creador. Has cogido suavemente el viril y un tierno puñado de formas sacándolas de aquella densidad azucarada. Después todo ha quedado como estaba, la iglesia desierta, la capilla en penumbra, la nave central iluminada por las vidrieras de los balconillos. Sales de la iglesia hacia el sol de la plaza donde está montado el mercadillo de los jueves con las vendedoras de salazones, mojamamas, paños de olor crudo, arenques, fajas con ballenas, grandes aros plateados de sardinas de bota, montones de especias perfumadas bajo los toldos canela que matizan el estallido de la luz del secano. Después atravíasas el jardín del balneario derruido. Y

allí al pie de la balaustrada, te ha caído una forma consagrada del bolsillo y el pequeño dios se ha quedado entre las agujas de pino y el matojo de jazmines centelleando como un vidrio cuando el sol le da de lleno, brillando como un gusano de luz en las noches profundas de tu memoria. Dios se ha quedado allí, al pie de la balaustrada del jardín derruido, caído como una simiente de tu infancia hasta germinar en el día del milagro.

Te has precipitado en el desván para esconder el resto del botín bajo las hojas de morera. Y en ese momento el sentido absoluto de la posesión se te convierte en una forma de dulzura física. Tienes a dios en una caja taladrada entre crisálidas y capullos, rodeado por el baile lento de gusanos de seda. Si el lado malo de dios no te ha matado quiere decir que está de tu parte, que conspira contigo y que al final te ayudará a abrir el baúl del desván. El broche de oro y las hostias están en la caja de madera y el pelirrojo Machancoses se mueve por el desván con el ojo de vidrio. Aparta el somier y la estera de cebollas, cubre el baúl con una sábana y prepara los instrumentos, la ración de atún en escabeche sobre la servilleta al pie de la copa de cristal. Le ayudas a ponerse los ornamentos, el cíngulo de esparto con que se ciñe por los riñones el camisón de la pequeña Julie muerta, el manípulo de bayeta que le cuelga del antebrazo. Ahora mete la cabeza por el agujero de una casulla de papel de periódico que trae unos titulares rojos con la muerte de Manolete y corona el cráneo de zanahoria con una caja de galletas. El pelirrojo está plantado con las manos juntas, vestido de capirote, frente al baúl cerrado que le llega a la altura de la tripa. Se vuelve ligeramente para indicarte con un gesto dulce de su cara partida que le acerques la caja de los gusanos. El camarada reza por los pecados del mundo, suplica al cielo con tonadilla de ciego que se convierta Rusia y pide a dios que abra de una vez aquel maldito baúl claveteado. Luego coloca el viril sobre la cerradura para probar el efecto y ejercita unos exorcismos entonando una canción propicia.

Tu padre está sentado en el patio junto a la alberca, las campanillas moradas, la hierbaluisa y el jazminero. A través de la mosquitera ves allá al fondo en un sillón de mimbre leyendo una novela del oeste a tu dios de carne y hueso, propietario del baúl cerrado, con su pata de palo, las gafas oscuras, la polaina brillante y la guerrera desabrochada mientras la criada le da unas friegas de enebro en la nuca. Por un momento temes que haya oído los cánticos del pelirrojo porque ha levantado los ojos hacia la mosquitera, pero el camarada ahora está sumido en un éxtasis que le dilata su ojo solitario. Cada vez con un tono más alto y más sólido vuelve a invocar a dios para que se convierta Rusia, resucite a Manolete y que el toro Islero mate a Stalin. O que se abra el baúl.

Julie duerme a la luz de una madrugada que se mete por la ventana del patio interior. Aplastas la colilla, te quitas el abrigo y miras el rostro de Julie hinchado por el sueño. Te has sentado al borde de la cama y has destapado ligeramente su cuerpo,

lo empujas con suavidad hasta que toma una postura sacramental en un movimiento espontáneo, boca arriba, los brazos y las piernas separadas. Desabrochas la chaquetilla del pijama, apartas la cortinilla que cubre los dos cálices y una franja de piel con yodo de la bahía de San Francisco. Sientes un romanticismo primario que te golpea la sien. La chica lo ignora todo de ti. Ignora que debajo de sus riñones hay una caja con tres cartuchos colorados de dinamita, del doce, ya cebados, envueltos con periódicos. Ignora que acabas de regresar de una excursión ciudadana destinada a reventar la cristalera de un banco. Tampoco sabe que ahora está sometida a tu mirada de perista, a la mano litúrgica que se pasea por su flanco.

El pelirrojo Machancoses oficia la ceremonia con toda la unción. Sobre la forma consagrada recita como remate lo mejor que ha recordado de su repertorio, los versos de la escena del sofá con doña Inés completamente mojada, don Juan, don Juan yo te imploro por tu hidalga compasión, arráncame el corazón o ámame, pues te adoro. ¿Lo oyes, Julie? Anda, levántate y cuelga del pomo de la cerradura el cartelito de *not disturb*, que vas a hacer una gracia. El pelirrojo ha sacado la forma del viril y la ha partido sobre la copa de cristal. Inclina el cráneo de panoja sobre la servilleta y mastica a conciencia tu memoria agitando el costurón. Luego te ofrece una parte. Los doscientos gramos de atún están ahí, nadie los ha tocado y el pelirrojo se encela con el broche de oro. Enseguida se cierra el trato. Él te abrirá el baúl y a cambio tú le cederás el viril para que lo lleve al traperero a partes iguales. Acabas de murmurar sobre el pecho yodado de Julie unas palabras vergonzosas, unas oraciones de amor, impulsado por esa imbecilidad transitoria que te acoge periódicamente cuando se te llena la próstata, pero la chica posee una serenidad hinchada de sueño, una ternura de amanecer, la piel suave, la dentadura perfecta, la boca perfumada con hexaclorofeno, las axilas rasuradas y el vello del pubis pintado de azul celeste, un paquete dorado que ha llegado por la American Express. Tu peso y estatura no te permiten exigir más. Pones en el tocadiscos la melodía de un negro, una cosa lastimera de saxofón y la guarida se llena de una voz arañada por una sobredosis de matarratas y la chica con la chaquetilla del pijama abierta te mira con ojos analíticos intentando medir la profundidad de tu deseo. Ha extendido la mano acariciándote las mejillas batidas por el frío de la calle, ha dejado de sonreír y ha hecho el amor sin ninguna clase de chocolate, solo excitada por el sopor de la madrugada, tú acuciado por la euforia de la dinamita, con la memoria todavía chamuscada por la explosión que se concentra en el vientre fundida con la cosa justiciera, los riñones empujando, la revolución colgada en una etiqueta de tu escroto rebosante, Julie con la comisura distendida por los golpes de tu palma en su cara pecosa.

La chica ha detenido un momento el combate. De repente ha saltado de la cama. Ha arrancado los visillos, se ha ido luego al retrete y de un golpe ha partido la cadena del depósito. Y aquí viene la reina de las fiestas de la vendimia, la prostituta coronada de adelfas. Julie se ha envuelto el cuerpo con las gasas del visillo y te ha ofrecido la cadena del water con empuñadura de baquelita y te pide por favor que la lleves a

Delfos a latigazos. Por otra parte tú sabes muy bien lo que debes hacer. Primero un golpe suave con la cadenilla en la cadera musical y Julie se ríe con una carcajada todavía higiénica, atemperada por ciertas convicciones de puta calvinista. Después has descargado un trallazo contra su espalda y ella ha comenzado a reír con bravura a pesar suyo dentro del visillo, chupándose el pulgar de gusto, mirándote con un odio lleno de candor. Tú no estás acostumbrado a estos delicados sabores cuando ella llora separando las rodillas hasta formar una cruz de San Andrés.

El trapero lleva una gorra de fieltro y toca el violín al atardecer en el corral en medio de un almacén de chatarra. Junto al trapero hay un montón de platos, tazas, soperas de loza envueltas en virutas donde cae apagada la melodía ratonera del Largo de Haendel. Hasta ese corral de altas tapias encaladas con una higuera y la luna llena encima una niña silenciosa ha introducido al pelirrojo Machancoses a través de un porche con azulejos donde cocea una mula de tiro. El trapero es un tratante simpático con la cara amoratada a punto de estallar. La niña le da con los nudillos en la espalda como si llamara a una puerta y el artista apea bruscamente el violín de su quijada de romano, se vuelve y sonríe al pelirrojo. Al trapero le sorprende que el pelirrojo no lleve esta vez el morral lleno de hilos de cobre, cápsulas de bala, plomo de cañerías y fulminantes. El trapero está sentado en medio del corral a la luz del atardecer deslizada por la barda con el torso desnudo a merced de aquel bochorno alcanforado. A ver qué traes hoy, chaval, que tú no escarmientas.

El ojo de vidrio y la cicatriz han borrado la sonrisa picara del pelirrojo, aquel guiño de complicidad y el trapero aún no se ha acostumbrado a la nueva máscara. Pero el trapero golpea con el arco del violín alegremente la espalda de su fiel proveedor. A ver qué me traes hoy, chaval, que tú no escarmientas. El monte está lleno de hierros abandonados por esos granujas, son los residuos de aquel heroísmo que ha dejado este paisaje de palmeras, viñedos y olivares plagado de bombas de espoleta retardada que sacan los ojos a los primogénitos de los guerreros diez años después. El pelirrojo desafía los remilgos del tratante con un gesto hermético, con una mano en el bolsillo apretando la mercancía. Esta vez se trata de algo serio. Aquí hay algo que brilla más que el cobre, prepara la cartera. Vamos a ver eso, chaval, que tú no escarmientas. El pelirrojo ha roto los cristales del viril y el doble aro lleno de púas, como la cristalera del banco después de la dinamita, lo tiene en el bolsillo. A ver, chaval, saca lo que llevas ahí. El camarada ha callado para medir el silencio de los dos. Luego, de un manotazo exhibe la mercancía y la deposita bruscamente en la palma del trapero. Y este al verla deja de sonreír. Pellizca el clip, eleva el viril en el aire del corral y comienza a suspirar, a levantarse la gorra de fieltro, a rascarse el cogote.

Ahora anochece sobre la mercancía allí elevada y la escena ha tomado en tu memoria una color verdosa. El trapero se levanta y manda que se le siga hasta una

alcoba con escritorio. Lo ves sentado detrás de una mesa con el pecho desnudo y la gorra en el cogote examinando la pieza a la luz de un flexo. El hombre la mueve con cuidado y frota con una gamuza sobre un punto buscando una señal. Bien, aquí está la señal, un contraste con garabatillo. Respira profundamente y en silencio, temblándole el labio, enciende un cigarro. El trapero pregunta al pelirrojo de dónde ha sacado esto. Y el pelirrojo Machancoses sin mover el costurón contesta que lo ha encontrado en lo alto de la montaña, en la partida del Azud, dentro de un macuto donde además había un misal podrido, un rosario y una navaja oxidada. Hay que ver las cosas tan lujosas que dejan los soldados detrás. El trapero abre un cajón y saca una lija. Ahora frota el aro, analiza el resultado bajo la lámpara. Bueno, el trapero dice que no tiene dinero para comprar esta pieza, si callas y vuelves mañana te podría dar cuarenta pesetas. Ahora no tengo dinero. Aquí solo hay platos, tazas, soperas de loza. Esto no sirve para nada, chaval, esto es un capricho, algo para colgar en la cabecera de la cama en recuerdo de los mártires de la tradición. Esto es un lujo, si fueran balas, ya sabes, aún. Las balas se mandan a la fábrica, se llenan otra vez de pólvora y tac, tac, tac vuelven a funcionar. Pero este aro solo sirve para que mi señora enmarque la foto de Rodolfo Valentino. Si callaras te podría ofrecer siete platos hondos para sopa, siete planos, siete tazas de desayuno y siete vasos de vidrio estriado de taberna, un servicio para siete que vale más de cien pesetas, ahí tienes los sacos, cárgalos, chaval, y se los regalas a tu madre en el día de su onomástica, hazme caso, que ganas.

Ahora sigues al pelirrojo Machancoses por una calle del poblado bajo la luna llena con la vajilla de loza en un saco hacia el balneario derruido que ha sido bombardeado como hospital de sangre y en este tiempo queda en pie una pérgola con columnas de Itálica, unos bancos de azulejos, tapias coronadas con bugambillas, fuentes secas llenas de agujas de pino y un pabellón de cuartos con bañeras blancas, con garras de león, habitaciones destartadas con las tuberías rotas por donde entran y salen los murciélagos. El antiguo salón donde bailan los reumáticos bañistas tiene el suelo de mosaico con una escena submarina de sirenas rodeando a Poseidón con tenedor que parece un fogonero barbudo. La luna proyecta por los ventanales devastados unos cuadros de luz blanda y el relente que bate las cuatro esquinas hace vibrar sus pliegues hasta dotar al pavimento de una suerte de oleaje lechoso. Hasta allí en noche cerrada has llegado con el pelirrojo cargado con los sacos de loza con virutas. Lo primero consiste en disponer la vajilla en el suelo en forma de círculo, como el donut de ucedé, para cuando lleguen los siete héroes comensales. El pelirrojo prepara el banquete. Los platos de loza blanca brillan a la luz de la luna y los murciélagos quiebran el espacio del salón deshabitado. Ellos están al llegar.

Los vanos están traspasados por los murciélagos. Los ves volar como estrellas negras fugaces haciendo vibrar el radar cuando atraviesan la nube de marihuana. Allí sobre la vertical del banquete, en el techo de escayola hay un boquete donde ha hecho

nido Pérez Llorca. Primero entra el socialista Gregorio Peces-Barba con su gran masa carnal, el caracolillo sudado en la sien, la guayabera pegada por el sudor a las soberbias densidades de sus tetillas, fumando un veguero atenazado en su manaza, enarbolando su cabeza de ternero de concurso. Gregorio va a salvar a la patria, dejadlo pasar, cuatro albañiles de agromán lo traen en la silla gestatoria atravesando los desolados parterres, los setos de boj y desde la altura del catafalco con borlas el líder ofrece un ademán de bendición hacia la nube de murciélagos que trenza una contradanza en aquel nocturno. La banda de música toca Suspiros de España. Por la escalinata de mármol con balaustrada de jazmines los obreros suben a Peces-Barba en dirección al salón de baile habilitado para la ponencia constitucional, que tiene preparada en el suelo de mosaico la vajilla de loza. Envuelto en un aroma de habano, el carnoso labio inferior descolgado por la emoción patriótica, a un punto del orgasmo, el diputado socialista llega al final de su destino histórico y es depositado en el suelo al pie del plato. Desenreda su gran posadera del cojín de terciopelo y se apea con el portafolio lleno de enmiendas y la cabeza coronada de campanillas moradas, el vientre tatuado con la escalera de Jacob donde se ve en el primer peldaño a Álvarez de Miranda devorando el reglamento como una pastilla de chocolate.

El jardín del balneario bombardeado está lleno de gusanos de luz, perforado por los grillos, esa noche de verano partida en dos por la raya de la luna llena con la banda del poblado tocando Suspiros de España bajo el cercano cobertizo de la estación de autobuses. El cielo es una pizarra de vulvas estrelladas, altos sexos de una noche del sur, ideas, espermatozoides, signos algebraicos, óvulos, interrogantes geométricos del zodiaco, un espacio con perfume a sandía abierta. Y Fraga llega arrastrando las charoladas aletas de foca, la cola de caucho con zapatones bajo un traje azul oscuro a rayas, la cabeza rapada de luchador de catch, el cuello con el bordón de la yugular a punto de saltar de ira abstracta contra su naturaleza caída, sudorosa por el esfuerzo de subir los peldaños que conducen a la fiesta. Fraga resopla en las tinieblas escalando la ley de la gravedad. Con un trabajo basculante ha conseguido coronar la balaustrada y ahora se desliza por el mosaico dejando una lámina de sudor en el trayecto. Fraga entra en el salón de baile como un búfalo unidimensional, con movimiento uniformemente acelerado y allí dentro comienza a ejercitar sus dotes equilibristas. Antes de que lleguen los otros ejercita la sensibilidad de la lengua, la agilidad del morro y se entretiene haciendo girar en el aire el Criterio de Balmes. Lo lanza al espacio y lo recoge con el belfo y si el número le sale bien suelta voces secas de placer, unos gritos como lanzadas contra la oscuridad. Pero Fraga acaba por acomodarse frente a su plato junto a Gregorito. Por el rabillo del ojo los dos se calculan la comba de la barriga, dos masas que avanzan, una tatuada con la escalera de Jacob y otra con una parabellum del nueve largo sobre el Criterio de Balmes apuntando a los pies. Fraga lleva puestos los tirantes con los colores de la bandera nacional, que también sirven de vaina para navajas.

Enseguida la cabeza plateada de Pérez Llorca ha asomado por el boquete de escayola en el techo dando golpes con el cuello como un plumón de mamífero volador que duerme colgado pico abajo en las noches de luna. Pérez Llorca pone la cabeza cenicienta de cuchillo sobre la vertical de la reunión. Fíjate con qué suavidad desliza el cuerpo afilado por el boquete de paja y cómo lo desploma lentamente desde el techo hacia su plato de loza. Con el ala del flequillo abierta hacia el suelo, Pérez Llorca, tan silencioso, se desprende del nido de cañas como un murciélago plateado y se sienta en el festín. Es un perfil puro entre dos barrigas, un estilete, una cuchilla de afeitar cuando sonrío.

Mientras tanto, Herrero de Miñón avanza por el corredor con arrancadas eléctricas de salamandra. De pronto se detiene, separa la cabeza del plano de la pared y hace palpitar el papo. Observa el horizonte y vuelve a arrancar con otra sacudida. Herrero de Miñón es un saurio pilarista que se alimenta de artículos y apartados del código como si fueran mosquitos, un lagarto cruzado de pavito dulce de navidad que picotea la jurisprudencia adornado con un escudo de comodoro en el blassier. Ha pasado la noche anterior doblado como un opositor sobre el escritorio bajo la luz del flexo, calzado con babuchas, pijama de húsar, suelta la pretina del pantalón estudiando el informe de la ponencia junto a un amoroso termo de café preparado por su esposa coronada de bigudíes que ahora, antes de partir hacia el balneario, despide al héroe con un beso de admiración sobre el felpudo del rellano y después se precipita hacia el balcón lleno de jilgueros para contemplar cómo camina por el adoquinado basculando la cartera el nuevo salvador de la patria, etiqueta blanca. Ya son cuatro aquí sentados en el mosaico sobre la escena marina y las aguas de vidrio les hacen flotar la rabadilla y Poseidón ahogado bajo las carnes de Peces-Barba ensarta con el tenedor las posaderas de Fraga como se pincha una croqueta de pollo en un coctel.

Precedido por unos grititos de alegría desde el fondo del jardín derruido cogiéndose con el rabo a las ramas de las acacias y los eucaliptos llega a la fiesta Solé Tura, un monito organillero que ha estudiado en Oxford las ciencias del paraíso, la felicidad preternatural de Carlos Marx. Trae todavía en las hombreras en forma de caspa el maná del desierto cogido durante la travesía de cuarenta años por la polvorienta sequía presidida por el abuelito. En su mejilla partida por la arruga de la risa se ve todavía el carmín del beso que ha estampado allí Carrillo, el óleo de Saúl con el que se unge a los buscadores de setas bajo el árbol de la ciencia. Solé Tura ha agarrado un cable de la luz a manera de liana y en una comba partida por el grito de Tarzán ha caído sobre su plato de loza. Después aparece Roca Junyent con cara de pez emperador vestido con guardapolvo de tendero, la balanza de la lonja al hombro y la faltriquera llena de denarios para el cambio, un pez empleado en una tienda de alta pañería con su vara de medir, una cinta métrica de plástico colgada del Cuello a modo de látigo o reata. Roca Junyent mira alrededor con el párpado entornado por el desprecio y la comisura cosida por la rabieta.

Ya son seis aquí sentados alrededor de la vajilla que ha dispuesto el pelirrojo Machancoses una noche de luna en el balneario derruido de tu infancia entre las sombras enrejadas de las columnas de Itálica, los murciélagos que entran y salen por las habitaciones de los antiguos reumáticos, la banda del poblado tocando Suspiros de España en el cercano cobertizo. El bestiario constitucional está sentado sobre el fondo marino y sus formas comienzan a diluirse en la rizada humedad. Pero Gabriel Cisneros, un ave de páramo que abreva en pantanos llenos de domingueros llega el último por el ventanal desmochado, bate las alas en el alféizar sacudiéndose el polvo del secarral a la blanda claridad de la luna, revolotea sobre el banquete, se posa ante su plato, suelta una cagada líquida movida por la emoción y se incorpora al trabajo de la ponencia que consiste en destripar, en descifrar entre todos un boniato de cien kilos que fue primer premio en la feria del campo, un tubérculo dulce, carnoso, donde está enterrado el libre albedrío de tu generación perdida.

Sin duda es el efecto del chocolate lo que hace que el suelo agarre la vertical de tu cerebro aplastado contra las tetas de Marilyn Monroe y la escena mitológica que está bajo el cuerpo de los diputados se agite en una marejada y el boniato de cien kilos macerado por la luna llena comience a crecer desmesuradamente hasta tomar la forma de un Forrestal que va navegando en aguas del mar Egeo allá en tu infancia. Fraga ha sido el primero en darle un navajazo a la amarra del tubérculo y tu memoria se ha inundado en la confitura de este ídolo alimenticio que fragua en tu estómago y hace pared. Lo que hay entonces alrededor de este tótem de conglomerado es la escasez total, un vacío colmado por las sagradas formas de la primera comunión. Ahora adivinas las sombras de aquella hambre estratégica cuando la anemia te ha retirado el riego sanguíneo del cerebro y lo ha dejado bien preparado para recibir las consignas. El boniato es una fécula dulce, programada de arriba abajo que ha venido a suavizar la represión y ha servido de colcha en la culata del vientre para recibir el parte de radio nacional, un alimento cerrado en sí mismo, un plato único, un partido único, un amor único, un sindicato único, cómallo, es una orden que llega por conducto reglamentario. Ese sopor conformista, el recuerdo de la libertad ahogada en el pienso del cerdo, esta pasta que te taponan la femoral se une en tu cerebro con las tetas de Marilyn Monroe.

Y de repente Fraga da un navajazo de inauguración y el boniato se pone a navegar por el mar Egeo llevando al propio líder atado en el palo mayor porque existe la sospecha de que se va a arrojar al agua cuando el Forrestal pase cerca de la isla de las Sirenas. El mismo Fraga ha dado la orden antes de zarpar, antes de cortar el cable del teléfono con la tijera: atadme y no me soltéis aunque os lo ruegue y os lo exija a gritos. Los ujieres han cumplido el encargo. Han encepillado a Fraga en el palo mayor como un mascarón liado con diez vueltas, el resto de la ponencia lleva los pies colgados por la borda del tubérculo flotante y el Forrestal navega a fuerza de remos por el mar Egeo de regreso de Troya. Ahora pasa a media milla de la isla y todos pueden ver a las sirenas que saludan de manera marcial con la mano en la gorra de

plato desde la cornisa de la cala más próxima. Como era de esperar solo Fraga oye sus cantos, una dulce melodía que le hace gritar: soltadme, desatadme, voto a Franco, cortadme este cabo, por todos los demonios. Los gritos le salen del corazón. Y enseguida le da el ataque. Una vez liberado Fraga sin duda se hubiera tirado al mar para nadar a braza hasta la playa y morir en la isla de las Sirenas, pero los ujieres y los seis compañeros en vez de desatarlo, le sujetan mejor las ligaduras, le ciñen aún más el ballestrinque hasta que el boniato se aleja llevado por la corriente y al no oírse los cánticos guerreros se le pasa la crisis epiléptica al líder. El oráculo ha vaticinado que las sirenas morirán el día en que Fraga pueda liberarse del hechizo de su voz, pero ellas no han muerto todavía porque ahora hay antibióticos. Y Poseidón sigue inyectando en el bíceps del líder un preparado de sal fumante para animarlo a salvar a la patria, le susurra promesas tradicionales para tentarlo a abandonar a los componentes de la excursión democrática a la deriva por los mares de Grecia en plan viaje de recreo y forzarlo a emprender designios más altos. Las sirenas se han quedado en la cala haciendo desnudismo y los siete héroes después de un año de navegación vuelven al salón de baile del balneario derruido donde Penélope está tejiendo punto de arroz y ellos con el cuadernillo de bitácora confeccionan los siete comunicados. Son los emisarios de la nueva felicidad, los que accionan los mandos del séptimo sello, la séptima cara del dado sobre el tapete de la timba. Montad la charanguita, padres de la patria, y largos por todos los caminos a dar la buena nueva.

Los niños felices de Ganímedes allí en el sótano de la cafetería son los primeros destinatarios del parte de la salvación que traen los siete enanitos a los compases del pasodoble Suspiros de España. El sótano de la cafetería da directamente por una trampilla al alcantarillado general de la ciudad. Primero hay un túnel lleno de tubos con herrumbre mojada que gotea en los empalmes, después se ve un pasillo de agua sonora iluminado con un duro contraluz como la escena final de una película de policías y luego se llega al conducto de alta bóveda con mucho eco de chorros por donde discurre la cloaca máxima y te sacude encima del cráneo la trepidación del tráfico. Por uno de los andenes que bordea la cloaca máxima viene la charanguita del poblado, tachín, tachín, tocando Suspiros de España para acompañar a los siete enanitos de la ponencia constitucional que llegan a salvarte, a sacarte de tus miserias, como quien dice, a que los ayudes a pasar la página de la Historia. Un brazo de la alcantarilla tiene salida en el urinario público de la Plaza del Caudillo y otro ramal da al sótano de la cafetería donde los niños felices de Ganímedes acuden cada tarde a esperar al extraterrestre que se los lleve en el carro de fuego al satélite de Júpiter. Allí están todos con el cuello blando y la cabeza recostada como San Juan en el hombro escayolado de doña Pura. En el último peldaño oyes las voces y el sonido de la flauta dulce. Cuando has dado dos golpes en la puerta se ha apagado el murmullo y enseguida ha aparecido en el quicio el ancianito Saliano con harapos y barba color

paja. Cogido en el pomo de la cerradura ha hecho una cabriola de alegría, se ha inclinado luego con un saludo, te ha llamado por tu nombre y te ha hecho pasar.

El sótano de la cafetería es como el salón del Café Lyon con divanes de peluche raído adosados a las paredes de grano verde y una araña encendida dominando un grupo sentado con la espalda repantingada que come melocotones y está preparado para subir a un ovni a la mínima señal. Doña Pura con el torso escayolado hasta el cuello se mueve en medio del círculo y dirige el estado de opinión. Todos te sonríen con dulzura cuando te sientas junto a una chica con levitón y peluca empolvada como la del juez del Condado de Chester, las manos blancas y finas y los ademanes de mariposa. Un hombre maduro con túnica morada, los brazos desnudos de leñador, que lleva una sopera de plata en la cabeza. Un ciego que toca la flauta y trata de taladrar el techo con los ojos. Algunas mujeres maduras con el rímel corrido y la boca pintada en forma de corazón que esperan cantar un bingo o que el horóscopo les ilumine o que el tarot les solucione la vida hasta final de mes o que el emisario extraterrestre acuda en su auxilio y se las lleve al satélite. Ellos están en el sótano porque tienen la percepción de que alguien va a llegar. Y cada ruido en la puerta que da a la cafetería o en la trampilla que comunica con el alcantarillado levanta una emoción crispada en los niños felices de Ganimedes. Por abajo o por arriba ellos saben que el extraterrestre puede venir de un momento a otro para arrebatarnos en el carro de fuego.

Con mucha ternura doña Pura les habla a todos mientras el ciego toca la flauta y el ancianito Saliano cuelga una guirnalda de mirto en el cuello de los reunidos para que sirva de contraseña y los adorna con flores en las orejas, en la barba, en el pelo, en las ingles, y doña Pura los tiene a todos agrupados con la cabeza ladeada y los ojos desvariados de felicidad mientras ameniza la espera contándoles el caso de Blanca Nieves, esa chica que está sentada a tu lado con el pantalón de pana, el jersey de grano gordo mejicano, la tez blanca lavada con lejía, los ojos de ratita, las uñas mordidas en el *delirium tremens* y los dedos manchados de bolígrafo. Anda, hija, cuéntanos tu historia, dinos cómo llegaste a alcanzar la parte oculta de la luna. Llega un momento en que Blanca Nieves se aburre. Durante quince años Blanca Nieves ha comprobado que a las dos en punto de la tarde tenía en la mesa la comida preparada, el desayuno a las diez, el almuerzo a las dos y la cena a las nueve. La comida es algo que tres veces al día florece en el mantel de la mesa de Blanca Nieves. La chica se aburre, nada ya le produce emoción. El padre de Blanca Nieves cada mañana desaparece en el coche por la puerta del garaje y ni ella ni el hada madrina se enteran exactamente de lo que hace todo el día, o sea, los jueves por la noche echa unos dados sobre las quinielas en la mesa camilla, eso sí se sabe y los domingos por la tarde ve el partido de fútbol en babuchas por televisión. La madre de Blanca Nieves va a la peluquería los viernes y esa noche la cama de matrimonio cruje durante media hora. Blanca Nieves ha menstruado en un autobús durante un atasco en medio de la calle llena de anuncios y su madre al enterarse ha llorado en la salita de estar. El hada

madrina un día le sube la manga y le pica el bracito de cera para que no se aburra, por pura curiosidad, y Blanca Nieves comprueba con el chute dentro que comienza a galopar sobre los atascos, a rodar por el aire como una bola de azúcar caliente dando cates contra las fachadas de las oficinas de esclavos con tirantes, contra las tiendas de ante y napa y despega atravesando la gusanera y se siente como un ave del paraíso en el diván del pub de Santa Bárbara esperando al camello y cuando el camello llega con la joroba llena de nieve ella se mete en el water, se pica esta vez el muslito y sale por la chimenea a bordo del paraguas de Mary Poppins. Y ve allá abajo la formación de Martín Villa con el casco y las herraduras pisando una manifestación como se hace en el lagar después de la vendimia y por el canalillo de la bota sale el mosto y ella está, o sea, Blanca Nieves allá arriba planeando en un vuelo sin motor mientras aquí esos horteras del grapo y su gente morena y cabreada quieren salvar a la patria, y ella se rila hacia la estratosfera, by, by, chao, chao, by, by.

Doña Pura conoce un día a Blanca Nieves en la parada del autobús cuando estaba siguiendo un ovni con un detector magnético y la rescata para el reino de la mente. La lleva a casa, la sienta junto al papagayo, le echa las cartas y le habla del valle de los dinosaurios, de la telepatía, de las sociedades herméticas, de la percepción interna, de los cenotes sagrados de los mayas, de la pirámide de Cholula, del candelabro de los Andes, del niño gacela del Sahara, ese mundo astrológico segregado por la debilidad sobre la mesa camilla, mientras busca con las manos llenas de anillos las pastillas para los nervios. Ahora Blanca Nieves va por la calle con la cara lavada con lejía y estropajo que le ha dejado el cuerpo astral en carne viva y ve el emisario en cualquier parte, descubre en cualquier gesto la señal esperada. El conductor del autobús 47 es un extraterrestre, el dependiente que vende discos en el Corte Inglés es un extraterrestre, hay un diputado que es extraterrestre. Blanca Nieves sabe que ellos ya están aquí entre nosotros, que solo esperan un signo para cerrar el círculo. ¿Acaso no oyes cómo suben por la alcantarilla los rumores de un pasodoble? Son ellos, la banda de los siete enanitos que viene a despertarte, Blanca Nieves, por el andén de la cloaca máxima.

La música suena bajo los pies, cada vez más cerca, todavía ahogada por la trampilla del alcantarillado. El pasodoble sentimental Suspiros de España se abre paso entre el ruido de los canalones que vierten las aguas negras de la ciudad en la acequia madre. Los niños felices de Ganímedes suspenden la plática, pegan la oreja al suelo cuando adivinan que los extraterrestres están ahí con el primer comunicado o tal vez con la orden de llevárselos al satélite. En medio de una gran emoción se levanta la trampilla y aparece la cabeza de Herrero de Miñón convertido en portavoz. Ha subido por los peldaños de cáñamo desde la alcantarilla hasta el sótano del bar donde están los felices niños de Ganímedes esperando el carro de fuego como en una parada de autobús, mientras el grueso de la charanguita con los otros seis de la ponencia pasa de largo por el túnel hacia otros puntos estratégicos. Se aleja la música por el fondo del subterráneo y Herrero de Miñón se queda aquí en medio de los

reunidos con un pliegue en su naricilla sabia como si el comunicado oliera a letrina, con el bocio de vanidad abotonado en la camisa almidonada. Aquí tenéis al extraterrestre, queridos niños de Ganímedes, un ser planetario con la palidez de un opositor que se ha pasado la juventud estudiando la enfiteusis, tan altivo con su mirada de cinco dioptrías. El portavoz sube por la trampilla, se sacude la herrumbre de las solapas, se limpia con una gamuza la humedad de los lentes, toca la trompetilla cruzando los dedos en la boca como un pregonero y lee el comunicado a los niños felices de Ganímedes. La ponencia constitucional reunida en el salón de baile del balneario derruido ha tomado contacto entre sus miembros, ha juntado los dedos alrededor de los siete platos concentrando la punta de la nariz sobre el tubérculo en cuyo interior está el príncipe encantado en forma de rana verde. Ha sido un contacto en la tercera fase. No hay nada oculto que no haya de ser manifiesto, ni escondido que no haya de salir a la luz. Marcos 4: 22.

Doña Pura le dice al portavoz si quiere tomar algo ya que está aquí y ha venido de tan lejos, si desea comerse un melocotón o una cuajada o unas yemas de San Bonifacio que era el desayuno de Pablo VI. Herrero de Miñón muy atildado con los tirantes que le elevan la pretina del pantalón hasta el diafragma y le marcan el paquete democristiano en el lado derecho de la pernera mira con espanto estallado en las gafas a doña Pura escayolada, al tipo de la sopera en el cráneo, al joven del levitón con un haz de puntillas en la bocamanga, al ciego de la flauta dulce, a Blanca Nieves con la cara frotada con lejía, al ancianito Saliano de la barba color paja, a las mujeres que hablan con el marido difunto haciendo solitarios, al guardia civil con el tricornio lleno de margaritas. Con exquisita delicadeza Herrero de Miñón da las gracias mientras retrocede hacia el escotillón buscando la salvación por la huida. Pero alguien lo coge de la manga con ojos suplicantes y lo arrastra otra vez hacia la mitad del círculo. El portavoz no quiere melocotones, yemas de San Bonifacio ni cuajada. Solo quiere huir. Pero entonces a Blanca Nieves le da el rapto y salta desde el diván a los pies del emisario y con delirio le besa los zapatos y grita con alegría iluminada que por fin lo ha conocido, que ha captado la señal. Ella sabe que es el enviado por los ordenadores del espacio y con gran ternura le suplica que se la lleve con él, que ella hará cuanto le pida. Blanca Nieves le cambia el comunicado por una sesión de amor. Él le da el volante constitucional cómo un billete y ella encarama al portavoz en el catre y los dos viajan hacia el satélite de Júpiter sobre un colchón de lana. Blanca Nieves arrastra al portavoz hacia el sofá besuqueándole el cuello. Y Herrero de Miñón se seca el sudor con el papel del comunicado.

Se han acabado las pilas. La oscuridad del salón del balneario derruido se condensa finalmente en el plato de atún en escabeche que está encima de la mesilla de noche. Julie ya no está contigo en la cama ni en la alcoba. Se ha largado para siempre. Por la ventana del patio adivinas que ya es media tarde cuando te ha hecho

aterrizar la voz del funeral, el sonido de una campana del Vaticano que toca a muerto en la radio de la portera, sobre una capilla ardiente del pontífice que va a ser bajado a la cava entre hachones y brocados en este calor de agosto lleno de turistas en bikini que se persignan con un cucurucho de helado al paso de la comitiva fúnebre. Montini, Luciani, los dos se van a la tumba con la boca lacrada, uno por la duda fría, otro con la sonrisa de haber leído el Kempis. Estás aterrizando pero antes de que toques la pista pícate el brazo si no quieres hundirte en el pantano. O llévate un pellizco de nieve a la nariz y remonta la ciénaga. Ya estás solo en la cama una tarde de septiembre rodeado de periódicos atrasados viendo con terror cómo desaparecen los efectos de la dosis y te conviertes otra vez en un fracasado profesor de filosofía que vive en una habitación alquilada de un piso bajo con maravillosas vistas a un patio interior. Cuando las partes dislocadas de tu cuerpo se reconstruyen y las piernas, los brazos, el vientre, el cerebro vuelven a su sitio y te invaden los datos concretos de la realidad, llega la tiritona y el tableteo de dientes y enseguida te das cuenta de que Julie te acaba de dejar y miras por la cerradura y percibes quién eres tú exactamente, hasta dónde has llegado. La depresión es un estado de lucidez.

Julie se ha largado definitivamente. Por aquí quedan algunos rastros: unas bragas negras colgadas en la cuerda del patio, unas gafas de sol, medio bote de crema en la repisa del lavabo y cosas tuyas que huelen a aquel perfume, Madame Rochas, tan dulce. El vecino de arriba tiene una pata de palo como tu padre, desde hace media hora suena un golpe idéntico, diminuto como una pisada de paloma coja. Estás solo en la guarida hecho una rata toda la semana entre paredes forradas de ché guevaras y hochimines todavía, empapeladas con chicas desnudas sobre motocicletas que ya no te excitan las glándulas ni las ideas. En la mesilla de noche está la pecera con la trucha nadando junto al retrato de tu primera comunión de marinerito con un haz luminoso sobre tu pelo ondulado, el cepillo de dientes, un mendrugo y un plato con atún en escabeche. Bajo la cama tienes la caja de dinamita envuelta con periódicos, solo queda un cartucho colorado, del doce, con el cebo. Y en el texto de Ética acaba de aparecer un pellejo de chorizo. Este es el final del hijo de aquel vencedor. Tu padre en aquella guerra se dejó una pierna en una barranca para salvar a la patria, según dice. A ti te engendró en pleno fregado durante un pase de pernocta calzando ya esa pata de palo en la que tiene concentrada una mezcla de frustración y prestigio. Desde niño la oyes sonar en el suelo como una amenaza, en señal de alerta, como los tambores de fumanchú. Deja eso ahora.

Julie se acaba de largar, pero antes le has dado con la mano porque te ha llamado impotente y además quería quemar este cuaderno de pastas negras. Te has cebado con ella, te ha cegado el chasquido de la palma contra su cara de manzana aunque esta vez no has sentido placer sino una cosa ascética aquí dentro. La llevabas de pared a pared con los pelos sudados sobre los ojos y los labios inflamados por los gritos mientras el vecino aporreaba el tabique. Pero tú pegabas a Julie y no pensabas en Julie ni en el vecino ni siquiera en tu propio furor. Solo pensabas en los golpes, al

final solo en el mecanismo del brazo. Julie ha quedado atrapada en un rincón dando cabezadas. Bueno, la chica ya se ha largado. Tú te quedas aquí hasta que se agote la cuenta atrás y un policía vestido de Cortefiel con dos aberturas en la chaqueta y gafas manoleinas venga a hacerte los honores. Otra solución también sería cortar ese tubo de gas que atraviesa la habitación y esperar a que caiga el olor a almendra amarga sobre tu pequeña historia y se os lleve juntos a ti y al gato. Sería una forma de acabar estas memorias.

Estás en la universidad y tu oficio conocido consiste en explicar filosofía sobre las ruinas. Y posees el secreto orgullo de un cuerpo enfermo. Tener cuarenta años y haber atravesado el desierto sin guía no es un mérito digno de ser narrado. Toses de un tiempo a esta parte. Al final con Julie era muy molesto porque cuando te arrancaba el asma la chica miraba al techo con rabia resoplando y silbaba yesterday. Definitivamente deberías ir a un médico o que ellos te mandaran a un camellito con la dosis pero ya no te atreves a salir de la guarida. Prefieres que te atrapen aquí. Tratas de creer que esta es una antigua tos mal curada. Por lo demás el mal del pecho es una convicción, una especie de asma que está hecha a la medida de esta maldita ciudad de rascacielos y de pollinos cargados de loza donde la libertad se vende en los estancos, de maleantes con chaqueta de cachemira que meten la mano en la urna del sufragio universal, de excombatientes que han hecho la guerra cantando a los luceros para dedicarse al préstamo con usura y ahora se ponen a votar como rufianes, de obreros agonizantes tatuados con 1X2 y que el lunes hacen una pajarita con las quinielas sobrantes y la echan a volar en la puerta del sindicato respectivo. El diablo se los lleve a todos, a los señores precedidos por los criados.

Para evadirte piensas en la soga. Te diviertes pensando en las múltiples formas de acabar. Tumbado en esta cama con el cogote macerado por un engrudo del cabezal durante estas largas siestas de verano, has contabilizado las formas de terminar con esto. Es una forma como otra de pasar el rato, muy divertida, mira, te sueltas el caño del pulso dentro del agua tibia y comienzas a vaciarte y sientes la dulzura de la mirada turbia con el sopor avivado por la brasa de la muñeca y el perfume de la tinaja que va tomando color y un escalofrío en la cervical y los dioses que se acercan a hacerte cosquillas en la rabadilla. Este es un método clásico con antecedentes egregios que te da tiempo de pensar en Séneca. O eliges una buena viga en cualquier desván o carbonera. O te arrojas al metro para que los funcionarios de gorra redonda y un grupo de consumidores con paquetes de grandes almacenes en la mano se santigüen ante tus pupilas dilatadas. O simplemente, criatura, te cuelgas de un árbol como una fruta madura y te dejas caer justamente cuando pasa por debajo la barca de Osiris. Existen muchas formas de acabar. La más metódica consiste en no haberlo hecho a su debido tiempo y tratar de alargar la biografía arrastrando las patas por las aceras. Nunca pierdas la oportunidad de salir con honor por la puerta falsa.

Aquella tarde de verano huele todavía a sandía y a cera de muerto y está penetrada por el sonido de los escopetazos del somatén que está cazando a un

guerrillero entre los carrascos del monte en la partida del Azud y Julie aparece tendida en tus sienes, fallecida de tifus, en medio de cuatro cirios de sebo, dos jarras con lirios a las sombras de unas gasas de primera comunión. El nublado descarga un aguacero en el patio, sobre la alberca y el matojo de campanillas moradas donde has descubierto a tu padre golpeándose voluptuosamente el muslo con la alegría de la muerte, mucho antes de saber que este tingladillo de físico-química de las potencias del alma se alimenta de calcio, fosfato, hierro, ácido nítrico, como las bombas o tal vez de fulminato de mercurio como el cebo de ese cartucho de dinamita que tienes debajo de la cama. Luego, en la adolescencia, siempre hay un momento de lucidez, ese chispazo producido por el primer contacto de la inteligencia con el sexo. Entonces percibes que la maldad de tu alma se puede curar con una receta del seguro. Y que metiéndote un chute en el brazo te vas volando por los tejados con las venas a punto de reventar, con las cavidades llenas de música en ese punto rojo en que va a estallarte el orgasmo sobre todas las cosas y ves la miseria convertida en una sonata. Esta historia está escrita en este cuaderno de pastas negras, una putrefacción de cuarenta años. Sin embargo, ¿para qué hacer filosofía mala de todo esto? Tú no te suicidas. Te lo impide una mezcla de terror y audacia, ese sentimiento de culpa que siempre acaba por salvarte. Además, Julie ha vivido contigo hasta ahora y mientras funciona el deseo siempre se encuentra una razón para detener el gas. Tú eres un coleccionista de deseos y los coleccionistas, como es bien sabido, no se suicidan. Julie se ha largado pero aún te queda un cartucho bajo el catre.

Miras por la cerradura del ombligo para ver hasta dónde has llegado. Tú eres exactamente un tipo ojeroso que has sido engendrado por un mutilado de guerra y una mujer dulce y terrateniente de cien hectáreas de viñedo y olivar que llevó tu preñez bajo un fregado de hierros, que te dio de mamar al tiempo que caían obuses en el huerto del cura y sonaba la ametralladora en la partida del Azud o latía el cañón de dieciocho pulgadas más allá de la heredad de tus antepasados. Tú eres un sujeto que mamaste en el túnel del tiempo, en el refugio del patio, en la escalera del campanario, en la bodega del registrador de la propiedad. Pero nada de pelargón preparado, oyes, nada de eledón con zumo de naranja, nada de potitos bledine, nada de celac, nada de leche nido descremada, nada de crema Johnsson el primer placer del recién nacido. Lo tuyo fue el pañalito de estameña y el seno del terror agostado por el secular abandono. Las glándulas mamarias de las madres ibéricas estaban divididas en dos bandos sin reconciliación posible. La leche materna era de derechas o de izquierdas, roja o azul, de modo que la ideología fue transmitida en estado puro sin más complejo vitamínico que el miedo o el odio, directamente desde el pecho al hocico sonrosado de tu generación.

Después fuiste destetado cuando ya el Caudillo iba montado en caballo alazán por este sembrado de coles. Para llevar a cabo esta operación el médico del poblado, don Gaspar, recomendó a tu madre que se frotara los dos pezones con ajo. El repugnante perfume de este bulbo fue utilizado para cortar tu instinto de succión y acabar con

aquel dulce automatismo de la fase oral. Durante cuarenta años de putrefacción has asimilado el sabor a ajo con la victoria del general Franco, un incienso a los pies del Rha. Tú eres exactamente aquel niño que mientras los tambores del imperio redoblaban a través de la mosquitera del desván el piojo acampaba en tu cabeza, la tuberculosis te comía el bofe y para coger vitaminas pasabas la lengua por la cal viva con que blanqueaban las paredes para la procesión del Corpus, pero tú eras muy afortunado porque la criada te lavaba los pies con agua mineral los sábados antes de que fueras a contar las primeras hazañas de tu uso de razón en el perfumado confesionario de tres sabores, sudor, picadura selecta y aliento dulce del cura que un día, ¿recuerdas?, te pegó una bofetada en plena absolución porque le dijiste que te habías masturbado pensando en su sobrina. Yo te absuelvo de tus pecados, en el nombre del padre, del hijo y... De pronto baja la mano furiosamente del trazado de la cruz y, ¡zas!, para que aprendas y te arreó una hostia en el moflete que te cegó.

Tú eres exactamente aquel adolescente que leía las rimas de Bécquer en el water del colegio, pero quieto, hijo, no me cuentes tu caso. Tú no eres más que un sujeto que la marea ha arrojado encima de esta cama envuelto con periódicos, aturdido por el desencanto de la libertad entre un mendrugo y una pecera con la trucha, la imaginación agotada y la sangre aguada como la de San Jenaro. Abre los periódicos y lee el estado de las cosas. Hace más de tres años que la muerte del abuelito comenzó a desatarte aquel nudo de rabia que daba sentido a las cosas y te mantenía vivo. Ha sido su última venganza, la victoria después de muerto, poner en evidencia tu estatura. Tú eres una mierda, encanto, en una situación de mierda y la marea te ha subido a la superficie de la cama. Abre los periódicos y lee la nueva situación. Hace tiempo ya que tus viejos héroes han salido del sótano y se han puesto de perfil en el callejón del Gato frente al espejo cóncavo. Ahora están en el parlamento donde los ujieres les acercan un vaso de agua con servilleta de encaje cuando se deciden a hablar. Aquellos dioses toman café con leche y acuden a la oficina con maletín.

Sentadito en el escaño de cuero rojo con ese gesto de panadero intelectual al que han crecido las dioptrías en la cárcel, qué sensación de serenidad ofrece a las cámaras de televisión un héroe que vende la imagen de la oposición entre detergentes y sopas gallina blanca. Ahí está el líder laboral con un talante de colegial de clase nocturna que ha llegado a la meta. Se pasea con la guayabera por el balneario derruido y cuando le toca el turno se encarama en la tribuna como en una fresadora y con tono de campana de fábrica da la alarma mientras los diputados hacen pajaritas de papel y después la televisión pone un fragmento de su perorata, que corta esa chica que llama a su puerta con avón. Luego llega Carrillo con la manguera de bombero como bufanda, con una sonrisa de pícaro y cobista que no puede ocultar la alegría de estar entre alfombras para que sus pasos queden ahogados y no despierten a nadie. Has visto de cerca a los héroes que dieron sentido a tu vida, a Felipe González con el ceño de cabreo teórico, a Alfonso Guerra que va de moralista de pana rayada poniendo el dedo en el ojo a fascistas de pálida niebla, a Peces-Barba con sus citas aprendidas,

con una ciencia de penene de un día para otro, ahí están los héroes de aquel combate por las esquinas en medio de una nube de gases lacrimógenos iluminada por el crepúsculo de la dictadura. Ahí están los otros vaqueros de la derecha, pero esos no forman parte de los escombros de tu corazón, esos se han arrojado sobre el plato de lentejas con una furia de jóvenes galanes de Hollywood. No digas que quieres suicidarte por esto.

Tú no eres nada, muchacho, solo un pequeño fracasado que has sido superado por la mediocridad del patio general. Abre los periódicos y lee cuál es el orden del día. Ellos irán a cenar a un restaurante de las afueras y pedirán unos pimientos rellenos para salvarte. De todas formas no vayas a caer en la tentación de contar tu vida y que el mundo se entere de que también tú has cometido la ordinariez de pasar por el Tribunal de Orden Público o de enterrar un año de juventud en la quinta galería. Despacio, muchacho, déjalo correr. Más vale que sorbas un pellizco de nieve y te eleves sobre el descampado. ¿Lo ves? Basta un golpe con la nariz y ya está todo olvidado. Sobre la miseria de tu biografía y la mediocridad de los dioses menores comienza a llover otra vez Juan Sebastián Bach.

Tres cuartos de nitroglicerina y una parte de ceniza forman una pasta blanda, de color pardo gris, embutida en cartuchos de pergamino. Un cebo de fulminato de mercurio y tetralita. Una mecha de pólvora fina recubierta con gutapercha. Esta es tu profesión de fe. Encima de esa caja de cartuchos colorados haces el amor con Julie pero la chica ignora que bajo los dos hoyuelos de sus riñones están estas salvas de honor.

A las cuatro de la madrugada bajas por una acera de Princesa hacia la Gran Vía con las manos en los bolsillos y el cartucho de dinamita pegado al hígado, ahí donde te chirría el asma. Las sombras de la calle se abaten ahora sobre tu memoria. En el Hotel Meliá duerme Tartufo con el samsonite abierto en una silla donde se mezclan calzoncillos rosas y expedientes para fraudes. En la Torre de Madrid Luis Buñuel con un chupete en la boca y el sonotone colgado en la cabecera de la cama sueña con canónigos tomando chocolate y guardias civiles matando perros rabiosos. En el Hotel Plaza una expedición de turistas mexicanos ronca con una guindilla detrás de la oreja y un grupo de gringos jubilados, de pantalón amarillo, digiere los boquerones en vinagre, las gambas al ajillo y los pinchos de morcilla después del recorrido por la calle de La Victoria donde todos han admirado una vez más la paz de este país que permite a las señoritas de buena familia beber vino tinto en la taberna después de las nueve de la noche sin que las viole nadie. La ciudad duerme bajo la calma del dictador, una noche llena de serenos filósofos y de borrachos que cuentan chascarrillos. Ustedes no se dan cuenta de la suerte que tienen. Este es un gran pueblo que comparte los pajaritos fritos con los extranjeros y que no viola a las ilustres damas que visitan las tascas con mantilla de Jueves Santo. Déjalos ahí dormidos a la paz de Franco en esas sombras de la calle Princesa.

Tu objetivo está más allá, aunque no tiene una importancia aparente. Como vives poseído por ideas abstractas hubieras deseado que tu primera acción tuviera un sentido simbólico, una especie de desafío filosófico, por ejemplo, contra un Arco de Triunfo, qué belleza verlo saltar por los aires como un puente de juguete didáctico o contra la señorita ciega que preside el Palacio de Justicia, qué emoción poner un cartucho en el platillo de la balanza o contra la tripa del caballo de su excelencia pegando con esparadrapo una ración de dinamita en el casco. Pero la orden ha sido muy concreta: debes meter el cartucho en ese buzón adosado a la jamba de granito de esa sucursal de banco. Ese es tu trabajo para hoy.

En la loma de Callao suenan las mangas de riego, gente del ayuntamiento con katuscas y pecheras de plástico que se reflejan en la crepitación de los anuncios luminosos. Vamos a ver, piénsalo. ¿A quién pretendes salvar? Tú no vas por el mundo con la muerte en el bolsillo para presumir, estas cosas no se hacen por divertirse, muchacho, no se ejecuta a nadie por aburrimiento ni se destroza una casa por un simple orgullito. Recuérдалo, en este tiempo estás deslumbrado por la evidencia de que la dinamita solo puede salvarte a ti mismo. A pesar de todo, antes de actuar tratas de excitarte imaginando la injusticia en todo su erotismo, un banquero cabalga sobre una mujer embarazada que lava las escaleras, un latifundista dispara desde la ventanilla del mercedes sobre los recolectores de la aceituna, un rentista corta los cupones sobre la falda de la cerillera en los lavabos, un beato viola a la criada contra el armario ropero, todo lo más grosero del catecismo social, pero nada te mueve, ni la sangre de Biafra ni el hambre de la India. Compréndelo, la dinamita es una cuestión entre tu vena cava y tu cerebro. Piensas en la propia frustración, en aquel baúl cerrado y entonces sacas el cartucho y lo metes con suavidad de cirujano en el buzón del banco con dos metros de mecha lenta que cae sobre el dintel. En el cuenco encristalado del portal te suena el asma con una nubecilla de niebla. Enciendes la mecha y la pólvora comienza a freírse. Es un trabajo sencillo. Con las manos en los bolsillos apresuras el paso detrás de la esquina, a ras de la fachada, impulsado por el resuello y el latido erótico que te golpea el interior del torso. Una calle más arriba oyes la explosión. No hay nada más hermoso que una explosión de dinamita en la madrugada, un sonido profundo acompañado por el ladrido de los perros que duermen en las terrazas, los gritos de algún sereno y chirrido de coche. La explosión es más violenta de lo que habías imaginado. De repente quedas vacío como cuando se te calma un gran dolor. Y todo eso por nada, ¿no es maravilloso? Solo que mañana él te dará tal vez una palmada de felicitación en el vestíbulo de la Facultad y compartirá contigo un cigarrillo rubio hablando de la revolución permanente y que ahora vas a hacer el amor con Julie más excitado que de costumbre. La chica está dormida en la cama y te espera dentro de un pijama perfumado. Prepárate, hermosa, abre el compás que va a caer sobre ti el vengador de la noche. Julie huele a Madame Rochas, las dos bolsas de sueño en los ojos y su perversidad dormida en alguna parte de su cerebro de chorlito, el sopor que emite treinta y siete grados en el recuerdo y los golpes eróticos de la victoria que se concentran en tu parte baja. La explosión ha sacudido el silencio de la madrugada y tú caminas por la acera, a salvo, con el placer que te producen las venas golpeándote las paredes y fumas un cigarrillo canturreando antes de entrar en la guarida cuando en los tejados comienza a clarear una fibra en el perfil de las cornisas y en las bocacalles parpadean los semáforos. Caminas por la acera con las bocanadas de frío que salen por cada esquina y silbas el Himno a la Alegría con la emoción de haber cumplido con tu deber.

Al día siguiente te has levantado tarde, con el visillo de la ventana en el suelo y la cadena del water entre las sábanas. La chica te ha dejado un bocadillo en la mesilla y

una nota escrita con el aviso, te espero a las siete en la conferencia, amor mío, que nos van a hablar de tecnocracia. En el salto hacia el bocadillo sientes la punzada eufórica en el vientre con el recuerdo de la dinamita que ha terminado por despertarte del todo. A través de los cristales ves cómo cae el agua en el patio interior. Sales a la calle a comprar el periódico. Una lluvia fina te humedece la cara, picotea el celofán del quiosco y cae también sobre la decepción que has sentido al no ver la noticia en primera página. Los titulares traen una cosa del Vietnam, y en una foto se ve a un vietcong chatito con ojos de almendra que juega con un géiper de verdad y dispara un mortero. Para encontrar la acción de la dinamita bajo un anuncio de corsetería en la cuarta página has tenido que refugiarte en la entrada de un cine. Bien, quedas enterado de que eres un asesino en potencia, de que hubieras podido matar a una niña de ojos azules y trenzas doradas igual que Heidi si ella hubiera acertado a entrar a las cuatro de la madrugada por la puerta del banco a ingresar los ahorros de su abuelito. Quedas enterado de que el terrorismo no es una solución, que ahí están para quien quiera participar, los cauces naturales del sindicato, el municipio y la familia y que la autoridad tiene el respaldo de la sociedad para descargar con toda energía el peso de la ley sobre tu lomo porque los trabajadores repudian la violencia. En este país hay un plebiscito diario de la gente que va por la calle y de los millones de turistas que nos visitan.

Ahora quieres seguir el juego y te decides a comprobar el resultado de la acción y vas a pasar por delante de las narices del policía que seguramente vigila el banco y manda circular a los transeúntes que se detienen demasiado a contemplar las ruinas. Imaginas los destrozos, el buzón despanzurrado con un boquete de chamusquina. La cristalera ha desaparecido y en el ventanal hay ahora un cartón atado con cuerda de embalar que protege de los rateros las cartillas de dulces viejecitas y unas lanzas de vidrio incrustadas en las ranuras de aluminio apuntando al centro dan una sensación de manos crispadas. El granito de la jamba aparece astillado en el suelo, tal vez alguna losa disparada ha doblado la farola y se ha llevado el remate del quiosco, a lo mejor la estampida ha penetrado en la oficina y ha estrellado las mesas contra la pared del fondo en un amasijo de papeles, maderas, registros, ficheros y cristales. Aquí solo hay una breve gacetilla en la página interior bajo un anuncio de corsetería, pero sin duda allí en la acera hay un remolino de gente que mira los escombros y aplaude en secreto tu magnífica acción.

A medida que te acercas al lugar del suceso oyes un ruido que comienza a excitarte. No Cabe duda, es un sonido de música que llega hasta ti entre el ruido del tráfico de coches de la Gran Vía. Doblas la esquina y ya distingues mejor los acordes del pasodoble Suspiros de España. Aprietas con rabia el periódico bajo el brazo y llegas hasta aquella algarabía. Bueno, allí está la puerta del banco intacta. Y al lado hay un dosel de terciopelo, damascos y tapices que sirve de cobijo a una mesa de la cuestación de la Cruz Roja. Una banda de la Guardia Civil ameniza el lujoso catafalco con el pasodoble Suspiros de España. Y detrás de la mesa hay unas señoras

con abrigo de visón entre ramos de flores con cuatro bandejas llenas de billetes de mil. Por un momento crees que te has equivocado de lugar. Pero allí está el buzón efectivamente y la fachada del banco, la cristalera intacta y dos policías armados vigilan el tenderete adonde, pese a la lluvia, acuden los caballeros elegantes con la cartera abierta ofreciendo la solapa para que una sonriente dama de visón plante una banderita mientras la Guardia Civil toca un pasodoble. Oye, encanto, tú no estás loco y la dinamita es de la mejor calidad. Guardas los cartuchos según las estrictas normas del prospecto, con un control de humedad en el aire de la guarida, como si fuera un Rubens, sigues los requisitos para su puesta a punto, colocas el tarugo según el reglamento de mano, prendes la mecha, ves freírse esa estrellita de hada que avanza por la pólvora seca, oyes la explosión. Compruebas que todo ha funcionado y esa madrugada regresas a la guarida silbando el Himno a la Alegría y vives una violenta escena de amor. Pero al día siguiente todo parece un cuento malo. Una muchacha con una cesta de caperucita y una paloma almidonada en la cabeza se te acerca y te pincha con una aguja y te saca los últimos cinco duros, gracias, caballero, es usted un ángel, muá, muá.

El odio calibrado ha servido más bien para entretener a unos jubilados, para que este hermoso policía armado con el cuello lleno de sangre contemple relajado cómo cae la lluvia sobre la chapa de los coches que suben por la Gran Vía y las parejas miren de soslayo los escombros y se refugien en un cine sin hacer comentarios. Tu maestro tampoco se ha dejado ver para darte un golpe en la espalda. Te has metido en el portal vecino junto a los destrozos de tu cabeza y la vieja obsesión choca con la indiferencia de esta gente que camina bajo el paraguas sin dignarse mirar tu obra. Desgraciadamente esto no sirve. Mañana llegará el cristalero y dejará el ventanal como nuevo y la sociedad anónima seguirá tirando de nueve largo. Le has hecho cosquillas a Gulliver en la planta de las botas, solo has pinchado su celo. La dinamita le dará al balance un toque de distinción, un hálito de martirio. El objetivo de la dinamita debe ser más certero y tocar el fondo de la cuestión. Puedes desligarte de la disciplina del maestro y decidir por ti mismo. Eres el guardián de una caja de cartuchos y sabes muy bien cuáles son tus sueños. Según las explicaciones del maestro la dinamita puede derribar un tabique, descuartizar una estatua, reventar un jeep o triturar una vidriera pero lo importante no es la dinamita sino su carga dialéctica. Otro eslabón en nuestra permanente provocación a la burguesía, un acto de presencia, un signo de lucha. El maestro domina el vocabulario. Tal vez sea cierto. Para ti en cambio la dinamita es un modo de salvación personal, una forma de escupir que te sale de una profundidad mayor que el asma, de cuarenta años de profundidad, desde el interior del baúl cerrado.

El sopor de la tarde ha formado un nubarrón enmarañado de vencejos y la casa tiene las ventanas entornadas. En la penumbra del comedor el reloj da las cuatro

como cuatro uvas dulces que se desprenden en aquel aire espeso de lirio. La criada te saca de la alcoba donde están todos rodeando a la pequeña Julie muerta, anda, hijo, vamos a vestirme ya y en ese momento las campanas del templo sueltan el primer trallazo de difuntos. En la alcoba han comenzado los sollozos ahogados con el pañuelo, grititos acompasados por los golpes de la pata de palo de tu padre que se pasea por el corredor. El aguacero rebota en los cristales de la galería que da al patio, en el espejo de la alberca, en las campanillas moradas y despide un olor a hierbaluisa ablandada por el perfume oscuro a cera y a lirio que llega de allí donde Julie está tendida entre encajes, vestida de primera comunión, con los labios lívidos bajo la gasa. En el vestíbulo hay criados, jornaleros con traje de domingo y los salones de la casa se van llenando de mujeres de negro que ocupan sillas cedidas por la vecindad. La criada te anuda un lazo en el cuello y por encima de su hombro ves una gota de la tormenta escampada que se desprende de la terraza, cruza el ventanal y se hunde en el jazmín.

En este momento por toda la campa del valle, bajo el nublado, suenan los primeros escopetazos que vienen del monte. Han sido tres. Luego nada. Un ataúd como un joyero acolchado con cuarterones de seda blanca y entre el calor dulce una mosca se pasea por la naricilla cetrina de Julie, un candelabro en cada esquina del paño entre paredes desnudas y tú con uniforme de marinero con una lazada de crespón en la garganta balanceas una pierna desde una silla con asiento de hule y ves a tu padre que se pasea fumando puro, sonando la pierna falsa en aquel paraje de mujeres de negro. Entonces se oyen otros tiros en el monte. Esta vez parecen más certeros, más cercanos y ahora sí, cada escopetazo levanta un murmullo de sorpresa en todos. Recuerdas a un hombre jadeante que llega hasta tu padre y dice: por fin lo han cazado, señorito. En el barranco del Azud. Iba con el culo ensangrentado desde ayer y se ha enredado en unas zarzas. Allí lo han cazado, señorito, el que le dio ha sido el de Timones. Tu padre murmura algo pero tú solo recuerdas la mirada. Las campanas de la iglesia dan otra señal de difuntos. Ha sido una mirada a punto de estallar de alegría acompañada de una carcajada convulsiva mientras con el puño se ha aporreado el muslo. Un jornalero le da un golpecito en el hombro con la enhorabuena. Este es un asunto de todos, dice tu padre. Pero de usted más, señorito. Lo importante es que lo aten bien para que no escape.

Un caballo con gualdrapa blanca se espanta las moscas coceando el barrizal y más de cien hombres forman el duelo alrededor del carromato delante de la casa. Este es un asunto de todos, recuérdalo. Mientras tanto ya han tapado el féretro de Julie y la tormenta ha escampado, el sol de agosto estalla en el barro y tú andas vestido de marinerito con la manaza de un familiar en el pescuezo detrás del carromato saltando charcos y cuatro cantores entonan el oficio de tinieblas por la acera a ras de las fachadas que aún gotean, todos en dirección a la plaza por una calle de bajada. Y allí en la plaza frente a la iglesia se detiene la comitiva, el féretro de Julie en medio y los clérigos cantando a la sombra del zaguán.

Unos mozos del somatén con escopetas y una jauría doblan entonces una esquina escoltando al guerrillero atado y encañonado por detrás. Es un joven con barba de un mes y los pantalones llenos de churretes que no se sabe si son de barro o de sangre. Los ladridos de la jauría y el murmullo general ahogan la salmodia del entierro y los clérigos dejan de cantar. El guerrillero ha venido merodeando los alrededores del poblado y se han ordenado unas batidas por el monte. Ahora, un hombre del somatén lo azuza con la culata y el duelo de Julie en medio de la plaza se parte en dos para dejar paso a aquella partida de cazadores. Tu padre les sigue con la mirada hasta que todos desaparecen por la puerta del ayuntamiento. Los cantores emprenden otra vez la salmodia y la atención vuelve hacia el cuerpo de Julie que está allí en el carromato bajo un sol estrellado en el pulimento. Ahora la canción de tinieblas es entonada por los cuatro labradores y el carromato se bandeja en el descampado de abrojos donde el viento dobla las jaras y hace rodar las aliagas en un camino con hondos relejes de barro. Hay una prisa por acabar y tú lloras aturrido, con la mano de un familiar en el pescuezo.

Julie está en el cementerio y unos jornaleros han quedado en darle tierra. Pero de regreso, cuando atraviesas otra vez la plaza, el guerrillero ya está atado en el balcón del ayuntamiento junto a las tres banderas, expuesto al público como una liebre cazada y Martín Mohamed desde el minarete del palomar lanza los alaridos para celebrar el acontecimiento. Ahora otra gente se abre para dejar paso al duelo. Un guardia civil te da la mano en señal de pésame y después abraza a tu padre. A la caída de la tarde vuelves allí con la vanidad de haber enterrado a la pequeña Julie muerta de tífus y ser hijo del principal que mangonea aquella pieza atada al balcón.

Los mozos del somatén están sentados en la acera, corro aparte, alrededor de una sandía. Los cazadores comen sandía y beben vino pasándose la bota y son la parte más solicitada de aquel festejo montado en la plaza para celebrar la captura. La rondalla del poblado con bandurrias y acordeón canta carrasclás dedicados al guerrillero atado al balcón del ayuntamiento. La Guardia Civil empuja al público para que deje libre la puerta y en aquel ambiente de fiesta un mozo del somatén con el mentón empañado de vino levanta el brazo y dice que te acerques. Te invita a un trago y sonriendo te pone una piedra en la mano. Luego señala a la víctima. Si le tirarás una pedrada los demás te seguirían, tienes que ser el primero porque eres hijo de militar y ese quería matar a tu padre. El guerrillero pone una cara espantada mirando la rondalla, las chicas paseando en una noria dominguera, los niños jugando entre el gentío. Analizas la piedra en tu mano, tú eres un niño cobarde que no tira piedras a los hombres atados. Sientes una curiosidad morbosa por el misterio de ese joven guerrillero, una mezcla de mendigo y soldado, con harapos y botas de media caña, envuelto en una culpa demasiado oscura para ti. Tienes la sensación de que es un hombre predestinado a la horca desde la conciencia de los tuyos. Estás sentado en la acera junto a los del somatén que comentan los pormenores de la cacería.

Después la piedra aparece en el desván sobre el baúl cerrado. Tu padre no cena en casa esa noche y el crucifijo blanco arrancado de la tapa del féretro ya está junto a la caja de los gusanos de seda, entre muñecas, zapatos y polainas del mismo pie. Te has tumbado en el somier mirando cómo atardece en la mosquitera y oyes desde allí el griterío de la plaza, la música, las risas y los fuegos artificiales que preceden al juicio. Ese baúl de chapa con abrazaderas es lo único cerrado en el desván, el secreto mejor guardado de la casa. Has alcanzado el uso de razón junto a ese mundo hermético y según cuenta la criada tus primeros pasos los diste a su alrededor. Llevas más de un año buscando la llave, aunque a veces esta obsesión desaparece una temporada y vuelve más tarde a excitarte la imaginación. Nunca lo has podido mover. Esa tarde, en medio de un olor a morera, celebras otra vez la ceremonia. Un camisón de la pequeña Julie ceñido con un cordel por la cintura, un gorro de cartón, un retal colgado en el cuello y una casulla de periódico. Pones el crucifijo sobre el baúl apoyado en el lienzo de mariposas de la pared entre dos candelas y un jarrón de lirios de la capilla ardiente. Y detrás un coro de muñecas de Julie. El sebo de las bujías establece una comunicación entre el bajo vientre y los objetos inanimados del desván. En el lienzo de crisálidas está clavada la fotografía de la pequeña Julie con trenzas doradas, de la mano de tu madre, una mujer de curvas suaves que sonríe en una alameda con el quiosco de la música al fondo, un recuerdo que murió el día que entraron en el poblado las tropas de Franco. Entornas los ojos, manipulas la galleta maría y la copa de agua sobre la servilleta. Por un momento te has quedado dormido frente al baúl, rodeado de objetos inanimados y lloras con el cerebro aturdido por el olor a morera pensando en Julie. Coges la crisálida del ojo del pelirrojo Machancoses y lo echas a flotar en el plato de alcohol y haces la promesa de no olvidar nunca a Julie. Prendes en holocausto el ojo del camarada y mientras su iris te mira desde el fondo de la llama haces la promesa de buscar a Julie en todas partes.

Miras el somier cubierto con una manta donde ella jugaba contigo, recuerdas aquellas caricias mientras contemplabas el baile lento de los gusanos. Ahora te has despojado de los arreos de la ceremonia y te has tumbado allí con las manos en la nuca. La alcoba del cadáver de Julie está vacía, una sábana en el suelo y los candelabros apagados. La criada abre de una patada de par en par la puerta del desván y entra abrazada a un colchón impregnado con el perfume de Julie. La criada lo deja encima del baúl después de sacudir con un manotazo los instrumentos de la ceremonia. No debes tocar nada, ni el baúl ni el colchón, quedas advertido. El colchón hay que desinfectarlo con medicina y el baúl guarda secretos importantes de tu señor padre. Pero tú después has colocado el colchón sobre el somier y te has tumbado otra vez mirando la mosquitera, oyendo el bullicio de la plaza que celebra la captura del guerrillero. Mañana llegarán los del tinte para recoger la ropa de toda la familia y los pintores blanquearán con cal todo el espacio de tu infancia para ahuyentar el olor a lirio y a cera que abriga el virus del tifus. Tú estás obsesionado con la idea de no olvidar a Julie allí tumbado frente al baúl.

El conferenciante usa lentes de zapatero y cita muchas veces a Duverger. En cambio Julie enseña esos muslos tostados en la bahía de San Francisco. La opción es bien fácil. Cazar a Julie también lo ha sido porque todo se ha producido según las reglas. La sala de conferencias tiene cortinajes rojos, lámparas de cobre, molduras doradas y butacas crujientes ocupadas en su mayoría por mujeres maduras con espaldas de astracán, cargadas de bisutería y que rizan el meñique cuando toman café con leche, un paraje crepuscular salpicado por una juventud lechosa, intelectuales tomistas que juegan al tenis, lectores de Gramsci que comulgan los primeros viernes, gente con gafitas que se masturba y se confiesa, se masturba y se confiesa, se masturba y se confiesa, una división periódica pura. Julie es una ración de carne magnífica en ese corral de cotorras a las que se les tapa la boca con un petisú, intrépidos filósofos que se azotan con silogismos. Ella ha venido a sentarse en la butaca vecina y ha dejado colgada hacia aquí una mano pecosa por encima de un cartapacio con dibujos. Le gusta la pintura, ha sido realmente el sordo de Goya el que ha metido a la chica en tu cama. La has conocido y esa misma tarde te ha aceptado, pero con una advertencia. Julie te ha dicho enseguida que el ciclo habitual de su fidelidad a un hombre rio suele rebasar los tres meses. Vente conmigo, hermosa, que vamos a salvar a la patria. Tú estás siguiendo un cursillo acelerado de cómo hacerse redentor en diez días y necesitas una verónica con un par de tetas bien puesto.

Tienes entonces el corazón puro muy lejos de la Dirección General de Seguridad. Tu primer trabajo ha sido una pintada, España democrática, cuarenta duros de alquitrán y una brocha son suficientes para mantenerte vivo, después una excursión nocturna para echar octavillas mientras en Micheleta se baila mustafá, ay mustafá, a la hora en que los del ayuntamiento riegan un Madrid de octubre y bajan con mucho respeto la manguera al paso del mercedes del camarada Popov. El abuelito, mientras tanto, duerme después de una matanza de ciervos, sueña con las piernucas encogidas bajo un vuelo de perdices rojas con un imperio de cacharritos de plástico coronado por el brazo de Santa Teresa. Qué pureza tan licuada te circula en la sangre, criatura, aquel esplendor en el pecho demócrata cuando derrocas al dictador todos los días al pie del campari, escribes filosofía en las paredes a la salida del cabaret y metes la lengua en la boca perfumada de Julie. El conferenciante habla de Duverger en aquel olor a terciopelo de butaca. Franco es una estatua de madera carcomida. De momento se sostiene en pie, pero solo hay que empujarla levemente para que se caiga. Esa es la consigna, de modo que acércame, encanto, el bote de alquitrán y la brocha gorda.

Esa tarde llueve sobre Madrid y los anuncios de neón se reflejan en los coches, en la medusa de chapa que se desliza por la Gran Vía, en el primer embotellamiento triunfal de la dictadura narrado por el locutor de televisión con una sonrisa de tenientillo. El atasco es un lujo de la tecnocracia, un cántico al progreso de la represión. En la plaza del Callao hay un acantilado de piedra con grietas donde anidan las águilas y desde la terraza de Manila se divisa allá abajo el vuelo de los

cuervos en el espacio solar del abismo donde se despeñan los automóviles que llegan de Cibeles. Qué bello espectáculo esta cascada de chapa multicolor que cae por el tajo, centenares de coches con los inquilinos dentro pidiendo socorro por las ventanillas que de repente comienzan a volar hacia la sima con el sonido del claxon que raya la parábola hacia el infierno. El telediario de las nueve lo ha comentado como una fiesta.

Estás refugiado bajo la marquesina de la sala de conferencias y desde allí ves el montón de periódicos con los titulares rojos brillando bajo el celofán sin la noticia de la dinamita. Hay que empujar más, muchacho, ya has oído al orador, pero el coro griego acaba de descubrir los objetos, el juguete magiclik, el glu glu acuático y digestivo de la lavadora y la ideología se guarda en la nevera como un pollo junto al supositorio de los niños. El coro vestido de terlenka ha dejado solo al protagonista en la escalinata y se va de fin de semana a comerse una tortilla de patatas sobre la parcela y el parte de la Jefatura de Tráfico contando el regreso se ofrece como un cántico de amor, una fuerza del destino que aplasta el seat contra el chopo y te homologa con la Europa de los derechos humanos. La clámide de Antígona se puede comprar en el Corte Inglés. Subes por la escalera mecánica hasta el quinto piso, sección dedicada a la quincena de Grecia y se te acerca un horterilla con el pelo cortado a navaja, la chaqueta de cuatro bolsillos y el pantalón acampanado que se saca el puño de la camisa con dos brazadas en el aire y te ofrece la oportunidad de comprar a plazos la clámide de Antígona, las Tablas de la Ley en metacrilato, ofertas de llaveros, la felicidad de Buda en mecheros recargables, la filosofía de Confucio grabada en el mango del sacacorchos, fíjate qué cosa tan divertida, aprietas aquí y se ilumina una receta del Corán para preparar la carne de cerdo, le das una vuelta a esta manivela y aparece Carlos Marx abanicándose con un cheque o tiras de este hilo y ves que el obispo levanta el pene hasta la muceta. Y tú echas octavillas, aleluyas en ciclostil desde la acera sobre aquella fiesta de maquinitas y cacharritos de plástico para concienciar a Prometeo y obligarle a abandonar el telefilm Bonanza.

A las doce de la noche se celebra la fiesta tecnocrática en el cabaret. Los del sindicato de la madera y corcho, que han venido a Madrid para hacerse cargo de la contrata, están todavía delante de la copa de coñac y tienen al lado una puta de Chicote. Un ciego rezagado canta todavía los iguales que ya han salido y las cerilleras son figuras de Nonell que jalonan las doce estaciones del camino hasta el sótano donde se va a dar el espectáculo. En los cines los nuevos consumidores ligeramente dopados por el aire dulce contemplan el primer ombligo de la artista y un rijoso en calzoncillos que lo persigue alrededor de la cama. Las parejas de recién casados suben reculadas hacia la pensión, él con el cuello afeitado por el peluquero del pueblo, ella con la permanente y el pecho mordido fieramente en la noche de bodas. Julie te lleva de la mano por la Gran Vía en dirección al sótano de luces negras,

importadas de Pasadena, donde bailan criaturas elásticas de piernas azules reflejadas en los vasos de whisky, las primeras muchachas de la tecnocracia dentro del primer whisky de la tecnocracia. Pero en Chicote los limpiabotas bailan todavía la conga alrededor de los zapatos de los últimos señoritos de Bilbao. Lo demás son préstamos con usura, hipotecas fulminantes, escaparates con los primeros viajes de placer a la Europa erótica, a los harapos de Oriente con el Taj Mahal sobre las ruinas humanas.

La sala de fiestas es una manta oscura con puntos rojos, chicas en los púlpitos con polainas de purpurina y minifalda, un oleaje en la pista donde a intervalos se reflejan los faros de las bragas de oro de las gogó girls y la clientela está distribuida por los rincones, ocupa los divanes de las tres salas, en los ángulos muertos los dulces niños de la tecnocracia con la camisa calada y el primer whisky, los jóvenes matrimonios que han alquilado el primer canguro, el ejecutivo con el primer mechero Dupont, el constructor con el primer casco de la obra en el salpicadero del primer dodge, el charcutero con los primeros zapatos color sobrasada, todos bebiendo aquel primer whisky del primer plan de desarrollo. Cuando son las doce en punto de la noche va a comenzar la función.

Ya se oye la charanguita que toca Suspiros de España. Los seis enanitos restantes vienen por el andén de la cloaca máxima y en la vertical del cabaret, a la luz de un escotillón, se agrupan brevemente para elegir al portavoz de turno que dé el comunicado constitucional. Sobre el cráneo de los músicos y los seis líderes trepida el pateo del baile. Tendrás que ser tú, Gabrielito Cisneros, que conoces bien este estado de opinión, quien lea el parte, no temas, camarada, ahí arriba danzan las máscaras del consumo con la bragueta abierta. Es gente pacífica que está emplazada a treinta, sesenta y noventa días. No te escucharán, digas lo que digas, porque tienen el transistor pegado a la oreja siguiendo el carrusel del domingo.

Gaby Cisneros con la sonrisa de pájaro se despide de los suyos y comienza a subir por una cuerda de nudos hacia los lavabos del cabaret. La charanguita se aleja por el alcantarillado general para dar la buena nueva en otros lugares. Mientras vacía la vejiga sobre el limón del urinario, flanqueado por dos consumidores que hablan del delco del coche, Gaby Cisneros repasa en su memoria el comunicado constitucional. Después se va al camerino para ocultar las arrugas con el maquillaje y desde allí oye el espectáculo que comienza.

Antes que nada es imprescindible que esta clientela se vaya al infierno desnuda de metal, de modo que ordena a los camareros que paseen por la sala un imán y despojen a este público de horteras, a las niñas de las bragas de oro, a los matrimonios de carrito en el super, a los nuevos ejecutivos, a las vírgenes secretarias, a la pareja de tenderos, de cualquier objeto metálico, relojes, pulseras, mecheros, collares, sortijas, polveras y broches. Estás solo en la pista dentro del cañón de luz y el encargado de la barra se te acerca para ofrecerte un pipermin. En escena hay una lavadora automática rodeada de cables, conectada a un fusil ametrallador que gira sobre un trípode.

La función consiste en convertirles a ustedes en un bello paisaje, por eso dentro de un momento ustedes van a ser ejecutados. No pregunten nada. El juego estriba en que nadie pida explicaciones, en que se acepte esta masacre como una técnica. Ustedes van a ser ejecutados por este fusil ametrallador conectado a la lavadora. El fusil es un argumento lógico: una bala se deduce de otra en un silogismo de doscientos golpes, los que necesita para vaciar la pinta del cargador. Ustedes son doscientos consumidores que han ganado el concurso nacional. Aquí hay doscientas balas. Coinciden. Da gusto trabajar cuando las matemáticas acuden en ayuda de la moral pública. Ustedes van a ser ejecutados con el chupete en la boca porque simulan ser felices y su felicidad merece ser convertida en un bello paisaje, en un cementerio civil con sauces y pinos, césped mentolado y paseos de acacias recostado en la loma donde los domingueros puedan tumbarse a la sombra del seat y abrir una cerveza con el canto de una lápida.

Los camareros han despojado a la clientela del carnet de identidad y demás alhajas. Pregunta si hay algo que alegar. Y callan todos. Se ha apagado el foco y la oscuridad fundida estalla de repente con los dos faros de camión de luz blanca que rebota contra las camisas de la clientela recostada en los divanes, contra el balcón del ayuntamiento donde está el guerrillero atado, contra los pedernales radiactivos de Hoyo del Manzanares, contra el alcornoque donde lo van a fusilar. La lógica y el furor se te han concentrado en el índice, has apretado el gatillo del violín y has disparado contra la masa de consumidores. Taca, taca, taca, taca, taca... todos muertos. Un silencio sin gemidos. Alguien tal vez garrea todavía en un rincón, pero todos están muertos. Bebe la copa de piperment para celebrar la llegada de la excavadora.

El sótano es ya un bello paisaje, una zona verde edificable, un altozano para parcelar y la lavadora automática ha quedado en medio de la pista conectada a la ametralladora cargada con una bala encasquillada. Los camareros aplauden con las bandejas como los platillos de una banda municipal. Julie sale por el foro hacia el centro del escenario. La lavadora conectada con el fusil musical necesita ropa, está en marcha ronroneando el glu glu acuático del primer programa de lavado. Julie se despoja de la camisa azul con el yugo y las flechas y mete la colada en la máquina y a través del ojo de buey se ve el escudo de falange que da vueltas, da vueltas entre la espuma detergente. La chica agita la melena y los brazos bajo la luz espolvoreada de motas de oro. La lavadora funciona y el fusil ametrallador está apuntado al techo después del trabajo. Cuando se acerca el camarero con otra copa le dices que ya puede avisar al líder, que aquí tiene la solemnidad preparada, ya se ha pasado el arado por el escaparate y puede salir a hablar. Ven, Julie, acércate, desde aquí se divisa una bella panorámica del fusilamiento, en esta loma se respira una suave brisa de sauce, abrázame sobre los escombros, bésame antes de que lleguen los del sindicato de la madera y el corcho con la excavadora para levantar una urbanización. Desde aquí se puede oír al líder con un sonido de cuatro ecos.

Gaby Cisneros sale a escena. Y sonríe cuando comprueba que enfrente tiene al público ideal. Ante ese silencio absoluto Gaby Cisneros saca el papel del bolsillo y se decide a leer la buena nueva a estos ciudadanos que acaban de sufrir una crisis económica. No hay más que verlos con los brazos abiertos y los ojos dilatados. El portavoz constitucional comienza la lectura cuando un hombrecillo calvo, bigote de cepillo y traje de mil rayas se incorpora en un diván gritando que él no está muerto, que hay que parar la función. Al verse sorprendida, Julie se pone precipitadamente el belcor con la esvástica y se cubre con una toalla y t  le gritas al tío del bigote imperialista que aunque sea por hipótesis debe considerarse muerto, que deje expresarse al líder. Esto es un cementerio, por tanto le corresponde a él argumentar que est  vivo. El hombre tose con satisfacción mientras saca un efecto bancario del bolsillo interior de la chaqueta. Aquí está la prueba. Esta es una letra de cambio contra esa lavadora automática. Un servidor es el aceptante, mire, aquí está mi garabato tumbadito en la esquina, m relo, este es el último plazo pagado religiosamente. Esta letra aceptada es la prueba de que estoy vivo. Gaby Cisneros, por si acaso, se ha ladeado discretamente.

No ha sido necesario que el señor gordito saliera a la pista ni que se acercara demasiado ni incluso que se hiciera muy visible en la penumbra del sótano. La máquina ronronea el primer programa de lavado cuando el fusil da un suave giro sobre el trípode hasta apuntar hacia una parte esencial del último consumidor. Ha sonado un golpe seco. Y la única bala ha ido a anidarse furiosamente en el corazoncito del aceptante que ahora cae a plomo bajo el lento revoloteo de un efecto a noventa días. Que siga el líder.

La máquina termina el programa y necesita más ropa. Julie se quita el sostén tatuado con la esvástica, las bragas rojinegras y las echa en la lavadora y se queda desnuda en el parque solo con la boina roja moviendo el culito autárquico a ritmo de corneta que toca un camarero convertido de cintura para abajo en una cabra, los pantalones en patas puntiagudas entreabiertas para dar salida a un caño de pipermint, el smoking en un plumaje de tordo y las manos en el instrumento tocando volare, oh, oh, cantare oh, oh, oh, oh, nel blu di pinto di blu. Gaby Cisneros con una bella voz lee el parte constitucional. Los diversos miembros de la ponencia han tomado un primer contacto entre sí, han hecho meditación concentrándose en la punta de la nariz y han decidido devolver los ciudadanos a la pobreza extasiada del anticiclón de las Azores. Se acabó el sueño erótico de los envases. Un boniato de cien kilos es arrastrado por las calles de la ciudad tirado por una cu driga de leones. Por prescripción facultativa aquí todo el mundo ha de bailar bajo un sol espléndido de cuarenta vatios. Pero los espectadores ya no reviven. El portavoz da por terminado el espectáculo y los consumidores siguen tumbados en los divanes. La muerte es una costumbre.

Suenan tambores y cornetas a la sombra de los nogales de la explanada. Los camaradas hacen la instrucción con un fusil de madera y el jefe de centuria alterna las voces de nobleza, derecha ar, de frente ar, con mordiscos a un boniato. Mañana llega el señor gobernador al poblado para inaugurar las pesas del matadero y en la explanada del Cristo de las Ánimas el matarife municipal está sacrificando un guarro para el banquete en la Fonda del Comercio. Los camaradas vestidos de flechas hacen maniobras con el fusil de madera alrededor de la matanza. Esa tarde mientras los guerreros presentan armas inflando el pecho picado por el bacilo de Koch tú le regalas un fulminante al pelirrojo Machancoses que se ha erigido en jefe de la pandilla después de haber renovado el rito. El pelirrojo ha sido otra vez el primero en llenar con el propio semen el cuenco de un higo chumbo. Él es el jefe. Y tú le regalas unos fulminantes y un destornillador y a cambio él te muestra a una tía suya que está embarazada de ocho meses, que camina con los pies zambos y tiene unas manchas en la cara. Cuando el pelirrojo Machancoses te inicia al día siguiente bajo el castaño de Indias frente al retablo de Bernini de aquel amanecer, el tambor de viernes santo ya está en tus manos. El redoble suena esta madrugada de perfumes agrestes a salvia, lavanda, tomillo, poleo, cuando vas hacia la partida del Azud a buscar balas para el traperero tirando de un cordero teñido de azul celeste. La puerta del templo despide bocanadas de incienso mezcladas con el oficio de tinieblas, el carromato está en medio de la plaza y la pequeña Julie va yerta camino del cementerio. Tienes la piedad en los primeros estertores del bajo vientre con los gusanos de seda en un baile lento sobre la morera.

Julie, desnuda con la boina roja, ahora va contigo en autobús al cementerio civil, porque aquí en Madrid no tienes más muertos que los que te da la gana. Primero has llevado a Julie desnuda al cementerio civil, un viaje ritual antes de admitir a la chica en tu guarida. Después de ese trayecto entre tumbas, epitafios laicos y coronas de partidarios, has besado a Julie allí por primera vez. El cementerio civil se encuentra en la parte este de Madrid entre vertederos de fábricas familiares, corralones y barriadas del régimen franquista frente al otro almacén de huesos bautizados que han muerto rociados con agua de hisopo y con la planta del pie signada con una cruz de aceite como se hace con los higos flor para que acaben de madurar. Sobre el cementerio llueve una cortinilla sesgada de otoño. El funcionario de la garita al ver a Julie desnuda ha levantado la vista del periódico, ha sonreído y la ha seguido un momento con la mirada.

Los sauces gotean sobre las losas de granito de colmenar, sobre el suelo convertido en una plasta de barro y hojas de laurel. Pero este silencio de lluvia a Julie no la excita aunque la ocasión es bastante solemne con los picotazos de lluvia sobre la cara, en su cuerpo desnudo, además atardece sobre Madrid y detrás de las tapias se oyen los pitidos de un embotellamiento lejano. Contra el retablo de la tumba de

Salmerón has conseguido atrapar la boca de Julie con los labios herméticos que saben a lichis y la chica ha aflojado un poco el cuerpo contra el tuyo, ha dejado puesta la pulpa de la mano en tu pescuezo.

Vas de la mano de Julie desnuda con la boina roja por la ciudad, la paseas por las exposiciones de pintura y su piel brilla bajo los focos de luz blanca, en el fondo de la sala una secretaria teclea y el pintor responsable alucinado en aquel silencio de hilo musical mira a la chica de reajo. Caminas con Julie desnuda por los museos de porcelana, tapices y relojes historiados, desnuda por las librerías de viejo que huelen a polilla dulzona, desnuda por las tiendas de anticuarios entre tallas del siglo xv, arcones, cornucopias, mesas tocineras y crucifijos de marfil, desnuda por el Museo del Prado con un canuto de marihuana dentro, desnuda frente a Los Fusilamientos del 2 de Mayo, por las cafeterías de media tarde llenas de neón, pasteles, ancianas, viudas que parecen pasteles de nata y pasteles de nata que parecen ancianas adorables, americanas dulces de Boston. Vas por la calle con Julie desnuda con su cuerpo lleno de pegatinas de Ché Guevara y te abates contra su flanco y buscas la boca de Julie en cualquier portal que huele a flor de gas, en un banco de madera ocupado por jubilados que leen ABC, en una sala de muebles isabelinos, en una subasta de arte, en las escalinatas del jardín derruido, en la pérgola frente a la balaustrada, en la puerta de la Bolsa, en un vagón del metro hasta los topes Tetuán-Legazpi en hora punta. El deseo se ha convertido en un ballet con cámara lenta, donde la carne traslúcida de Julie atraviesa la ciudad.

Alguien ha contado a tu enlace que la policía te cogerá un día en plena brama. Pero el método ha dado resultado. Frente a un cuadro de Goya a la chica le ha llegado finalmente la lucidez y ha decidido con dulzura dormir esta noche contigo. También estuviste tú particularmente brillante al explicarle el sentido de ese pelele de la camisa blanca que abre los brazos al ser fusilado en la Moncloa, ese es un hinchado lleno de euforia después que el delantero acaba de marcar el gol del desempate. Pero el mérito es de Julie, porque además es otoño tiempo de las manzanas y arrastrar las patas por la acera junto a una chica eso no es una historia aunque la chica fuera Julie, una muchacha llena de pecas con los pómulos de melocotón muy altos y el pelo rojizo. Merecía ir acompañada por un profesional perfumado con Givenchy, las gafas de sol en el cráneo y las mangas del jersey anudadas en el esternón entre las deliciosas tetillas de sportman. Pero va acompañada por ti, que eres un prostibulario. La historia es que ella ha cogido la maleta, ha entrado olisqueando en la guarida y ha vaciado su ropa interior sobre la cama.

Hay que ser consecuentes. La presencia de Julie no quebranta ninguna consigna, de modo que tampoco es lógica la postura adoptada por el camarada. Nadie te ha enseñado que un dinamitero debe ser célibe. Además falta por ver a la chica, llegado el caso, enseñando el muslo al policía arremangado con los antebrazos peludos dispuestos a embestir. Prender la mecha a un cartucho de dinamita no es una filosofía y tampoco hay necesidad de azotarse antes con ramas de abedul. Alguien debe poner

la dinamita. Bien, se pone y ya está. Pero él acaba de llegar de fuera con otras órdenes y otra moral, según dice. Te insinúa con medias palabras que hay personas muy importantes detrás de esto, no vayas a creer que esto es una partida de mus. La organización debe funcionar como un reloj, con disciplina militar. Puede que a ti te dé igual el Corazón de Jesús y el corazón de Mao, Carlos Marx y San Luis Gonzaga pero este mecanismo debe funcionar al segundo, de lo contrario puedes verte un día dentro de un cubo de basura en Vaciamadrid, tú verás lo que haces. Y te lo dice así con ese aire de superioridad tirándose de la barba crecida en el Barrio Latino. En cambio tú tienes una pinta patibularia con el bigote de guías chamuscadas, pero el camarada no ha adivinado que la tuya es una actitud pura, que tu violencia ciega tiene un punto frío de redentor en ayunas camino del martirio y que si estás dispuesto a poner la dinamita es para que revienten ciertas cosas, entre ellas, tú mismo.

La guarida es una habitación baja junto a la portería ocupada enteramente por una cama, por un sillón frailer, una mesilla de pino, una pieza ciega del retrete, un armario de una sola hoja siempre abierta que está junto a la ventana del patio interior lleno de humetazos con un triángulo de cielo cruzado por la colada de la vecindad, con olor a pozo fresco y en uno de sus ángulos discurren arriba y abajo como una zambomba los contrapesos del ascensor. La casera es una anciana muy pulcra con unas costras moradas entre su pelo de nieve que acude a ti cada primero de mes a cobrar siete mil pesetas de alquiler, pero no eres tú quien paga a la abuela sino tu enlace, por eso entra aquí como en casa y ha guardado bajo la cama ese fortín de dinamita que cualquier día, mientras estés dormido, te va a hacer saltar hasta el techo. Pero estás muy orgulloso de ser su guardián. La abuela ha venido a cobrar y ha visto el pijama, las cremas, los perfumes de Julie, el peine de nácar que destella en este basurero. La abuela no dice nada. Solo te pregunta por qué has quitado el crucifijo de la cabecera del catre. Es una cuestión teológica. El crucifijo debe de estar por ahí en cualquier rincón. La abuela se pone a buscar y llama al crucifijo como si fuera un perrito caniche, ¡capitán! ¡capitán!, abriendo el armario, el retrete, los cajones, ¡capitán!, ¡capitán!, levantando libros, maletas, papeles, ¿dónde estás, capitán?, arrodillada bajo la cama escarba con su manita huesuda los periódicos que envuelven la caja. Puede que el crucifijo esté aquí. Pero tú le dices que en esa caja hay dinamita y la abuela se ríe.

Es más potente que la marihuana, mucho más, este olor a gas lacrimógeno, el silbido de los botes de humo, la emoción de las balas de goma, la posibilidad de que un ángel exterminador, que trabaja a tanto la hora, te ejecute en un portal, es más excitante que una anfetamina con cazalla esta fiesta montada cada atardecer en la ciudad mientras el abuelito envejece dando la mano en las audiencias de los miércoles. Entonces todo está claro ante un enemigo tan evidente. La putrefacción tiene un sentido, la historia ha tomado una dirección única y tú eres un joven profesor de filosofía, feliz dentro de la batidora que sigue la flecha hacia los lavabos. No hay que matizar demasiado. Para ser un chico demócrata solo hay que cortar por la línea de puntos.

Alguien te avisa que mañana hay un salto en la calle junto al metro Diego de León. Una hora antes encuentras en la acera las máscaras del espectáculo, esos barbudos que van y vienen disfrazados de paseantes esperando la señal, tú no saludas a nadie, a lo sumo levantas una ceja o guiñas el ojo mezclado entre la gente que sale de las oficinas o de las tiendas donde acaba de comprar los regalos de navidad, amorosos peluches, dulces cajitas de música con una bailarina que da vueltas mientras suena una canción de cuna, cuando en Burgos ellos juzgan a unos chicos con anorak o chubasquero, cinco ositos rebeldes que le tiran de las pantuflas al abuelito. Estás allí esa tarde precisamente para desafiar la ira del abuelito. No comes una rebanada de pan con carne de membrillo pero el espectro se ha encaramado otra vez en la mesa de ping-pong formando parte del tribunal y a través de la reja puedes ver su rostro reflejado en el plato de sopa.

Aquí está la nómina de barbudos que se dirige al matadero. Conoces a muchos de los que suben y bajan por la acera en espera de la señal, algunos están sentados ahora en la pérgola del balneario, en los escaños del Congreso frente al surtidor del jardín, otros han desaparecido de tu memoria. De repente el comité ha saltado a la calzada con una pancarta que llena la calle y tú te lanzas apretando con rabia la mano de Julie entre la silenciosa manifestación que se dirige a una iglesia vecina. Ya está enchiquerada la plantilla de fieles incorruptos. Dentro de la iglesia atiborrada de barbudos hueles la humedad de acetona, la manzana podrida de tu infancia, miras la lámpara votiva del sagrario, la barriga del trapero junto a la higuera del corral con la luna llena encima y un señor que ya es diputado socialista lee los motivos del encierro desde las gradas del altar. En Burgos ellos juzgan a unos excursionistas,

espeleólogos, montañeros, buscadores de setas con anorak y en las caballerizas de la Dirección General relinchan los caballos cuando olfatean la sentencia.

Los aledaños de la iglesia han sido tomados por los marcianos ataviados con hierros que vienen a apalearte, los jeeps con la luz cobalto girando en el techo, las linternas dirigidas a la fachada, qué joven te sientes bajo la lluvia de palos cuando ululan las sirenas de los coches celulares, qué sentido radiante tiene esa fiesta cuando la brutalidad de los sicarios ilumina tu mediocridad. Pero al menos tú no vas luego a la cafetería a enumerarte las moraduras bajo el neón, a mostrar a los camaradas humildemente las heridas. Esta lucha de cada crepúsculo tiene un punto erótico de penetración, la aceptación del castigo con una finura libidinosa, el abuelito caza perdices y tú expones el hígado a los centuriones que te empujan hacia la inmortalidad.

Cuando ves a los camaradas tan dulces, inofensivos y apaleados, con sus manifiestos, encíclicas censuradas, leyendo comunicados y firmando protestas siempre decides actuar. Esta vez coges el cartucho de dinamita ahí pegado contra el pálpito del bazo, a las cuatro de la madrugada, en esa navidad de escaparates llenos de musgo sobre los televisores y de guirnaldas sobre los chorizos y te vas a la plaza de San Juan de la Cruz donde está el abuelito subido en un caballo de bronce, gordito y hortera como el amo de una encomienda de bananas y pones el cartucho pegado con un esparadrapo en la pezuña del rocín en esa mano levantada de héroe victorioso. Prendes la mecha y te largas silbando el Himno a la Alegría y unas bocacalles más allá oyes la explosión, como siempre, esos decibelios cerebrales estampados contra el póster de Che Guevara o las tetas de Marilyn. Y piensas en los destrozos como en los resultados de una quiniela. El pedestal de granito despanzurrado, el cráneo del héroe arrancado de cuajo obturando la alcantarilla y el vientre del caballo abierto como una piñata de ratas. Después de la explosión siempre alcanzas una paz pulmonar, como si de repente calmara un viento furioso que te deja el espacio interior en sosiego.

Pero al día siguiente se repite la ceremonia del troglodita, quieres comprobar el resultado de la quiniela, después de la siesta compras el periódico, lees la gacetilla donde viene el exorcismo, te acercas al lugar del atentado y lo ves todo exactamente igual, la estatua ecuestre plantada, el abuelito encaramado con el testigo en el puño, el caballo con la pata levantada en señal de victoria y los funcionarios rodeando la sombra con una póliza pegada en la frente. Llegas a creer que has roto el principio de causalidad con el propio petardo. Es como el relato malo de la caverna cuando un cazador pinta el bisonte en el techo con la convicción de que ese rito facilita la caza, pero no es así, encanto, no se trata de destruir la efigie del abuelito mágicamente, como el niño que alarga la mano para coger un pastel del escaparate. Pones los cartuchos de verdad, oyes lo explosión de verdad, pero al final de la madrugada drácula vuelve al féretro y el sol recompone las ruinas.

El centurión te ha cazado a la salida del templo, desde el cancel a la jaula de gallinas, con el carnet en la boca, a ver, vayan saliendo, y ellos tienen olfato, oye, de

repente no les gustas y te sacuden un cate entre las orejas. Los aldaños de la iglesia están tomados por los marcianos con la celada arriada sobre el hocico, dentados con metralletas, iluminados por el reflejo cobalto de las linternas que dan vueltas en el techo de los furgones, parecen máquinas con una percepción automática para detectar la longitud de las barbas de los demócratas. Venga, ustedes, vayan saliendo. El cura está en la sacristía admirado de la nueva rentabilidad de su parroquia. Y vas saliendo por la puerta grande y los marcianos en el dintel neoclásico hacen la tría de los boquerones, este quiero, este no quiero, a este le doy una patada, a este le pego con la verga en el cogote, id saliendo, hermanos, que hay regalos para todos. A ti te ha cogido por la oreja como a un niño malo y de un rodillazo en el culo te ha metido en la lechera para llevarte a la comisaría. De camino los centuriones hablan de un empate del Betis y de una quiniela de doce resultados.

Mientras tanto los marcianos apalean a los camaradas y ellos son muy humildes, casi felices bajo los golpes. Después se enumeran las heridas junto al mostrador de la tasca y narran hermosas historias de torturas con una mansedumbre que alimenta a las palomas de correos. Te ponen electrodos en los testículos, óyeme, y ves saltar las chispas como de un nudo de pino. Entonces Willy el Niño te acaricia el bazo con un guante de cabritilla y te provoca el vómito negro con tinta de ciclostil y echas los panfletos por la boca. Y Roberto Conesa se arrodilla delante de ti llorando a lágrima viva y te pide perdón anticipadamente por el daño que te va a causar en la espina dorsal, no es nada, hijo mío, solo una caricia de tu tío que te quiere mucho. Si quieres lo dejamos, oye, tú, dale un bocadillo de jamón a este chico tan simpático. Quedamos en que tú no conoces a nadie.

En el puesto de guardia donde unos policías juegan a la garrafina te han limpiado los bolsillos de cualquier clase de metal que pueda ayudarte a escapar por la chimenea. Sobre la mesa del oficial dejas el llavero, el reloj, los cordones de los zapatos y el cabo levanta acta del alijo. Luego te bajan por una escalera de madera hacia el sótano y te da la impresión de que vas buscando los urinarios de un bar mugriento con los pasillos llenos de cajas vacías de cocacola, cubos de limpieza con los estropajos hasta que encuentras una celda como una ratonera con un túmulo de cemento en un ángulo, te ha tocado la suite, criatura, has tenido mucha suerte, una bombilla adosada en el techo, un ventano en aspillera y la taza del water. La ceremonia del descenso se ha hecho sin mediar palabra. El guardia te ha abierto el portón metálico y tú mismo, guiado por la querencia, has entrado en el talego. Oyes los cerrojos y después las botas del marciano que se va. Y te has quedado solo cara a la pared. Primero te sientas en el túmulo en la penumbra como un pensador de Rodin y tratas de controlar el vértigo, palpas los bordes del abismos buscando el punto débil por donde puede hundirse el suelo. Ahora ellos hacen funcionar la computadora. Ese silencio de doce horas en el sótano, olvidado como un conejo que se pone a orear en la fetidez de la celda, lo ocupa un amanuense IBM para escribir tu historia. Las máquinas están muy avanzadas y no necesitan tanto tiempo para saber que tu historia

no es limpia. No es la primera vez que tu carnet de identidad ha caído en sus manos. Estás otra vez a su merced. Sabes perfectamente que no eres nada, solo un trasto palpitante en el sótano, una biografía que se ha objetivizado, el cuerpo de un rebelde que de pronto ha tomado la calidad de un material de derribo. Bueno, ya estás dentro de la batidora, de frente y de perfil, pero ellos al final te han puesto en las nalgas por segunda vez el hierro de las botas y te han dejado la puerta abierta por exceso de demanda, porque la hostelería no tiene capacidad para acoger las nuevas bandadas de pajaritos que caen con el carnet en la boca después de cada fiesta. El centurión con una patada te manda a la historia.

Tus amigos cuentan las hazañas en el pub y tú eres el último en el escalafón de las torturas. Esta vez no has visto al Willy el Niño, ni Conesa ha llorado delante de ti, ni Sainz te ha dado la mano. Solo un comisario de muslos arqueados como si se le acabara de escapar el caballo por la entrepierna, te ha llamado imbécil. Aunque prefieres eso a que un habilidoso te enchufe un cable en la uretra y te acompañe al piano mientras cantas la Traviata. En la penumbra fétida de la celda, frente a la pared arañada por tus predecesores, piensas en aquella bombilla con pantalla que se balancea en el techo de la sala del ayuntamiento donde se celebra el juicio del guerrillero con las rejas enracimadas de público, aquella sala del juicio en el local de falange con el tribunal sentado en la mesa de ping-pong y los guantes de boxeo colgados en la pared sobre la cabeza del presidente y el espectro de tu infancia allí en medio con la pata de palo, el garfio asomado por la bocamanga, la cara flaca picada de viruelas y las gafas oscuras blandiendo el papel de estraza con el anónimo.

De repente se ha corrido la voz de que al guerrillero lo van a fusilar aquí, en la partida del Azud, donde ya han caído otros. Al guerrillero lo cargan en el camión y lo llevan al monte por la pista de una antigua mina cegada, hasta la partida del Azud. El camión gime en las subidas dando tumbos y desde lo alto de las breñas lo ves zigzaguear en las curvas. Has llegado por el atajo de una vaguada hasta alcanzar un punto de observación con otros camaradas apostados detrás de unas zarzas frente al espectáculo. Un fusilamiento no tiene nada de especial. Si el esfínter de la víctima no se afloja o las rodillas no ceden antes de hora es solo un rito automático, un pequeño ceremonial que se produce en silencio con una celeridad de aliño. El guerrillero no ha dado ningún trabajo, a esta distancia no se ha oído un grito ni una maldición. Pero recuerdas que está amaneciendo y que cantan los pájaros, que las jaras huelen violentamente y que un perfume de manzanilla inunda aquel ambiente lleno de trinos. Revienta la vida en aquel amanecer con los colores lavados con el rocío, iluminados por el contraluz del primer sol que alarga las sombras perfumadas de tu memoria.

Bajan al guerrillero con un exquisito cuidado y entre dos lo llevan por los codos hasta el tronco del alcornoque. Con una soga un paisano le da unas lazadas casi de favor como si atara amorosamente un fardo. Otros tres ponen la rodilla en tierra a

media distancia en el centro de un semicírculo de invitados, el cura leyendo un libro con la estola morada y el bonete ladeado en el occipital como si fuera un árbitro que va a pitar un penalty, algo así como se lanza el último castigo. Los tiros suenan secos y separados. Han ahuyentado a los pájaros, han hecho cantar los gallos en el caserío próximo. Unos diez golpes mortales que se ahogan en la barranca. Lo has visto bien. El guerrillero ha doblado el cuello hacia la derecha, ha aflojado el cuerpo sobre los nudos y unos puntos rojos han aparecido en la camisa. Le han respetado la cabeza, se ve que el pelotón se ha puesto de acuerdo. La cabeza ladeada, los ojos abiertos, paralizados hacia la salida del sol, hasta que han desatado el cadáver, lo han enrollado en una manta, han abierto una zanja y lo han enterrado allí mismo. Casi enseguida los pájaros han vuelto a cantar.

Llega un momento en que no puedes cogerte a nada. Si la dosis es potente la subida se inicia en directa sin manillar. Te largas con el cuerpo partido por la luz, rodeado de colores líquidos, con el olfato sólido hacia el fondo del intestino sacro donde habita la unidad de Plotino. Las figuras de parafina, los olores, los sabores de tu infancia adquieren la fórmula única del principio de la desintegración.

La cara de tu señor padre picada de viruela se refleja en la sopa de fideos, el brazo fabricado por el carpintero del pueblo con el garfio de cuero está sobre el mantel de hilo holandés. Y comienza a funcionar en su presencia el potro de la tortura. Atenazado con un grillete en cada tobillo dos reatas tiran de ti en dirección contraria, un obispo mitrado empuja hacia una parte, un militar condecorado aprieta hacia otra y tu cuerpo comienza a dividirse por el pliegue. Oyes el crujido del coxis, los ligamentos saltan como cuerdas de guitarra, los cartílagos se convierten en sopa de estrellitas y un cura te arrastra hacia el norte y un militar fuerza tu otra mitad hacia el desierto y sientes que el tajo avanza vientre arriba hacia el corazón enredado en arterias que comienzan a soltar chispas de sangre.

Crac... crac... crac... ¡¡¡prunbackkkk!!!

Tu señor padre está ahí con gafas de testigo ciego reflejándose en la sopa y el abuelito está en el balcón de la plaza, como un residuo uniformado saludando a la marea. El tótem lleva el signo de la muerte inscrito en el rostro, en sus ojos de linfa amarilla cubiertos por las gafas, en la comisura caída y babada, en la quijada desencajada, en la piel de melocotón podrido. Ahora saluda a una multitud en acción de gracias después de los fusilamientos. Ha sido un verano muy seco pero ahora llueve un chubasco de sangre que riega las campanillas moradas. Ves el final del guerrillero en la partida del Azud o en el polígono de tiro en Hoyo del Manzanares una madrugada de septiembre después de un verano en que los turistas han orinado el mar de Homero, cuando los últimos veraneantes de la sierra se despiertan con unas descargas multiplicadas por los ecos de los pedregales. Los veraneantes se dan media vuelta en la cama y piensan que los militares están entretenidos otra vez con sus juguetes, haciendo ruido, desvelando a los dignos propietarios de las parcelitas que

van con el pantalón corto y la raqueta al hombro a lavar el seat 124 con agua purísima de montaña.

La ceremonia comienza a la luz de las linternas, bajo los faros de los furgones a esa hora en que los taberneros sirven el primer anís a los descargadores de Legazpi. Un celador avisa a los interesados que el momento ha llegado y en el patio de Carabanchel fuman los testigos con las solapas levantadas por el escalofrío del terror y los caballos de la guardia cocean el asfalto. Se abren las puertas y aparece la comitiva con la lenta solemnidad de la venganza, los jeeps, los grises furgones que transportan las víctimas engalanadas, escoltadas por motoristas, hacia el rito del matadero. Desde las breñas de la sierra ves por la hondonada del valle la caravana blindada que avanza guiada por los mastines. En el paisaje hay un cartel con una calavera sobre un aspa de huesos. No acercarse, peligro de muerte. Julie duerme con la tripita llena de palomitas de maíz, el perfumado camisón de seda entre sus muslos yodados, ajena a la apoteosis sanguinolenta cuando las bambalinas se vienen abajo y ya se oye crujir el entarimado del abuelito. Los turistas se han ido como una bandada de pájaros que huele la cacería. Han dejado las playas llenas de envases, de papeles pringados que el gregal levanta en suaves embestidas hacia los chiringuitos desiertos. Estás solo frente al otoño que dora el moscatel y perfuma las manzanas con esa luz aceitosa que acicala el último verde agotado por el color. El paisaje ha tomado ese delicado, suave, esmirilado equilibrio del románico, una gama que el abuelito utiliza como fondo para su venganza. Han sido tres ráfagas que los veraneantes de la sierra han confundido con unos rutinarios ejercicios de tiro, nada, hijita, no es nada, tómate el fruco, que los guerreros están jugando con las armónicas detrás del monte, no es nada. Tres cajas de pino al pie del pelotón de voluntarios que rodilla en tierra disparan contra tres paisanos. Las ráfagas resuenan en las azules hondonadas de peñascales entre jaras y lentiscos hacia los hotelitos habitados por viejas glorias del consumo.

Al atardecer has vuelto a la fiesta de los gases lacrimógenos bajo las nubes de humo iluminadas por los anuncios de neón, las nieblas cenagosas con los coches de la policía ululando, el cobalto de las linternas, los radioteléfonos soltando bocanadas de gritos, los fantasmas dentados de los guardias en un ballet moderno de culatas y vergas, el sonido de los botes de humo, las ráfagas de bala, los asesinos sueltos con el encargo de matar, a tanto la hora, apostados en los portales repartiéndose la paga. Una dulce señora de sesenta años llena de puntillas cruza la batalla, se dirige al jeep de mando y pregunta al capitán si sabe dónde está el Corte Inglés.

Después viene la voz de que han matado a otro por la espalda. Ellos llevan el programa al día, la contabilidad en regla, eso es, con el balance cuadrado. Han matado a otro y a ti te llevan otra vez a misa, mira qué cosa tan divertida, en un altozano de la universitaria, a un funeral con homilía pacifista y en las tinieblas te invitan a encender una cerilla en señal de protesta, como un Diógenes que busca al asesino bajo la cama. Tú solo con un mechero frente al destino. Al final quieren

convertirte en un especialista en funerales, con el ceño a media asta y los deseos de paz prendidos en la corbata de mormón. Pero decides actuar otra vez. El cerebro se te va hacia los cartuchos de dinamita mientras el amo se despide de los suyos desde el balcón de la plaza de Oriente. Los fascistas han barrido previamente aquel espacio neoclásico de las nurses almidonadas, los soldaditos de plomo y el corro de niñas que canta al conde Laurel.

Una marea de cráneos cocidos por el miedo y el odio fluctúa bajo los festones de la balconada antes de que aparezca el amo con treinta y nueve de fiebre, las banderas y pendones, el gentío con los corrajes cruzados en el esternón, los cánticos imperiales con la dentadura postiza y los brazos en alto señalando el azimut por donde va a caer en paracaídas el doble, el sosias del redentor. El abuelito aparece en el balcón con el rostro de melocotón podrido. Ves el rostro de tu padre que se refleja en el plato de fideos, que fluctúa en la sopa a cada cucharada. Asistes a la ceremonia de la corrupción. El rito se mueve en una espiral de pasta luminosa. Ves con toda evidencia que el maxilar de tu padre se desprende y cae sobre el mantel de hilo holandés, después un pómulo picado de viruela se aviva, comienza a germinar, se cuartea y finalmente se desprende sobre la sopa, luego se desploma la nariz y los dientes de oro llueven uno a uno sobre la mesa. Lentamente el rostro de la autoridad se desintegra a pedazos, el brazo de madera y el garfio forrado de cuero, la pata de palo, las medallas de la guerra, la polaina con la tibia pelada dentro, el ojo que se pone a flotar en el plato. Sobre la balconada neoclásica del Palacio de Oriente el brazo mecánico del amo entra en funcionamiento bendiciendo el orgasmo de la multitud. Contemplas la desintegración de un espectro mantenido en pie con esparadrapo, un esperpento de tu infancia con el orinal incorporado en la entrepierna que saluda desde el balcón del ayuntamiento cuando Martín Mohamed desde el minarete del palomar canta estrofas del Corán con largos alaridos.

La tarde huele a hoguera apagada, los tambores y cornetas suenan bajo los nogales de la carretera. Otros camaradas hacen la instrucción militar con pantalón caqui, camisa azul, boina roja, botas con clavos y fusil de madera. La cerradura del baúl está oxidada. A través de la mosquitera ves en el patio a la criada que cose junto a la alberca. Bajas del desván a la segunda planta de la casa acompañado por el ronroneo de los tambores con la obsesión de encontrar la llave del baúl. Oyes el reloj que puntea en la penumbra del comedor donde se refleja en las baldosas blancas y negras la luz de la galería. Has penetrado en la alcoba de tu padre, la cama metálica con orlas doradas, la cómoda como un elefante de doce cajones con taraceas de nácar, el búcaro sobre el paño de ganchillo, el espejo ovalado con marco de pana rosa, la lámpara con borlas, el lavabo con aguamanil, la percha con la gorra militar y el bastón con empuñadura de plata, el secreter al pie de la ventana del balcón principal y ese olor a Heno de Pravia que perfuma el aire estancado.

Es la primera vez que exploras este reino oscuro, desde aquí también oyes los tambores y el alarido de Martín Mohamed en el palomar. Los cajones de la cómoda son grandes como féretros y dan un grito desgarrador cuando los abres. Recuérdalo, debes dejarlo todo como estaba. Plantado sobre una silla comienzas a violar las sucesivas tumbas del pasado. En este cajón solo hay ropa blanca, sábanas que huelen a membrillo cargadas con una humedad de almidón. Más arriba está la ropa interior, medias negras, bragas, camisones de encaje, fajas, pañuelos de seda de tu madre todavía. Pones tu mano pálida en los cuencos de un sostén, estiras la goma elástica y piensas que ella era de ese tamaño, hueles el mundo perfumado con la dulzura de la muerte y la ves en el retrato sonriendo con los ojos un poco espantados a la salida de misa. Luego aparecen los uniformes verdes, las bolas de calcetines, los alzacuellos de plástico, el sable cruzado sobre los pijamas. Te aterroriza este mundo cerrado, el silencio de la casa te produce una palpitación de pánico y sientes en la espalda la punzada de ese ojo que te mira desde el triángulo isósceles según viene dibujado en el libro escolar. En el vientre te late la prisa por encontrar la llave del baúl.

El cajón de arriba es más liviano. Hay pañuelos, estuches con joyas, cajitas de terciopelo llenas de algodón donde anida una sortija o una medalla o una cadenilla de oro. Un bolsillo de cuero en forma de riñón está lleno de calderilla y billetes arrugados. Una mantilla negra traspasada por una aguja de plata. El mundo de tu madre muerto. Otro cajón lo ocupa casi enteramente el cubrecamas bordado por unas monjas de Cuenca con el escudo de la familia que has visto colgado del balcón un día del Corpus. Bajo el cubrecamas hay un estuche forrado de terciopelo que tiene en la tapa un medallón de porcelana con una escena de Wateau. Parece una caja de bombones, pero es demasiado grande. O el estuche de una cubertería. Lo abres con cuidado. Encajadas en alveolos como en una huevera de terciopelo ves las diez bombas de piña con granos verdosos. En otro féretro perfumado de la cómoda están los vestidos de Julie, esa rebecca de angorina, la falda azul de los domingos, las camisas labradas, las braguitas rosas. Sobre esta naturaleza muerta hay una pistola y una bolsa de hilo con un membrillo.

Junto a la cesta de mimbre con las condecoraciones de tu padre aparece un pomo de llaves, pero a simple vista ninguna puede abrir el baúl. La llave del baúl, según ha dicho el pelirrojo Machancoses, debe ser gorda y acanalada, tan grande como la de una puerta principal. Una de estas llaves es del secreter, el único mueble cerrado en la alcoba. Sientes una caída suave en el forcejeo de la mano y abres la persiana del escritorio de tu padre lleno de sobres, libretas, documentos con olor a polilla y a tinta seca. Algunos sobres azules llevan en un ángulo el escudo de flechas cruzadas como el de la camisa azul de los niños que están tocando el tambor bajo los nogales de la carretera. En la carpeta has encontrado el papel de estraza manchado de aceite, garabateado con lápiz rojo. Adivinas oscuramente que se refiere a una cuestión entre tu padre y ese hombre ensangrentado, vestido con harapos, calzado con botas de militar, que está atado en el balcón del ayuntamiento iluminado por los faros de un

camión. Lees el papel de estraza a la luz del visillo. Unas frases cortas con amenazas. Pero tu padre es demasiado fuerte para que alguien lo pueda desafiar. Las huellas de cuatro dedos están marcadas en las manchas de aceite.

Al lado del tintero seco con moscas muertas hay un paquete de fotos atado con una cinta. Son fotos antiguas que ya comienzan a dorarse donde se ve al guerrillero bailando un tango en una verbena, o sentado en un bar entre amigos detrás de una mesa llena de vasos, o del brazo de una muchacha con un fondo de cascadas del Monasterio de Piedra. En una foto iluminada está el guerrillero con traje blanco y sombrero jipijapa al pie de la balaustrada del jardín derruido, junto a la fuente que ahora tiene el surtidor segado por las agujas de pino. Ahí aparece el balneario como era antes del bombardeo. Un caserón blanco con una escalinata y cuatro columnas corintias que sostienen el arquitrabe donde hay un bajorrelieve con un dios barbudo dentro de una bañera y unas nereidas dándole friegas, rodeado de un jardín con buganvillas, patios con surtidores, magnolios, la pérgola con mármoles de Itálica sobre el parterre, recónditas plazoletas con setos de boj y bancos de azulejos con el respaldo en forma de *ese*, balancines bajo las acacias en flor, la gran terraza con baranda de jazmines llena de mesas de mármol con sombrillas donde unos camareros con smoking color crema sirven refrescos en cristales empañados. El guerrillero sonríe al fotógrafo.

En la alcoba iluminada con una lámpara de borlas, los féretros de la cómoda abiertos, aquel atardecer de verano que huele a hoguera apagada con sonido de cornetas y tambores comienzan las sensaciones de tu generación perdida. El olor a gusano de seda, el perfume de la ropa interior de tu madre, el desfile militar, el olor a polilla de aquellos sobres con escudo, la tinta seca del escritorio, las formas del sagrario, las manchas de aceite en el papel de estraza, los juguetes y la rebeca de angorina de la pequeña Julie muerta de tifus, el difuso terror que acompaña la memoria de ese guerrillero que pasa tres días atado en el balcón y que en la foto aparece vestido de blanco sonriendo en el jardín derruido, los primeros juegos en la soledad del somier, los zapatos y polainas de tu padre sin estrenar, el olor a cuero y el camión de peregrinos que cruza la campa de viñedos y se acerca al poblado para ver el milagro de la fuente mágica. La alcoba ha sido explorada hasta el orinal de la mesilla y el vaso de la dentadura postiza junto al montón de novelas del oeste. No has encontrado la llave del baúl. Cuando abates el colchón de Julie que la criada ha dejado sobre el baúl aparece la piedra que te ha ofrecido el mozo del somatén con la cara empañada de vino y sandía. Bajos los nogales de la carretera los tambores y cornetas suenan interrumpidos por una voz de mando. Estás tumbado en el desván con el cogote en la palma de la mano mirando la mosquitera. Piensas en la pequeña Julie muerta de tifus y en el espectro que se golpea el muslo a carcajadas. Entonces decides actuar.

Levantas otra vez la caja de dinamita desde la base del cráneo, escoges un cartucho seco y lo pones a calentar junto al hígado mientras corres por la calzada

buscando arcos de triunfo, cruces de los caídos, grandes almacenes, escaparates de maniquíes, columnatas de banco, cuarteles de policía, palacios de justicia. Con la dinamita junto a la palpitación del hígado sigues el laberinto de tu propia ira y oyes perfectamente las explosiones que vas dejando atrás, contemplas cómo saltan por los aires monumentos con cuádrigas desbocadas, cruces alzadas sobre la victoria con muertos, rejas labradas, paneles de las cotizaciones de bolsa que tienen debajo un ciego cantando los iguales, concibes cómo en los sótanos de la policía estallan por simpatía las cajas de coca-cola e inundan los pasillos y los funcionarios del ministerio flotan como vacas hinchadas río abajo en la crecida del Ganges. La teoría queda parada en un pliegue de tu conciencia cuando de pronto llega la noticia de que hoy los malos han derribado a otros cinco guardias. La duda entra en el vértigo menier. Mientras el tótem saluda a los suyos desde el balcón, los malos vacían el cargador sobre cinco policías buscando la simetría, con objeto de cuadrar el balance. Yo te mato, tú me matas, él te mata, nosotros os matamos, vosotros nos matáis y ellos se matan. El abuelito lleva el compás.

El guerrillero está atado a los hierros del balcón puesto a orear tres noches seguidas y en la acera los del somatén comen sandía y juegan al tute subastado. A esa hora incierta en que los asentadores de abastos toman el primer anís, el celador despierta a los condenados y en el empedrado del patio de Carabanchel cocea la caballería y los furgones inician la ruta en una alborada con olor de manzanilla entre breñas, con los primeros pájaros de rocío y tú estás apostado detrás de unas zarzas frente al pequeño ceremonial de la ejecución. Unos tiros en la partida del Azud hacen cantar a los gallos de los caseríos de alrededor. Las otras tres ráfagas hacen ladrar a los perros de los chalets vecinos y despiertan a los últimos veraneantes. Ya están los guerreros tocando la armónica tan temprano. Primero una, mientras el segundo condenado espera el turno en la roulette, después otra, mientras la tercera víctima coge la vez oyendo la desbandada de zorras. Luego la última ráfaga. Y después el silencio del monte con las miradas cruzadas del pelotón de voluntarios.

El tiro sobre la tripleta de reos tiene el eco en otras ráfagas sobre los guardias en esta mañana fétida en que se despide el abuelito. Pero tú ponte panza arriba, hermosa. La línea quebrada que dibuja el rebote de las balas sobre tu cuerpo es un jeroglífico policíaco. La carne de Julie tiene una viscosidad de helado de vainilla, el perfil de su vientre posee la suavidad del aire sólido, una emanación de puding. Sus ojos se solidifican en una excursión de miel en el espacio, esta mañana Julie es una espiral dentro de un escaparate de pastelería, una antena de azúcar donde se ha parado un cuervo, la dosis tan potente rompe las alas, tritura la simetría bilateral de tu cuerpo. Sentada en el sillón frailer, desnuda con las piernas abiertas, la masa de Julie se deshace en volúmenes acuáticos y ves cómo fluye sobre sí misma en oleadas de luz, un pasto difundido sobre el que contemplas con horror la estructura cuadrículada de la violencia. Las cuatro potencias del alma, el potasio, el fosfato, el calcio y el hierro,

lo que se dice un arsenal terrorista, se han superpuesto en su cuerpo sembrado de flores, campanillas moradas y has percibido el terror de la simetría.

Esa noche tu padre ha cenado de uniforme, con las medallas en el pecho. La criada ha bendecido la sopa de fideos y una vez bien rezados los tres, tu padre te coge suavemente de la barbilla, te levanta la cara hasta la altura exacta y sin mediar aviso te suelta una bofetada. La luz de la alcoba aún está encendida, la silla junto a la cómoda tiene el asiento manchado de barro y en los cajones hay señales de una mano sucia sobre la ropa blanca y el papel de estraza con el anónimo está fuera de la carpeta. Tú deberías tocar la corneta y el tambor como otros niños de piernas robustas y sonrosadas que jamás serán tísicos y no ser un niño pálido que registra los armarios. Y te pega otra bofetada.

En ese momento tu padre comienza a doblar la bisagra del vientre como fin del primer acto de la corrupción. El tinglado de la autoridad, el rostro adusto que jamás sonríe, el pelo de alambre cortado a cepillo, las gafas oscuras donde tú tantas veces te has reflejado pidiendo socorro, la quijada cuadrada por una férrea voluntad, las mejillas chupadas y picadas de viruela, esa imagen fortificada con un brazo de madera fabricado a medida por el carpintero del poblado saluda mecánicamente desde la plaza sobre el orgasmo de la multitud. Y de repente inclina el espinazo y cae en la sopa. Justamente después de la segunda bofetada la estatua carcomida de tu padre se ha desintegrado sobre el mantel de hilo holandés. El balcón del ayuntamiento está vacío y los dos faros del camión con el motor en marcha solo iluminan una argolla abierta. La criada recoge de la mesa las distintas partes del guiñapo y en la calle se oye el griterío de la gente del poblado que corre al descampado para ver el rabo del cometa.

A pesar de todo qué clase tan dulce de felicidad te invade en medio de esa escena de la putrefacción bajo los focos de la televisión cuando el cuadro de Francis Bacon comienza a tomar vida, un guiñapo sanguinolento dentro de una urna coreado por los críticos de todo el mundo y por los curiosos que acuden allí cada noche a la salida del cabaret, aquellas veladas de noviembre en que el tótem sangra por las heridas que le causa el equipo médico habitual y tú comes un filete de gamo en un restaurante de alrededor. Está abierta la veda, en los aledaños del palacio se ofrece la especialidad de conejo al ajillo o con tomate al coro sádico de la agonía, a una clientela que mientras trincha la ración de caza mira a través de la ventana la bandera izada en la cresta de la fachada. Las lámparas de la televisión se abren como calabazas fosforescentes en la noche del Pardo, iluminan los mosquitos radiactivos en la entrada del parque y estallan contra los charolados jinetes del apocalipsis que cubren el portalón por donde entran los coches oficiales con una cortinilla plisada sobre el cogote de un alto mando, de una jerarquía, de un familiar.

El aire de noviembre huele a sangre licuada de San Jenaro que riega el jardín del jerarca en la oscuridad y el brazo de Santa Teresa accionado con pilas made in Hong Kong se lo han puesto en la coyuntura del alerón para impedir la fiebre. Qué clase de felicidad morbosa, de enanito pendenciero, te llena las cavidades bajas cuando después de cuarenta años comienzas a notar por primera vez que la historia se mueve bajo tus pies. Se trata de una felicidad ontológica. El fósil cristalizado bajo la nieve agita ligeramente las últimas vértebras del rabo y tú celebras el final de la edad terciaria comiendo gamo con Julie en aquellos mesones de lámparas con gruesos herrajes, de mesas macizas y oscuras, de sillas con respaldo de sital junto al sistema político que se adensa en la barra sobre las cazuelas de chorizos y morcillas, boquerones en vinagre, pinchos de lomo dentro de las urnas de plástico y el espejo de atún en aceite donde se refleja la madre patria, esperando el remate de la gran ceremonia.

La edad terciaria te ha plateado las patillas, aquella tersa palidez de la infancia cuando metes la mano en los cajones de la cómoda buscando la llave del baúl, pero al fin la historia comienza a mover el rabo y tú asistes a los estertores del diplodocus. Los partes del equipo médico habitual se repiten mañana y tarde como los toques del ángelus y eres feliz dentro de la liturgia, las noches frente al palacio, comiendo gamo batido por los rumores de la fiebre, las constantes vitales, las curvas de la gravedad

que tienen los altibajos de una novela mala, demasiado dura, donde en la primera página ya sabes quién es el asesino.

El tótem de tu biografía está cazado por la historia y toda tu gloria desgraciada consiste en haberle sobrevivido para trincar un filete de gamo sobre aquella agonía barroca. Rodeado de exvotos, mantos con brocados, vírgenes milagrosas, tallas, amuletos de la buena suerte en la alcoba está también la esquemática, fría cibernética del quirófano improvisado, la cama metálica, el pulmón de acero junto al tresillo Luis XV, los aparatos de níquel, el riñón artificial sobre el reclinatorio de terciopelo, un Bacon y un Solana, y en medio la esfinge llena de sondas, la clave de tu memoria, el cuerpo de un caudillo que se ha convertido en una parte del circuito de diálisis, no el más importante, que huele a cirio y a formol. En los pliegues del aire le rodea un ronroneo de plegarias y análisis, de santos rosarios y estados de alerta mientras en los alrededores las tortillas de patata vuelan sobre las cabezas insignes y la alegría está frenada por jóvenes dorados con manoplas, ángeles de la guarda que rondan por allí con bates de béisbol bajo la gabardina, pretorianos con porras extendidas a lo largo del muslo.

Las agencias han montado carromatos de feria y los reporteros con los cascos en las sienas atisban los movimientos del portalón. Las flores de magnesio rompen boquetes deslumbrados en la oscuridad esperando la otra apertura del baúl. Aquella noche de noviembre tan alta y estrellada Julie está a tu lado y le acaricias el sexo bajo la casiopea mientras sacan al abuelito a rastras manando sangre por la escalinata de palacio hacia el pabellón de las caballerizas donde ponen a funcionar un electrógeno como un molino y el equipo médico habitual ronda el vientre del tótem y Julie mira las constelaciones con las bragas en las rodillas, la pretina del pantalón vaquero abierta bajo el parabrisas donde está la alta noche estrellada y tú le acaricias el sexo escarchado, el suéter relleno bajo el cielo plagado de signos milenarios, partido por el rabo del cometa y ella jadea mientras la radio del coche da la noticia de la operación quirúrgica que se sigue como los resultados de un emocionante partido de fútbol.

Esta vez la has cazado en la barra de Bocaccio. Julie está sentada en el taburete de la barra con un gin-tonic a medianoche y espera a ese amigo que al final nunca llega mirando las densas cortinas de terciopelo de la entrada obsesivamente. Enseguida se ha cruzado vuestro diagnóstico. Al verla has pensado que tenía los senos demasiado grandes y los ojos demasiado pequeños, entre esos pómulos de lapona y el pelo de rata, la boca cuadrada y los muslos largos y densos. La agonía se ha convertido en un lugar de excursión a la salida de los cabarets. Antes habías visitado la gruta milagrosa en la calle Claudio Coello en una nochevieja con la botella de champán y las solapas llenas de confeti. Ahora la moda es la noche del Pardo, una forma de rematar la jornada como la churrería de San Ginés, un poco más macabra, con el relente batido por los focos de televisión.

Vienes de Amsterdam tan carnosa con el cerebro raspado por una lija en Meelkweg. Tumbada en la pendiente de lona que ha chamuscado un ejército de

fumadores, en la penumbra roja desconyuntada por los calambres electrónicos de música estás ciega, colgada, viéndole el aura al negro del saxofón, el espacio magnético que se ilumina alrededor de sus rizos, la piel azulada que se licúa en el aire con reflejos de seda, el quebrado paraje de su bragueta que despide rayos como el viril de la custodia y tus pequeños ojos grises toman un fuego de conejo de Indias entre la alta estructura de tus pómulos de lapona. No sabes muy bien lo que buscas, tal vez hacer algún documental, alguna traducción, enseñar el sexo en Pasapoga o vender biblias por las casas, no lo sabes bien, siempre con la maleta en la mano, llena de libros, cambiando de pensión cada tres días y alcanzar un apeadero en el apartamento de treinta metros cuadrados tercero-C, extensión 225, de una amiga que conociste hace dos años en Londres, que ahora es un lugar de paso, un cruce de caminos entre los que van a la Meca y vuelven de San Francisco, un nudo de desertores del Vietnam. Siempre con la maleta en la mano hasta caer en la guarida.

Ahora estás esperando a ese amigo que tampoco llega a la barra de Bocaccio y ante la desesperación de la una de la madrugada resulta una buena idea ir a rondar la agonía del abuelito. La oscuridad del camino está llena de fusiles, encanto. Comprendes que los enemigos tienen en contra las leyes de la fisiología y eso te da valor para ser humilde. De repente entras en el recinto de la feria. La curva que rodea la tapia está tomada por los focos que cazan a los insignes visitantes y el público se pregunta por las pulsaciones del tótem. Los caballos cocean nerviosos y la guardia sonríe al ver el dolor de la clientela. Pero el peligro consiste en exteriorizar demasiado los sentimientos, en ese ademán que te puede traicionar, un tono demasiado vivo a la hora de pedir la cerveza al camarero.

No lo olvides, Julie, la historia está sometida a diálisis en ese caserón neoclásico. Allí aparecen las máscaras sentadas en los tresillos de la antesala consultando el síndrome del cuadro veterinario a la luz de la luna y el terror bate durante la noche la escollera. Fuera está la nómina de barbudos comiendo conejo al ajillo a la salud del agonizante con la pancarta plegada sobre las piernas y el rostro compungido que está a punto de estallar de gozo. Esta es una historia de amor con olor a farmacia, con la sensación paralela del tótem que no acaba de morir y la búsqueda de tu cuerpo que no acabas de abandonar. Pero qué género tan dulce de felicidad se establece en esa pendiente de la lona de Melkweeg, en aquel caserón de Amsterdam, de pronto ves que el dinosaurio comienza a resbalar por el terraplén empujado por los calambres de música y sabes que la acción es irreversible. La putrefacción de tu biografía ha entrado en la fase negra y tu mediocridad ha alcanzado por fin la gloria. Los partes médicos se suceden mañana y tarde como el ángelus de tu infancia, diálisis, campánulas, heces en forma de melena, canéndulas, cistitis aguda, jazmines, constantes vitales y la hierbaluisa junto a la alberca del patio que se refleja en el bote de atún en escabeche del bar del Pardo. Y se desintegra en los titulares de los periódicos. Y de pronto crac... crac... crac... crac... prumcracccc. El abuelito ha muerto.

Enseguida oyes las campanas que tocan a rebato en el campanario del poblado y ves correr a la gente en dirección al balneario para presenciar el portento. En el jardín derruido, al pie de la balaustrada, en el lugar exacto donde te ha caído del bolsillo la forma consagrada ha brotado un manantial de agua, como una fuente de Buigas. Hace más de un mes, desde que el rabo del cometa está en el cielo, que de noche se ve brillar en este punto un gran gusano de luz y durante el día el sol también alancea allí mismo un vidrio de colores que reluce de forma extraordinaria. En ese lugar ha salido ahora un caño de agua disparado al aire que sobrepasa los techos del poblado. La gente acude con botijos y cántaros, aunque al principio nadie se atreve a beber hasta que alguien lleva una muestra al boticario del poblado para que la analice. El boticario ha hecho experimentos con bacterias, ratones, retortas, pucheros y caldos. Y durante unos días ha retenido la prueba sin decidirse a dar un veredicto concreto. Pero los más osados han comenzado a beber por su cuenta y sin esperar el resultado del análisis se extiende la sospecha de que este manantial tiene poderes esotéricos para el riñón. Son muchos los que mean mejor después de echar un trago en ayunas. Y la opinión general ya atribuye a esta agua milagrosa una cualidad especial para el bautismo. Oye, esto es un jordán, con esto se pueden llenar todas las pilas benditas del mundo, te das un regaderazo y ves la chispa de la vida, se te abre un gran apetito y notas que se despierta en el interior un neófito. Por su parte el boticario que representa el punto de vista de la ciencia aún no sabe qué decir porque no tiene el diagnóstico claro. Opina que habría que probar con un tonto, a ver qué sucede. Martín Mohamed está encaramado en el minarete del palomar invocando a Franco todavía. Oyes sus alaridos en la oración de la tarde cuando el poniente es un melocotón en almíbar cruzado por las últimas golondrinas que van a emprender la migración. Franco, tú eres el mejooooor..., el más fuerteeee..., como Alá. Martín Mohamed aún ignora que el abuelito palmó la semana pasada. El boticario dice que hay que darle a beber el agua a Mohamed o echarle un chorro bautismal en el cráneo para ver cómo reacciona. Solo así se puede saber cuál es la dirección de la corriente y la virtud de este líquido.

Martín Mohamed está en lo alto del minarete rodeado de palomas rezando de espaldas a la puesta de sol y la gente del poblado desde el jardín derruido ve su cabecita rapada que se asoma por encima del tingladillo del tejado. Franco, tú eres el mejooooor, el más fuerteeee, como Alá. Siguiendo instrucciones un municipal sube con un cubo hasta la terraza próxima, salta una barandilla, atraviesa unas cornisas y se acerca al yogui con mucho tiento por la azotea alta de la casa vecina. Cuando el municipal tiene a Martín Mohamed distraído dos metros más abajo se prepara, saluda a los espectadores de la calle, da tres combas al cubo y arroja el agua de un golpe sobre la cabeza del muecín de la dictadura que de pronto enmudece con la sorpresa del chaparrón.

Está anocheciendo. Es ese momento de la tarde en que la temperatura de la tierra y de la mar se equilibran y la brisa cesa. El espacio coge un aire inmutable. Martín Mohamed hace una hora, dos horas, tres horas que ha callado. La gente del poblado desde el jardín derruido asiste a aquel silencio esperando la novedad. Pero el yogui ha quedado como un muerto. De repente a primera hora de la noche la brisa comienza a moverse y las veletas lentamente van cambiando de dirección. A la una de la madrugada el jardín ya está desierto y la población duerme. En ese momento sobre los tejados se oye por fin un enorme alarido de Martín Mohamed. El yogui eleva los brazos como dos candelabros bajo las estrellas del nuevo día, cambia de postura en dirección a poniente y sin que nadie le haya avisado comienza a maldecir a Franco, le lanza insultos con una melopea larga y le llama asesino, inútil, ignorante, bajito, miserable y todo lo que le viene a la boca. La gente sale de las casas en pijama o camisión gritando milagro, milagro. El agua ha concienciado a Martín Mohamed, ese manantial es el bautismo de la realidad objetiva.

La voz ha corrido por el contorno y enseguida han comenzado a llegar peregrinos con esclavina, bastón y la concha. Primero en carretas, después en camiones, bicicletas, motocicletas, autobuses, en trenes especiales con la pancarta fuera de las ventanillas, una formidable concurrencia con sacos de comida para varios días cruza pateando el viñedo y el poblado se llena de creyentes, conversos, neófitos, enfermos con camillas alrededor del balneario derruido y la fuente en medio de aquella extensión de fieles y lisiados por la tortura se eleva como un géiser en el jardín y se abre sobre los tejados en forma de abanico acuático de muchos colores y las palomas de Martín Mohamed vuelan alrededor. Los milagros han comenzado a funcionar. Este es el milenario, Franco ha muerto. El rabo del cometa está en el cielo y abajo se abren las tumbas, los cojos andan, los ciegos ven, los mudos hablan y los muertos resucitan.

Una empresa constructora se ha hecho cargo de algunas reformas y una financiera ha estudiado un plan para embotellar el agua mineral. El jardín de tu infancia se convierte en Delfos con olor a poleo. El balneario comienza a tomar vida propia. Los políticos acuden a consultar al oráculo y se dan friegas, hacen vahos e inhalaciones y se limpian las viejas pústulas en el canalillo del desagüe. Guardias con metralletas rodean el caserón y todos los días la grúa municipal se lleva los coches aparcados cerca del Congreso. La Carrera de San Jerónimo aparece como un puerco espín con esquinas llenas de púas. Paulatinamente la vigilancia ha cercado los desvencijados muros y en las bocacalles hay furgones de guardias armados que protegen la novena de aguas. Con la floración del agua el balneario derruido por el bombardeo ha tomado cierto auge empresarial, pero no se ha tocado nada, solo la piscina. Allí está la pérgola del hemiciclo con los escaños raídos, la tribuna con hierbas en las grietas, el salón de baile con la escena submarina en el suelo, el pabellón de los baños, el jardín con los paseos enmarcados por los setos de boj, el bar en la terraza bajo los toldos descosidos. Ves una sala destartada con la cristalera apedreada, los cables de la luz partidos y las cañerías rotas. En medio de la sala, bajo el cielo raso desventrado, hay

una bañera y dentro de ella flota un prócer en agua con sales y asoma la cabeza en una nube de espuma. Ves a un ministro en albornoz con la toalla liada a la cabeza como un árabe que cruza el corredor, por ahí va, como si nunca hubiera hecho otra cosa, saludando a los agüistas y pidiendo la vez para la partida de dominó en la terraza.

Después de la muerte del abuelito solo se han hecho dos mejoras en el balneario. La fachada con columnas corintias que sostienen el arquitrabe y los dos leones con sus pedestales han sido blanqueados con cal a causa de la peste bubónica y al pie de la balaustrada por donde se sale al jardín se ha construido una piscina olímpica para el rito de las abluciones, también para que los padres de la patria hagan los cien metros braza, los lisiados por la tortura se arrojen con el carrito incluido y los viejos mascarones fascistas hagan el muerto en esta balsa de Siloé. Esto es Delfos con los pasillos destartados de antiguos mármoles, salones con óleos craquelados, estatuas de proceres cubiertos de telarañas, cortinajes carcomidos en los ángulos, bronce donde duermen boca abajo los murciélagos. En el vestíbulo del balneario hay un tablero con la lista de las curaciones. Lees casos portentosos que hacen palidecer de envidia al propietario de Lourdes. Aquí consta que a un cojo le ha crecido la pierna entera, un mudo ha cantado una petenera y un paralítico ha hecho el cristo entre dos chopos. Vamos, Julie, quítate el bañador de Esther Williams y échate desnuda a la piscina que ya ha llegado la democracia.

Las instalaciones han sido apuntaladas y algunas noches se ofrecen funciones de luz y sonido bajo la luna llena. Entonces ves la pérgola del hemiciclo iluminada con todos dentro y oyes un murmullo de feria berebere antes de comenzar el espectáculo, la fuente milagrosa manando y los aposentadores guiando con una linterna a los bañistas hasta el asiento del tendido. Se oye la voz de Álvarez de Miranda, silencio, por favor, que estamos en sesión, ocupen sus escaños, silencio, por favor, estamos en sesión. Hasta que el silencio efectivamente se produce en el jardín romántico con luna llena y los murciélagos quebrándose en lo negro de arriba. Frente al banco azul se ve la piscina olímpica iluminada, color menta, como una esmeralda que brilla en la noche. Comienza la sesión. Álvarez de Miranda balbucea tropezando con la china que lleva en la boca y explica los tres milagros que están en el orden del día. El primero consiste en que estén todos allí reunidos. Eso prueba la gran virtud de estas aguas. El segundo es que una vez dentro del balneario los cabecillas contrarios no se hayan matado después de tan dura travesía. El tercer milagro va a producirse dentro de un momento. El señor Carrillo tiene la palabra.

En medio de una gran expectación Carrillo baja desde su escaño por las gradas del hemiciclo, bordea la piscina y sube hasta el último trampolín. Míralo allá arriba desnudo, con el tórax salido en una inspiración clavicular, el diafragma metido formando un vientre de lavabo, los brazos en jarras marcando el bíceps tornasolado de aceite bronceador. Los cañones de luz lo enfocan desde varios ángulos. Álvarez de Miranda reclama la atención de los diputados, más aún si cabe. Sus señorías van a

presenciar el gran poder de estas aguas. El pleno del Congreso observa con morbo el trasero de Carrillo donde la espina dorsal se alarga en un rabo de casi un metro rematado por una flecha que se arrastra por tierra. Desnudo allá arriba con el rabo de cincuenta vértebras Carrillo es un mito iluminado bajo la luna. A sus pies tiene la piscina de Delfos que brilla como una esmeralda. Carrillo levanta los brazos, eleva el calcañar, toma aire y con un impulso de felino dibuja un salto del ángel perseguido por el foco de luz en el espacio hasta que se zambulle en la menta de la piscina con la admiración y el ruidoso aplauso de los espectadores.

Los forenses del Ministerio de la Gobernación esperan al líder en una sala vecina para hacerle un reconocimiento médico. Pero no hace falta. Apenas Carrillo asoma la cabeza en la superficie y chapotea buscando la escalerilla de níquel para salir del agua el coro ya se ha apercebido de la transformación, porque el rabo está flotando desprendido del mito. Carrillo ahora se pasea por la pasarela de la piscina como en un desfile de modas y el pleno comprueba que la columna vertebral del líder no va más allá de la rabadilla. A pesar de todo, Álvarez de Miranda advierte que su señoría debe pasar por la oficina del forense para que le den el certificado de la curación. Un ujier se ha llevado el rabo de Carrillo como recuerdo para que jueguen sus hijos en el garaje de la comunidad.

Tumbaos panza arriba, hermanos, y esperad otra vez el santo reino de las ladillas. El traficante de heroína tiene el megáfono en su morro de mulato y desde la pasarela del Centro Argüelles adoctrina a un grupo de buscadores de oro en la boca de la mina. Ellos creen que van a comprar todavía feroces orgasmos de dulces muchachas a precios de fábrica después de contar la calderilla del arqueo con las manos llenas de sabañones. Hermanos, negaos simplemente a hacerles partícipes de vuestras hormonas. Llenad el mundo de placeres y ladillas, tumbaos bajo las palmeras del mediodía, arrojad sacos de flores al engranaje de las máquinas. Fumad, fumad mucho. A la rica marihuana, oigan, tengo nieve de la mejor calidad, ácidos y chocolate espeso. Sentaos, hijos míos y esperad que caiga la lluvia de conceptos podridos.

En ese momento un vecino del sexto piso arroja una botella de gaseosa sobre el orador. Pero el casco se ha estrellado en la cabeza de Caperucita que está entre la multitud oyendo al sacamuelas. Los inquilinos del Centro Argüelles comienzan a tirar objetos contra el traficante de drogas, que tiene el tenderete montado en el patio. Reparad en la historia, hermanos. Eso que los tenderos con tirantes y los periodistas envenenados con café y tinta china llaman decadencia es sencillamente el reinado de los dioses menores que son los más golfos y felices del firmamento. Ciertas etapas en que a los moralistas se les tapa la boca con cemento y los hombres intentan cumplir con la obligación de ser dichosos. A la rica marihuana, oigan, tengo hierba de tres gustos. Los esclavos dejan de remar por algún tiempo y son invitados a subir

directamente a la cama de su señora ama que les espera espatarradita de amor al prójimo. En cambio las etapas heroicas levantan arcos de triunfo a los asesinos y los filósofos van cargados con un confesionario mientras las calles se llenan de desfiles. A la rica hierba, tengo ácidos, nieve y chocolate. Mientras los guerreros desfilan, las dulces novias bordan sus iniciales en el cinturón de castidad. Yo os digo, entonces, hermanos, enseñad el placer a los héroes, invitad a los guerreros a que se pinchen al pie de la colina. Aquí tengo un polvo blanco que te frota el cerebro con un pámpano y te conecta la fantasía con la bellota del pene. Oh, dios, envía sobre estos niños el santo reino de las ladillas, antes de que venga Fraga. Mándanos, dios mío, unas purgaciones radiantes o perecemos. Vayan pasando por taquilla, hermanos, aquí hay marihuana de tres gustos, nieve de primera calidad, caballitos de cartón. Compren, compren antes de que venga Fraga.

Los siete enanitos de la ponencia siguen la ruta de la alcantarilla para dar la buena nueva, los partes, los comunicados del balneario, acompañados por la charanguita que toca Suspiros de España. El portavoz Herrero de Miñón se ha quedado haciendo el amor con Blanca Nieves. Gaby Cisneros está sentado sobre la lavadora automática viendo un paisaje de consumidores muertos. Ahora son cinco los que caminan por el andén de la cloaca máxima precedidos por los maceros y un guía que de trecho en trecho consulta el plano a la luz de los escotillones. A Fraga le toca dar la noticia en el Pub Blue Fox del Centro Argüelles y sube lleno de ánimo. Se plisa las alas de la chaqueta con la mano, estira el cuello para liberar la yugular del ahogo de la camisa que le ensangrienta el rostro, se detiene un segundo en el cruce del andén y de repente arranca hacia su destino como un motor. La charanguita con los cuatro líderes restantes sigue el pasacalle.

El Centro Argüelles lo forman dos patios comunicados, trenzados con pasillos y pasarelas que constituyen los sótanos comerciales al aire libre de tres bloques de viviendas de burgueses con horario fijo que duermen con el chupete en la boca sobre el laberinto de Creta y oyen todas las noches los jadeos de Ariadna cuando es violada por los freakies por riguroso turno. Ayer mismo aquí junto a este macetón de cactus han matado a un camello de un navajazo. Entra la mañana quebrada en grandes ángulos de sol desde los volúmenes e ilumina las vomitonas, diez, veinte, cuarenta fragmentos de conciencia arrojados sin necesidad de ponerse el dedo en el gaznate. Las botellas aplastadas, los papeles pringados, el sudor del vino, la orina del miedo solidificada en las paredes. Un barrendero vestido de marinerito con escobón y manguera se lleva los deseos irrealizables de la noche en una carretilla a las nueve de la mañana del día siguiente. Los bares, las tabernas, las cafeterías, los pubs, los clubs americanos están cerrados. No se abren hasta el atardecer cuando el aire va cogiendo un perfume de hierba y los nuevos buscadores de oro vuelven a los fosos de Creta con pico y pala para seguir excavando. Ahora oyen la oración del traficante de heroína.

A las diez de la noche el laberinto ha cogido toda la densidad. La ruta de los bares por los pasillos, las pasarelas de cemento armado se van alimentando con una peregrinación de jóvenes que iluminan con una cerilla el culo de saco de la historia y los camellos trabajan a pleno rendimiento entre los nudos humanos alucinados contra las barras, en la escombrera de muslos y tetas en los divanes, en la oscuridad húmeda del alcohol donde un ojo colorado te mira desde la profundidad del cogote. En medio del laberinto de Creta hay una iglesia. Por el sótano de la sacristía que se comunica con el alcantarillado ha emergido Fraga a la superficie. Los chicos están fuera y Fraga ha venido a darles la nueva, ha llegado desde el balneario con el parte de la salvación y todo un plan de cura. Déjale que descanse un rato en el chiquero. La sacristía tiene un aire estancado de corralillo de laberinto y en su interior se revuelve el minotauro bramando con el morrillo levantado hacia la vidriera en busca de la salida. Déjalo un poco más para que el animal coja fuerza en las tinieblas.

Sabes perfectamente que debajo de cada religión hay una droga, que en el sótano de cada cultura hay un zumo de fruta o un extracto de planta. En el laberinto de Argüelles se mezclan dos culturas, en estos pasillos hay dos clases de religión. El vino fermenta la alucinación grecolatina y los poetas lo han convertido en dios. Ahí tienes el cáliz rebosante de Lágrima Cristi propiedad del cura párroco. El hinduismo ha alcanzado la laxitud del hambre, el desvarío glorioso de la anemia, la dicha de la inmovilidad a través de la dulce Cannabis que te incienza el cerebro y te afloja el paquete intestinal. Lo diabólico es la mezcla. El demonio no es más que un gene con alambiques que une dos culturas, dos corrientes alternas que producen un chispazo en la glándula del cerebelo y segrega el concepto de culpa. Pero en estos casos siempre hay a mano un redentor de Galilea, un predicador de desierto, un gurú sentado en la acera de Benarés o un salvador gallego que da vueltas bramando en el chiquero dispuesto a redimirte.

La escombrera de cuerpos acribillados por la aguja hipodérmica, los jóvenes con barbita de Cantinflas que contemplan con la boca abierta la séptima cara del dado, los modernos adoradores del sol que ven el amanecer en el espejo del coñac, los últimos creyentes postrados de rodillas en el patio vomitando la pescadilla de la pensión en dirección a la Meca, los tiernos garañones que resuelven el damero maldito sobre el sexo de una muchacha colgada, esta es la arena del desierto por donde caminan los camellos repartiendo la dosis en el Centro Argüelles. Déjalos ahí, ellos no hacen daño a nadie. Solo quieren ver el calidoscopio de su hígado, acelerar un poco la marcha de la bomba, suicidarse ante el axioma. A fin de cuentas más allá de esta evidencia solo hay un drama de hombres gordos con la camisa planchada, el horario fijo y la duda puesta a enfriar en la nevera junto a los supositorios sedantes.

Ellos no quieren ser liberados, pero es irremediable. La puerta del chiquero va a ser levantada. Poseidón pincha con el tenedor los riñones del salvador de la patria y el minotauro se revuelve en el cerrado de la sacristía bramando. De pronto le abren la trampilla y Fraga sale al patio del Centro Argüelles con el Criterio de Balmes,

restallando el látigo y gritando un parte de guerra. Daos por muertos, si no os refugiáis en los tendidos. Enseguida oyes el clamor. Por todas las ventanas que dan al patio se asoman los vecinos, las terrazas cubiertas con la bandera nacional están llenas de gente invitada aplaudiendo al salvador. Por fin hay un poco de esperanza de dormir tranquilamente con el chupete en la boca sin ese malvado murmullo de los buscadores de oro, sin el reflejo de las navajas que traspasa los visillos, sin esos desgarrados alaridos del hombre lobo que se mete en el dormitorio donde la señora del notario ha puesto un camisón rosa sobre la lámpara de la mesilla de noche para preparar una dulce escena. Y cuando el orgasmo sube por el muslo hacia la pelvis después de pensar en el leñador del pueblo se oye bramar al hombre lobo desde el fondo del patio y te hace gritar que la patria está en peligro. Pero el líder suelto en el laberinto que hace restallar el látigo en la puerta del Blue Fox te va a salvar.

Abrid, voto a bríos, que llega el sargento de la remonta. Y Fraga da el primer trallazo. Dentro del Pub Blue Fox se oye el grito de Janis Joplin, la dulce pecosa que saltó la tapia con la sobredosis, un alarido que dice más que todas las estadísticas, el pánico y la rabia colgadas en el eco del acantilado por donde te despeñas y tu cuerpo va dando cates contra las aristas acompañado por los cuervos hasta el cauce seco. Abrid, voto al invicto, si no queréis que derribe de una patada la tapa de esta letrina. Dentro están ellos formando una red de piernas, la trama de una almadraba donde cada vez se enredan más los atunes, los penes y las vulvas adolescentes. Este es un mundo gobernado por un lejano rey de Cnosos. Fraga aporrea la puerta del garito que finalmente se entreabre dejando escapar una nube de azufre, alcohol etílico y marihuana. Entre, rápido, buen hombre, que se evaporan las esencias. Lo dice un barbudito con ojos de conejo de Indias y la sonrisa de felicidad anfetamínica. Pase y cierre. Acaba usted de llegar al último apeadero del Este del Edén.

Con el traje azul oscuro a rayas contra el fondo corporal lleno de música rock que te hace vibrar los intestinos en los acordes bajos, Fraga parece el empresario de un coro de bacantes que viene a recoger la recaudación de la taquilla. Da un par de palmadas, suelta unos gritos, se quita la chaqueta y su torso aparece rayado por los tirantes de la madre patria y por un cepo elástico donde lleva encepillado un bote de DDT. Apagad esa maldita música, voto a tal, que vais a oír el comunicado de la ponencia, poneos en pie, por todos los diablos.

Fraga saca un papel del bolsillo y lo blande en el aire rojo de la escombrera. Y a medida que va leyendo el parte de guerra, la prosa de la salvación, se oye un crujir de dientes, los estertores de la caída, los capotazos del aterrizaje de emergencia. En el fondo de los almohadones chamuscados por el hachís y manchados de esperma comienza el ruido de ayes y un chasquido de cartílagos cuando los huesos se vuelven a encajar en las coyunturas. El Blue Fox se ha especializado en una clientela de pasotas de sofá a solas con el chocolate, unos socios que te divisan a lo lejos a través de la humareda. A Fraga no le hubiera sucedido nada si se hubiera limitado a recitar el ensalmo y a largarse después, como era su obligación. Pero Fraga está atacado por

el virus de la redención, es un donjuán sobrealimentado. Te quiere conquistar para las esencias. Y al ver que el comunicado solo ha provocado burlas y lloros, Fraga, sin previo aviso, desenvaina el bote de DDT y comienza a fumigar el nido de cucarachas. Tampoco hubiera pasado nada si la ira del líder se hubiera quedado en el insecticida. En el Blue Fox se reúne el ala moderada de la contracultura, que solo llora, ríe o tose en señal de protesta y mira al moralista como el que despierta de un profundo sueño y saca la cabeza de una pasta de merengue. El salvador de la patria lanza amenazas rociadas con chispas de salivilla y ellos ventean sus narices con la palma de la mano para ahuyentar el olor a sable. Pero los freakies ya saben que el minotauro está allí y han cegado las ocho salidas del laberinto de Argüelles. Ahora se acercan al Blue Fox, en el momento en que Fraga ya ha dejado la chaqueta sobre el mostrador, salta sobre las mesas derribando vasos y se dirige al fondo del salón de donde salen las protestas más vivas. Y la va a emprender a golpes con toda su camisa blanca como un cacique de Chicago cuando un freakie abre el muelle en la tiniebla y paraliza la furia de Fraga poniéndole el pico de la navaja en los riñones. Desacelera, líder.

Después, ya de noche, ha comenzado el juego. Las azoteas, ventanas y terrazas adornadas con la bandera nacional están llenas de gente adicta alumbrada con cirios que vitorea al salvador de la patria. Es gente que quiere dormir tranquila sin oír los aullidos del hombre lobo después de hacer arqueo en la tienda o de haber cumplido con su deber en el negociado. Y allí abajo en el Blue Fox los freakies anudan un pañuelo en los ojos del minotauro, le dan vueltas como a una peonza y le abren la puerta. Fraga sale de gallina ciega enfurecida con el Criterio de Balmes y el látigo a recorrer el laberinto en busca de la salida. Desde las azoteas se oye el bramido del minotauro y ese sonido excita a los suyos. El laberinto de Argüelles es un residuo contracultural de la universidad formado por una juventud marginada, garañones que suben desde los barrios a catar las últimas vírgenes, salteadores de farmacias, navajeros que cubren la retirada a los camellos con la giba llena de nieve. Por este dédalo de bares, donde en cada garito se ofrece una especialidad psíquica, va bufando un Fraga unidimensional con los ojos tapados bajo el estallido del propio látigo.

En Acuario se reúnen los que están con el gurú, ese dulce gordito que come helados y juega con las maquinitas, tan pacíficos mirando al techo con los ojos insertos en la lámpara. Tienen una clarividencia unitaria, un amor difuso. El corro toma tarta de la casa, pasa la jornada en una concentración ventral esperando el satori y no ven a Fraga que sopla por el ventanal con unas amenazas truculentas. Ellos están a cien años luz en un equilibrio fuera del tiempo, mantenidos en el aire por una corriente de ondas y vibraciones. Algo está pasando. El gurú gordito les ha cauterizado el nervio del afán y los ha dejado quietos, así, humildes criaturas celestiales con la tensión baja. Ni siquiera se les ocurre mirar oblicuamente hacia la puerta donde Fraga bracea con el látigo y pregunta por la salida. Están con el cuello torcidito, con una viruta de té en la comisura y sonrín. Después de un supremo

esfuerzo uno de ellos comenta que a ese señor de ahí fuera le puede dar un derrame cerebral.

En el patio comienza un ballet moderno de navajas, unos danzantes con chaquetas de cuero y bailarinas con mallas negras hacen estética quebrada contra la tela metálica de un campo de baloncesto rodeado de bares, levantan la pierna por encima de la sociedad industrial preparando de esta forma el desenlace.

En Pipo'S están concentrados los nuevos musulmanes frente al té verde alrededor de la piedra negra comentando versos coránicos. El imán tiene la mística del desierto, en versión Chamberí, trabaja de repartidor de librería y sueña con ir a la Meca en un charter con estos hermanos para hacer abluciones de arena y alcanzar la suerte de besar la tumba del santo. Ahora hacen la oración de la tarde con las posaderas en la universitaria y el cráneo en el suelo del pub en dirección a Ventas. Fraga agita el látigo en el aire y suelta una imprecación. Quiero saber por dónde se sale, voto a bríos. Los hijos de Alá continúan la plegaria y el camarero echa otra cascada de té azucarado en los vasos de cristal que tienen, grabada en oro, la mezquita de Al Manzour. Fraga coge aquí el primer vértigo, en un pasillo compuesto por treinta puertas de treinta madrigueras donde confluye un ruido infernal de rock mezclado con plegarias musulmanas, un vapor de alcohol con el perfume de la marihuana, la brama de los ciervos, los alaridos del potro de las torturas y el silencio de los que están sentados en la parte oculta de la luna llena.

Alguien de repente se quita la chaqueta y da el primer capotazo al minotauro. Y así comienza el festival. Con un movimiento uniformemente acelerado el líder político da vueltas por el dédalo buscando la salida y en cada cruce hay un peón alucinado que se lo pasa por la faja. En el patio funciona un ballet moderno de puertorriqueños y el protagonista, que es un mulato alto, da unos saltos formidables mientras Ariadna se pincha en el muslo. Ahora entra el minotauro en la coreografía. Y es muy bonito. Ahí está Teseo, el muchachote freakie que vende heroína en plan predicador sacramental, luchando con gran expresión corporal contra Fraga tarará... paf, tarará paf, tarará paf, la música sonando hasta que Teseo se hace con él. Se produce un nudo de cornadas y abrazos, un forcejeo con gemidos en mitad de un silencio sepulcral hasta que por fin el minotauro cae a los pies del traficante de drogas.

Fraga se levanta, se sacude la camisa blanca, se palpa en el bolsillo el papel del comunicado y sonrío con desprecio a todo el mundo que se ha agrupado en el patio para ver la escena final. Le forman un pasillo silencioso y el líder lo atraviesa con gran dignidad, con ese leve aleteo de párpados con que se compadece a la chusma. Os quiero mucho, gracias, hijos de una zorra. Caperucita le da una palmada cariñosa al líder. A veces todo lo que necesito es el aire que respiro y poder amarte. Fraga avanza por el pasillo de la contracultura y oye sin inmutarse cuanto le dicen al pasar. Cuando conozcas la técnica de controlar la mente, estarás bien.

Los diputados pasean con pijama de húsar, bastón con empuñadura de plata y sombrero jipijapa, toman horchata y juegan a la canasta o a la perejila. El primer momento de tensión ya ha pasado, ese temor a un desenlace sangriento en el salón de actos cuando se ha sabido que el prisionero ha sido puesto en libertad y regresa en el tren de las cuatro y media. En el jardín hay un clima electrizado, algunos creen que se van a matar, porque el prisionero, después de muchos años de cárcel, se ha apeado en la estación del poblado y nadie sabe con qué intenciones viene. El prisionero avanza solo por las calles desiertas con el maletín de la muda hacia el jardín del balneario donde le espera abierto de piernas, plantado en medio de la pérgola, con la mano en la culata un capataz adversario, precisamente el que le mandó detener. El prisionero viene a tomar las aguas. Cruza la plaza polvorienta y la gente lo mira con curiosidad desde los soportales. Se para un momento en la entrada del Congreso, parece que anda, vuelve la cabeza y por fin se decide a atravesar la puerta. Dentro hay un silencio de muerte. Ves al prisionero avanzar con pasos solemnes por el corredor solitario, salir a la terraza que da al jardín, bajar lentamente la escalinata. En la pérgola está su enemigo visceral, el que durante cuarenta años lo ha insultado, torturado, condenado y fusilado. Ahí lo tienes, Joe, abierto de compás tentando con la mano el revólver. La clientela se ha escondido detrás de los cortinajes, se ha parapetado en las columnas o se ha refugiado bajo las butacas. Los dos bañistas ya están frente a frente en medio del hemicíclo, uno con el pájaro de fuego en la mano, otro con un maletín lleno de calzoncillos y una peluca. El prisionero mira al capataz y sonríe irónicamente, el capataz mira al prisionero de soslayo y rozando la pata de gallo le sale un desprecio mortal. La banda sonora enmudece. Hay un tenso silencio entre los dos. Entonces te crees que va a ganar el más rápido, que dentro de un segundo va a sonar la descarga. Pero no pasa nada. El prisionero abre el maletín y le da una tarjeta al capataz. El capataz sonríe y saca de su cartera otra tarjeta y se la ofrece al prisionero. Los dos se saludan con una reverencia levantando el sombrero. Ellos se han intercambiado amablemente la dirección de su psiquiatra respectivo.

La voz de Álvarez de Miranda se oye en el espacio, por favor, estamos en sesión, silencio por favor, estamos en sesión. Los señorías salen de los escondites y ocupan sus escaños. El primer momento de tensión ha pasado ya. Los diputados pasean entre los setos de boj. El milagro consiste en que estén todos allí, en que ni el prisionero ni el capataz hayan disparado al verse por primera vez en un reflejo condicionado. El jardín del balneario antes de que la campana avise el primer turno del comedor es una fiesta endomingada, una salida de misa de doce. Dale al botón de la cámara lenta, gradúa más intensamente el colorido de la imagen. Míralos caminar ahora como si flotaran sobre las acacias. Desencajan la mandíbula de placer al reconocerse, abren la envergadura para fundirse en un abrazo bajo los pinos. Vuelan, vuelan con un paraguas de flores y los zapatos de Fred Astaire.

Las mesas de mármol veteado están ocupadas por sus señorías a la hora evanescente del aperitivo. Pasionaria entra por la puerta lateral del brazo de su

secretaria. Esa anciana de negro con el cabello de nieve recogido en un moño con redecilla mira con ojos vivos dentro de la linfa lechosa las columnas de Itálica, los óleos con telarañas que cuelgan en los pasillos derruidos, se asoma por el ventanal al jardín agostado. Hay que destruir los mitos. Un paso para alcanzar la libertad consiste en destripar a los héroes. Disfrazado de camarero te paseas con una tarta de moka en la mano buscando espectros de tu infancia, símbolos carnales, figuras de cera, imágenes de parafina, entelequias, utopías, caretas de cartón piedra, máscaras de la libertad, gigantes y cabezudos allí en el jardín y en los pasillos del balneario. Ofreces tarta de moka a los viejos héroes y demonios de tu memoria. Pasionaria está junto a la balaustrada tomando café con leche en profundo silencio, con el pálido maxilar apoyado en las yemas de los dedos mirando los fantasmas del pasado que se columpian bajo las acacias. Pasionaria ha llegado envuelta con un hermetismo de solemnidad residual para ahogar su rebeldía en un café con leche.

Imagínate a un dios golfo y subversivo, condenado a muerte por otros dioses, que de pronto aparece en una taberna en el ágora griega a la hora del almuerzo y pide al camarero una sopa espartana y con el caldo humeándole la papada de pelícano comienza a predicar la santa resignación cristiana a una caterva de tiranos, estafadores y viejos estraperlistas. Imagínate que un día se descubre que Saturno, el devorador de la derecha lechal, es en realidad vegetariano. Ese es el tío Carrillo, encanto, un demonio literario que te pide consomé espartano y después unas acelgas con aceite puro de oliva. Está feliz con su estómago convaleciente. Carrillo puede reventar de placer si no le ponen sanguijuelas en la pantorrilla. Te sonrío con ojos llenos de estrellitas haciéndose perdonar su goce inmoderado. Lo estoy pasando como dios en este balneario, señor camarero. Usted disculpe. Deme un poco de tarta después de las acelgas.

En la terraza hay un friso de antiguos héroes que toman boquerones en vinagre. Nivelas bien el trípode. Cúbrete la cabeza con el trapo y mira el punto de enfoque. A ver, un pajarito. Sonrían, sonrían, digan whisky, así, quiero una sonrisa de whisky. Clic. Ya está. En el daguerrotipo color canela está la orla. Tierno Galván tiene el cuello blando como un santo de Olot y el dedo de las advertencias paralizado en el aire. Jordi Pujol habla con boquita de piñón sin separar los labios, enredando en el piquito las cifras de contabilidad. Antón Canyellas vende derechos humanos como si fueran corbatas, pañería de Tarrasa y ha salido con el ojo puesto en el muestrario abierto sobre la mesa. Enrique Múgica da la sensación de que se acaba de levantar del restaurante dónde se ha comido una gigantesca ración de codillo con chucrut. Alfonso Guerra es un flaco espiritual con la amargura interior del moralista. Nicolás Redondo parece que acaba de dejar el camión en el garaje, se ha duchado cantando la Internacional y se ha venido al balneario con una cazadora nueva. Marcelino Oreja mira al objetivo con su carita de sordo. Landelino Lavilla aparece como un San Luis escapado de la hornacina que se ha refugiado en el despacho de un banquero. Emilio Attard está sentado como un buda con una tripa fabricada por mil paellas. Abril

Martorell, abierto de compás, oculta detrás de las cejas una habilidad para conducir el rebaño como la de un perro de pastor. Clavero parece un cerdito de hucha. Martín Villa tiene ojos de bibliotecario que se ha quemado las pestañas detrás de un libro de antecedentes penales, pero mira a la cámara y da la sensación de que no se ha enterado de nada. Los políticos están en el jardín muy relajados. Ya hace tiempo que se ha levantado el turno encargado de tener el oído pegado al suelo para detectar los cascos del Séptimo de Caballería. Te paseas con la tarta entre los corros ofreciendo tus dulces traumas a los héroes para acompañarles el té.

Los bedeles han echado bromuro en las perolas. A veces el balneario coge un viejo silencio. Es la hora de los canónigos y en el caserón a media tarde hay un perfume de siesta antigua, de aquellas de pijama y orinal, con los pasillos desiertos matizados por la penumbra de las claraboyas con ujieres dormitantes en las esquinas. Pero no se oye cantar gregoriano en la pérgola. En esta soledad de lámpara con telarañas en alguna alcoba cerrada funciona un corrillo de bañistas formando un bando de tordos que traman algo hablándose por la entrepierna. Aquella alegría de los primeros días en el jardín, con el surtidor recién salido, tiene ahora un aire de fiesta suspendida por la lluvia, da la sensación de que esto es una pasión popular que ha podido ser finalmente controlada con alivio.

Algunos agüistas tienen la pasividad de un gurú de Bombay. Solo cuando un guardia les sacude un cate entre las cejas se deciden a reaccionar. Por un momento dejan de tocar la flauta, guardan en el cesto la serpiente de pilas y se atreven a arrojar un vaso de horchata fresca a la cara de Martín Villa. El latigador Alfonso Guerra sube a la tribuna, dobla el vientre neumático hacia el banco azul y mete el dedo magnético en el ojo de Martín Villa que está haciendo los deberes. Y le llama fascista. Pero el ministro parapeta el vientre detrás del maletín para abrigar el hígado.

Alguien da la consigna. Hay que echar bromuro en las perolas porque estos chicos se han creído que este balneario es de verdad. El sedante surte efectos en el acto. Desde entonces en el jardín se baila un fox lento de sonrisas sombreadas por el jipijapa y sus señorías pasean entre los setos de boj, acuden al comedor cuando toca la campana, toman el aperitivo, juegan al dominó, a la canasta, beben mistela a media tarde, juegan a la perejila o a las prendas y a la hora prescrita por el médico acuden con un vaso de estaño al pie de la fuente milagrosa a beber tres vasos de receta para que les tire bien el riñón.

Pasas la tarde dando vueltas por la terraza sirviendo té con tarta de moka y a veces cruza un ujier con un cartapacio perfilado contra el ventanal desmochado o algún bañista perdido con la vejiga llena que busca el lavabo mientras en el salón de baile sobre la escena submarina siete enanitos de la ponencia preparan el comunicado del día, el parte de la salvación que hay que ir a predicar por los caminos del alcantarillado general. Esta es la hora perfecta para matar otro espectro de tu infancia, una tarde somnolienta con una plasta de sol en el cerebro.

Por los alrededores del balneario se oye el grito del traperero del poblado. Compró hierro viejo, paraguas y somiers, el traperoooo. Es una voz metálica de megáfono. El traperero hace mucho que se ha motorizado, ahora va con un camión de diez toneladas y un altavoz en el techo de la cabina. El traperero de tu infancia, con la edad, ha afinado el olfato hasta extremos increíbles. Es un lince que sabe dónde está el negocio, tiene instinto para rondar los palacios en tiempos de herencia, los edificios públicos en el momento de crisis o de reforma, las instituciones en el punto que comienzan a oler a quiebra o a mudanza. Desde el día en que le has echado desde una ventana los restos mortales del gobernador cubiertos de pastel, el traperero ronda los aledaños de la Carrera de San Jerónimo. Va con el camión anunciando con el megáfono que lo compra todo, hierro viejo, somiers, paraguas y señorías en mal estado.

Para entrar en acción en medio de esta calma sólida del jardín de los espectros tienes que tomar heroína con cuchara de modo que la glándula pineal te guíe en las sombras de tu memoria. Eliges un momento en que ellos están reunidos en la pérgola. Álvarez de Miranda con el mazo golpea la tribuna para acallar el murmullo, estamos en sesión, guarden silencio por favor, estamos en sesión. Entonces tú dices ahora me sacudo un alfilerazo y me voy a lo alto para ver el espectáculo desde arriba. Coges la pista del pasillo, abres los alerones y el cerebelo comienza a girar como una hélice. Primero das tres pasadas de saludo por la cresta de los balconcillos y se te cae un brazo por la carlinga al saludar a los padres de la patria. Después coges la vertical hacia la tribuna de la estratosfera, un lugar desde donde ves el perfil metafísico de la venganza del chinito.

Desde allí arriba ves a Carrillo tumbado en el diván del psiquiatra, en la sala de urgencia del Congreso. Carrillo le confiesa al doctor las cuitas de su complejo de culpabilidad y le explica el síndrome de su gratitud. Estás en la cárcel veinte años y cualquier celador de uñas sucias tiene patente para darte una bofetada sin previo aviso, media vida dentro del talego esperando cada semana una ensaimada por el locutorio. Cuando te tienen tantos años en la cárcel barrido como una colilla en un rincón puede que el mensaje genético cambie de claves. Y de pronto, de un día para otro, te pasan el cepillo, te sacan brillo a los zapatos, te regalan un sombrero jipijapa y te mandan a este balneario tan bonito con todo pagado. Pasas sin tocar banda desde la quinta galería a este concierto elegante donde los ujieres te sirven una copa de cristal con servilleta de encaje para que humedezcas la campanilla si se te ocurre hablar. Ayer eras un asesino y a partir de hoy te conviertes en un respetable padre de la patria con coche oficial, pasas de ser un bulto en un rincón de la celda, al que un carcelero benévolo arroja cacahuets el día de la patrona, a saltar sobre alfombras mullidas, a sentarte en tresillos isabelinos y a secarte el sudor en estos cortinajes de terciopelo, en estos pasillos donde te cruzas con gente tan elegante y bien comida de siempre que te saluda enseñándote la dentadura, doblando levemente la bisagra y levantando el jipijapa. Te imaginas con un pelucón huyendo por las esquinas después de cuarenta años de exilio disfrazado de enanito que se esconde en la escupidera. No

sé que me pasa, doctor, tengo un sueño recalcitrante que desde hace más de dos años me martiriza y a la vez me reconforta. Es una pesadilla que termina en un viaje sobre una alfombra mágica o es un vuelo maravilloso que se convierte en una tortura. No sé qué me pasa, doctor, en mis sueños mantengo relaciones eróticas con el galán de la vespa, un repartidor de donuts. Se trata de un joven moreno con el pelo cortado a navaja y unas ojeras levemente moradas de sufrimiento, un chico muy amable que me ha sacado de la miseria. Carrillo explica que todo su trauma consiste en que ese chico de la vespa está sentado en el banco de enfrente y que él lo adora, le tiene enamorado y le debe gratitud por haberle echado una cuerda con nudos cuando estaba en el pozo de la mierda, pero que a la vez el destino le ha obligado a desarrollar el triste papel de ser su adversario. Qué puedo hacer, doctor. ¿La revolución? Hay que hacer la revolución, dice el médico. Pero Carrillo no llega a salir del trauma mental. Hace tres años era una bayeta. Ahora es un distinguido agüista que puede pagarse una habitación de primera A en este balneario, ¿no es maravilloso, doctor? La revolución ya está hecha. Ves perfectamente que el doctor le receta unas pastillas a Carrillo.

En otro sofá de la misma sala está tumbado Fraga con las manos en la nuca. Fraga le cuenta al psiquiatra que desde hace tres años le salen granos por todo el cuerpo, un sarpullido de cabreo histórico, una urticaria de ansiedad abstracta, no se sabe qué, ganas de machacar cosas, cabezas, ideas, proyectos, recuerdos, tremendos deseos de aplastarlo todo. Él era el amo del pueblo, el hijo gordo de papa Carwhrit, el patriarca de Bonanza que estaba preparado para casarse con la hija única del granjero, la rubia de las trenzas, la heredera más codiciada en todo este horizonte. Papá Bonanza soñaba para él una boda grandiosa. Joss se acostará con la rubia y papá Bonanza unirá los lindes de las dos fincas para hacer una sola patria común. Fraga ya había comprado el anillo de pedida. La niña rubia ya había bordado el ajuar con las iniciales de los dos. Por las tardes, bajo los gases lacrimógenos, Fraga la cortejaba a su manera dándole manotazos llenos de cariño, golpeándola de amor contra las paredes del porche, pellizcándole brutalmente la entrepierna, pero nunca la timidez de Joss le había permitido consumir el acto. Y en este momento llega del pueblo el joven de la vespa, repartidor de donuts, que tiene una labia y un gesto de galán italiano, y encuentra a la niña heredera balanceándose en su mecedora bajo el cobertizo un verano de grandes pasiones sureñas, con un calor de Tennessee Williams. El chico mira a la chica, la chica heredera mira al chico de la moto. Se flechan los dos. Él descubre en ella un celo de gata en el tejado de cinc. Ella ve en él la jeta audaz del joven sin fronteras. De repente la chica sube a la vespa y el héroe de los donuts se la lleva, dejando una furiosa estela de polvo a través de todo el rancho y vive un intenso episodio de amor con ella en el primer pajar. Fraga esta celoso porque la rica heredera ya no ha vuelto más. El psiquiatra murmura algo mientras golpea con un martillo de plata la rodilla del líder. La falta de reflejos obedece a que usted duda demasiado a la hora de actuar y es demasiado tajante a la hora de pensar. Ella se ha

ido con otro porque usted no cree en el amor. Ves que el doctor receta a Fraga unas gotas spanien fly.

Vuelas a media altura con los brazos abiertos, el cerebelo girando como una hélice y la tarta de moka en la coronilla tomando tierra en el pasillo. Has visto desde las alturas el surtidor de colores manando allí en medio, la piscina de Delfos, la fábrica destruida por el bombardeo, el trapero dando vueltas con el camión. Bajo la calima de marihuana has divisado el monte con la trinchera que divide la partida del Azud, el pelirrojo Machancoses con la cara partida que corre por la ladera, la combra del burro muerto vestido de pontifical cayendo en la explanada de la Carrera de San Jerónimo, la cabeza diminuta como una aceituna de Martín Mohamed encaramado en el minarete.

Es una tarde caliginosa, empastada por un vaho de bochorno. A las seis de la tarde el balneario está saliendo de la migraña de la siesta. Delfos coge lentamente su ritmo. Las esfinges terminan de tomar la cerveza y vuelven a los cubiles. Los barberos depilan las piernas de las sibilas, el psiquiatra de guardia barre los residuos de conciencia antes de abrir el consultorio sentimental en horario de tarde, algunas señorías se lavan las lacras en el canalillo. Vuelas a media altura en la somnolencia de la tarde buscando espectros de tu memoria. A veces se oye el canto apasionado de Martín Mohamed que maldice al dictador a la puesta de sol. Coges la pista del pasillo y te enderezas con la tarta en la mano. Ofreces el postre a los ilustres personajes de cera que están en el bar. Hay un silencio desolado, un aburrimiento catastrófico en los salones. A través del vitral apedreado llega la melopea quinquí del trapero del poblado que compra hierro viejo, paraguas y somiers. Los padres de la patria dormitan cada cual en su penumbra.

De repente aquel muermo sagrado lo corta un lejano petardeo, que primero puede confundirse con el vuelo de un moscardón. Pero el sonido avanza paulatinamente y se dibuja en el aire el tubo de escape que se acerca. Los diputados saltan de los catres, de los sillones, y corren con alborozo hacia el jardín agitando los brazos. Acaba de llegar el chico de la vespa. Ahí lo tienes en medio de un corro de señorías que lo toca, lo manosea, le hace preguntas y le besa las solapas. Lo miras de cerca y es un perfecto galán. En el centro de una multitud agolpada da aceleradas a la moto y lleva a la madre patria sentada en el portaequipajes abrazada a su estómago. El chico ha traído unos donuts a la clientela del balneario.

El chico de la vespa hace gincana por los pasillos del jardín y los clientes le aplauden mientras la rubia del portaequipajes lanza donuts a los espectadores sonriendo como una reina de batalla de flores. El chico de la vespa es un moreno que se peina como un retrato de peluquería, da la mano sacando el codo y se sube el pantalón con un tironcillo de chulín de billar. Primero da un pescozón cariñoso en el cuello de Carrillo, después le guiña un ojo de complicidad a Felipe González, luego levanta los hombros y entorna los párpados excusándose con Fraga. Pega dos rabiosos acelerones a la moto, le dice a la madre patria que se ciña bien a sus riñones

y se lanza en una carrera hacia el descampado y los deja a todos cubiertos de polvo pero sonriendo. Es un encanto, un galán repartidor de donuts, este Suárez.

La chica de Terry sobre una jaca rutilante a cámara lenta galopa por la calle Goya y entra en California 47, los cascos dan contra la puerta y se produce una ráfaga luminosa de vidrios. La chica de Terry es la diosa del local, aquí están las oficinas del paraíso donde se enseña el piso piloto del Génesis. Los habitantes del barrio duermen todavía una felicidad anterior al pecado custodiada por ángeles dorados que en los tenderetes venden folletos, emblemas, mecheros, libros, pegatinas y banderines.

Dios se arroja en paracaídas sobre la cruz gamada de Goya-Velázquez a la puesta de sol todos los días para dar la consigna a los suyos. Por los alrededores unos guerreros de oro hacen prácticas. Ves a dos muchachos con el walkie-talkie en la oreja y la antena subida que murmuran órdenes de ataque, tácticas de repliegue, instrucciones para el golpe de mano. Charly dos, aquí Charly dos, ¿me oyes?, corto y cambio. Hay que apoyar el flanco de la calle Villanueva, ¿me oyes, Charly dos? La cobertura de Núñez de Balboa ha sido abierta por un escuadrón de enanitos rojos. Corto y cambio.

En el sector norte funcionan los crematorios *prêt à porter* con una rentabilidad aceptable. En un garaje se ha montado la maquinaria de depuración, un antiguo horno de pan adaptado al nuevo rito, conectado a una fabriquilla de pasta para sopa que en media hora convierte al enemigo en sebo y poco después sale en forma de jabón de tocador, gel de baño, detergente de colada, lubricante de motor diesel. La materia prima es recogida en plena calle, incluso en la misma puerta del garaje o en los embudos nocturnos, centelleantes, de los puestos de control donde a ti te han cazado. Percibes a un grupo de jóvenes rubios con manoplas, barras de hierro, látigos de cadenilla, bates de béisbol que peina el barrio con un comando Ebro seguido por el camión de la basura. El ojeo comienza al atardecer, después del parte de Jehová. Los basureros no matizan demasiado, se limitan a recoger simplemente lo que no les gusta al primer golpe, ciudadanos pequeños que demuestran alguna duda al andar. En efecto, lo que más les excita es la duda, una pasión decadente que te puede delatar en un gesto, en una mirada huida o en un ademán ambiguo. Ves correr a un barbudo y de pronto crees que aún puede escapar, pero enseguida aparecen tres ángeles airados que le cierran la esquina y le echan encima una red. Algún demócrata pasa inadvertido pegado a las fachadas, de puntillas, con la respiración contenida, mirando de reojo el coche escoba que llega por detrás cargado con la cosecha de la jornada, cuerpos aporreados de masones con mandilillo, rojos, enfermos mentales, obreros, artistas, curas progresistas, psiquiatras, periodistas canallas, intelectuales y homosexuales, todo un montón de muñecos que es transportado hacia el horno.

Vienes huido por el carril del bus con tu cabeza de huevo, cruzando el Edén. Adivinas que no vas a llegar muy lejos, ni siquiera al puesto de control que parpadea al fondo. En efecto, un angelote de gimnasio te da el alto en la bocacalle. A ver, los papeles. Te palpas los bolsillos y no encuentras nada, un paquete de tabaco, un mechero, unas monedas. No tienes ningún carnet, solo eres un profesor de filosofía que viene huido por el carril del bus cruzando el paraíso con un cartucho de dinamita pegado a la pantorrilla con un esparadrapo dispuesto a cumplir una alta misión. El angelote te coge de la manga sin decir más y te lleva al puesto de mando instalado en los lavabos de la Cafetería California en el momento en que Julie, montada en la rutilante jaca de Terry, vuela a cámara lenta sobre las mesas sin derribar un solo vaso. Has sido capturado como un perro. Los muchachos te han traído a rastras hasta la antesala del lavabo para que confieses el secreto y hagas examen de conciencia antes de entrar en la panificadora que te va a convertir en jabón de tocador para que las señoras admiren tu suavidad sobre su piel. Tú eres un intelectual que te pasas el día en el desván con el cerebro metido en una caja de gusanos de seda mientras ellos tocan el tambor y la trompeta bajo los nogales. Ellos te han traído al puesto de mando para que descifres el jeroglífico de tu memoria. Es una gracia antes de ser transformado en detergente, lubricante o gel de baño. Te tantean el hígado, te levantan la barbilla con la punta del revólver, vamos a ver, intelectual de mierda, cuéntanos tu pequeña náusea antes de que te pongas a vomitar contra el árbol de la ciencia.

La cruz gamada de la bifurcación Goya-Velázquez es un paraíso defendido por dorados pretorianos. Entras aquí y ya no tienes que pensar nada, eso es una ventaja, solo debes tener odio o miedo porque en el lugar existe una psicología de último reducto. Aquí no se formulan juicios morales, los actos no se realizan para mover tu compasión sino tu admiración. La belleza hay que forzarla con la culata de la pistola sobre el cráneo de los perversos.

No hay más que verte para darte cuenta de que eres un perro prostibulario y ella cabalga sobre la jaca de Terry dentro de la almohada. Estás encajado en el vientre de Julie que jadea en tu oído, le besas el cuello alto y tostado como un batido de chocolate y después hundes la frente en la almohada y allí dentro ves a la chica desnuda, montada sobre el caballo blanco de Terry. En el acto de amor vibra otra vez en tu lengua el órgano que se despeña por el acantilado con la catarata de coches bajo un sol de leche, una luz inseminada rayada por los cuervos. Percibes un latido en la femoral cuando un acorde desgañado se destruye en el fondo de la cantera. Es un verano fétido en que se mueren los pájaros. Montini, Luciani van a bajar a la cava del Vaticano en medio de un calor insoportable de espesos brocados y los turistas en bikini se persignan con un cucurucho de helado al paso de la comitiva. Hay un altar en la cornisa del descampado sobre una tierra de cabras. Un sacerdote suda por el ombligo un hilo de miel mientras exprime un racimo de uva que suelta un zumo negro a través del antebrazo del Moisés de Miguel Ángel y desde el codo de la

formidable escultura gotea sobre la vertical de tus riñones que empujan la caliente hondonada de Julie. Ella jadea en tu oído.

Un grupo de jóvenes desnudos con metralleta, ángeles con bucles dorados y bates de béisbol en la mano, aquellos camaradas que tocan la corneta a la sombra de los nogales gobiernan una barca color naranja con la cangreja henchida rumbo a un banco de arenques, pálidos intelectuales, demócratas bizcos, artistas grasientos y un coro de mujeres de negro refulge contra las dunas de sal y fabrica tortas de trigo con aceite y pasas y prepara el regazo para los siete héroes. En el interior de la almohada ves a Julie recostada como una ánfora en el salón de baile de los reumáticos con la escena marina bajo los platos de loza. Julie es una ánfora llena de vino de Falerno donde los enanitos abreven y su jadeo en tu oído espanta el rebaño de cabras que huye por los jardines del balneario derruido, se desprende de las columnas del Congreso, separa el caramillo del belfo amoratado, arrastra las ubres por la escalinata y corre a refugiarse en el Hotel Palace. El ganado invade los salones, llena de lastimeros balidos el bar y la preciosa rotonda bajo la cúpula de vidriera, sube por las escaleras alfombradas y los conserjes abren los ascensores y el espacio rebosa de olor chotuno, tan dulce. Te sucede en el vientre una sensación de pureza, un vahído de salud y música dodecafónica. Es una sensación simple que no necesita hierba. Pero el elemento extraño es el sonido del órgano que ilustra el sagrario profanado, el olor a humedad de mantelería manchada de cera, unos corporales sobre los que un sacristán borrachito ha vertido sin darse cuenta una botella de ron.

Empujas con los riñones el vientre de Julie que te gime en la yugular y aplastas el rostro contra la almohada luminosa y ves allí la plaza del poblado con los faros del camión que iluminan el balcón vacío con la argolla abierta. El guerrillero no está. Al guerrillero lo van a juzgar aquí mismo y en la plaza hay un griterío de fiesta. Tú comes una rebanada de pan con carne de membrillo. El lugar del juicio se ha montado en el círculo recreativo, un local bajo que da a la plaza con cinco ventanas con reja, cada una enracimada de público. La mesa de ping-pong sirve de estrado para el tribunal y los guantes de boxeo están colgados en la pared sobre la cabeza del presidente. Una bombilla de sesenta vatios con pantalla verde pende del techo sobre el cráneo del guerrillero sentado en un taburete de taberna. El resto del salón está abarrotado de gente, incluso la escalera que baja a los lavabos, las estanterías, las mesas, también hay público sentado encima de la radio invicta, todos esperando que se abra la sesión en aquella humareda de timba que flota sobre las cabezas.

El camión ha parado el motor y la plaza ha quedado a oscuras. Tratas de subir a la reja para ver el examen de conciencia, pero en cada hierro hay un nudo de carne imposible de penetrar. El gañán mira el pan con membrillo desde arriba. Pruebas a colarte por la puerta principal aunque allí hay una multitud agolpada que llega hasta mitad de la plaza. El gañán te sonrío, ahora lo ves bien dentro de la almohada, te mira

fijamente desde lo alto de la reja y vigila tu merienda. Oye, muchacho, si me das pan con membrillo podrás subir. Desde aquí se ve a tu padre ahí dentro con el criminal. Sin decir nada más el gañán se abate sobre tu mano tendida con los ojos suplicantes y mientras ya devora la merienda, tratas de encaramarte en su lugar y logras acomodar la cabeza rapada por un resquicio de dos caderas. Desde allí adivinas el verde resplandor de la pantalla con un ángulo humeante de la sala en el momento en que un guardia civil con el tricornio lleno de margaritas aparta al público a codazos para dar paso al testigo que va a declarar. No puedes ver más, comienzas a trenzarte en el nudo de cuerpos en la reja y haces un esfuerzo terrible por estirar el cuello sobre una rodilla que te aplasta el cráneo.

Cuando Julie hace el amor pasa por una primera fase de letargo, una especie de concentración con los ojos cerrados moviendo la pelvis con un ritmo lento. Entonces comienza a extraer de un pozo los primeros jadeos, el primer sudor perfumado. Es una maquinaria suave pero metódica, una estructura ósea formidable que tratas de hacer astillas sin conseguirlo nunca. En el fondo de su pelvis hay una resistencia blanda irrompible. Estás encajado en este oleaje, en tu oído suena su salvaje inocencia, empujas con la frente hundida en la almohada que tiene un interior luminoso como un calidoscopio de figuras, paisajes, ondas, vibraciones, recuerdos. En la radio de la portera se oye el funeral del Papa, un gregoriano solemne, las exequias bajo el baldaquino.

De repente te ves en los lavabos de la Cafetería California 47 frente a un tribunal formado por los camaradas que tocan el tambor bajo los nogales de la carretera. Ahí están sentados cada uno en un retrete y sobre la mesa de la cerillera aparece abierta y vacía la caja de los gusanos como prueba documental No. 1. Ellos son fuertes, altos, cuadrados, sin una sola duda en el cerebro, con un bíceps de popeye de tanto tocar el tambor. Tú eres una cucaracha de lavabo que debes pasar un examen antes de ser convertido en jabón, detergente o lubricante. Frente a sus cuerpos fortificados te das cuenta de que la salud es una obcecación, un heroísmo sobre todo. Y tú no eres más que un ejemplar típico de la corrupción física, el resultado de una larga melancolía. La duda te corroe la cabeza, los deseos de moralizar la sociedad se transforman en un aspecto vicioso de la cultura que nace como una amanita muscaria en el tronco del árbol del paraíso. Anda, vomita esos trastos del desván hechos papilla, el somier, el baúl, las polainas, la caja de los gusanos, la memoria de la pequeña Julie muerta de tifus. Si piensas mucho te va a doler la cabecita. Ese espacio cerrado de recuerdos putrefactos los vas a sacar por la boca, anda, vomita una larga bocanada de nostalgia. El ángel guardián te fuerza por el pescuezo en el lavabo, te mete los dedos hasta la campanilla para ayudarte en el acto de contrición. Después la linterna mágica cambia el interior de la almohada con unos planos y luces de color sepia, apto para narrar pasiones delicadas. El balcón del ayuntamiento está vacío con la argolla abierta colgando.

El vientre de Julie bate con unas oleadas azucaradas y tratas de meter la cabeza entre las piernas del público apiñado en la reja. Aturdido por un tufo de sudor que baja por un costado fuerzas desmesuradamente el cuerpo para distinguir una parte del tribunal sobre la mesa de ping-pong. Allí están sentados los espectros de la memoria. Una figura terrible ataviada con uniforme, llena de flecos y campanillas como un aguador de zoco, un fante de ropaje granate con espejitos que brillan, cristales y lentejuelas guiñando luces verdes, cinchos, reatas, collares, un sombrero del que cuelgan borlas rojas sobre una cara picada de viruela, gafas oscuras y maxilar cuadrado de fortaleza. Esta imagen patética de Valdés Leal preside el juicio, flanqueada por la calva carnosa y los ojos húmedos de alguien que se parece al maestro don Serafín y por un cura de nariz colorada y el bonete ladeado en el occipital. El guardia civil don Teodosio lleva el tricornio plagado de margaritas, pone orden a codazos y el público se hace a un lado para dejar paso al testigo.

Primero lo has visto en el reflejo del espejo colgado en la pared. Luego consigues colocar la barbilla sobre un zapato y desde allí descubres la imagen evanescente del camarada que te ha proporcionado el cartucho de dinamita que llevas pegado con un esparadrapo en la pantorrilla. El camarada avanza sonriendo hacia la mesa de ping-pong. El cura extiende la biblia y ordena al testigo que abra la mano para el juramento. El aguador agita un puño carcomido en medio de la humareda. El presidente pregunta al testigo si es capaz de decir que el guerrillero ha dudado alguna vez. El testigo no lo sabe. El guerrillero que está sentado en el taburete de taberna no ha dudado jamás. Es un demócrata de toda la vida. Ahora es muy fácil, la democracia es una ardiente vulgaridad, pero el acusado ha inaugurado su historia libertaria arrojando la taza del water desde el aula de Ética contra la cabeza de un guardia. Ahora lleva pegado en la pantorrilla un cartucho de dinamita todavía. La figura patética de Valdés Leal baja el puño podrido y pregunta al testigo si conoce al guerrillero. El testigo ha conocido al acusado en una conferencia en que un filósofo con gafas de zapatero habla de Duverger en un salón con cortinajes rojos por el flanco de las ventanas, con olor a terciopelo de butacas, un maestro que después pellizca el culo a las señoras por debajo del abrigo de astrakán y sonrío a los jóvenes con gafitas, intelectuales que se masturban.

Entonces la consigna es perfecta, la imagen del terror es una estatua carcomida a punto de caer, no hay más que empujar un poco. La chica está preparada con los muslos tostados para colocarse en la butaca vecina. No, el guerrillero no ha dudado, el acusado ha atrapado la mano pecosa de la chica sobre el cartapacio de dibujos. A él entonces se le ocurren las ideas más brillantes en la ceremonia del vudú, el maestro clavándole alfileres al muñeco de serrín, los intelectuales con gafitas recitándole silogismos en gregoriano para que dimita, los curas soplándole encíclicas envenenadas en la oreja peluda del guardaespaldas, los obreros tocando el violín sobre la fresadora y el guerrillero un día coge el crucifijo de la universidad y lo echa a volar desde la ventana hacia las patas de la caballería rústicana.

Pero el muñeco hace tres años que ha muerto, tres siglos que no se sabe de él. En el fondo de la almohada contemplas una cola adherida bajo la niebla, una lengua oscura de penitentes que serpentea por veinte manzanas que se petrifica con la helada por la noche, que la radiación de un cielo nítido durante el día aviva como un hormiguero en dirección al gran túmulo. Los flagelantes muertos de frío entran en un espacio de calor de cirios, brocados y olor a sándalo con la máscara del orden tendida en el catafalco. La plaza de Oriente engalanada con yertos crespones y el cardenal primado con la gran voz impostada por la vanagloria clama terribles párrafos en honor al muñeco de serrín. La comitiva va por el paseo Rosales, por la plaza de la Moncloa, por el Arco de Triunfo que tantas veces te ha estallado en el cerebro, ahora adornado con cuatro crespones. La carretera de la Coruña se estira en un duelo de dodges, todas las jerarquías, espectros, fantasmas de luto, una mañana radiante de noviembre. En la explanada del Valle de los Caídos está formado un damero maldito con banderas y pendones rodeando el entierro del faraón. Tus riñones empujan el vientre de Julie y el cerebro comienza a llenarse de sangre. Te llega el primer latido del espasmo cuando cruza dentro de la almohada luminosa un féretro sobre el armón de artillería, estallado de sol limpio de otoño. Ahora llega a la explanada. Avanza cargado a hombros por el túnel del tiempo, una montaña perforada por el odio hasta el pie del altar. Un bedel con guardapolvo azul descorre la losa y el féretro de tu historia baja al subconsciente con dos cuerdas. Luego el bedel hace actuar mil quinientos kilos sobre dos rodillos y cae un lacre sobre tu memoria. El cerebro se te llena de latidos azucarados y el jadeo de Julie se hace más profundo junto a tu yugular, medias palabras de amor, suspiros como goznes que chirrían en la garganta de la chica.

No puedes ver al guerrillero pero oyes los gritos. Golpea, muchacho, vomita en la solapa de los tibios, niégate a digerir el miedo. Alguien está intentando que seas feliz y hace apuestas sobre tu futuro apoyando la quiniela en el devocionario. Quema el catafalco, muchacho, monta una fábrica de embutidos con la tripa de los filósofos, incendia la lógica. El fuego ilumina la conciencia con una ráfaga de astillas, un polvo de estrellas proyectado por la ira contra la crisma de los idiotas machacada por la dinamita. La figura de Valdés Leal que preside el juicio levanta la mano y manda que calle el acusado. Échenle un cubo de agua y apaguen a ese soñador de hogueras.

El guerrillero es lo que se puede llamar un derivado de la cultura progresista. Tiene un cerebro medio, un siete en la escala de Dant, con una reacción hormonal típica en estos casos, lo que no comprende le enfurece, la ignorancia le produce una gran excitación, es una clave de acción directa. Aquellas tardes en la pensión comiendo pescadilla frita y estudiando a Max Scheller, una patrona desgredada con el rímel corrido que hace solitarios en la mesa camilla mientras la radio dice que acabas de llegar a los mil dólares de renta per cápita. Un círculo de días muertos, de horas

esfumadas, por la mañana te despierta el toque de corneta del cuartel vecino, el café con leche un poco rancio, el sol que entra por el ventanal raído sobre la escombrera de papeles y de ropa sucia, los militares acuden a la oficina con los ojos hinchados, con el pelo goteando bajo la gorra sobre las hombreras, tú estudias fenomenología fumando colillas del día anterior y los pasillos de la pensión toman un olor a menestra bajo los comentarios de un locutor o las bajas pasiones de una novela radiofónica.

El guerrillero sale a estirar las patas al sol en el barrio de Argüelles, en las esquinas hay puestos de flores, mercadillo de libros, pescaderías putrefactas, compañeros que llevan a Tomás de Aquino en la cruz de las cejas bajo el sol de otoño, aquel tedio de las tardes cuando el guerrillero mira escaparates comiendo castañas, un día detrás de otro, sobre unos escombros, lleno de dudas, una pequeña biografía miserable hecha de pequeñas frustraciones, pequeños deseos insatisfechos, pequeñas ilusiones incumplidas, pequeñas enfermedades no curadas, una lenta destrucción que de pronto entra en una euforia voluptuosa cuando el acusado ve al enemigo dando la mano en la audiencia de los miércoles. Él es la clave de tu pequeña miseria cotidiana, mantiene viva bajo las cenizas una brasa ardiente. Lo odias, lo adoras, lo destruyes en tu cerebro mientras orinas, te afeitas, comes, duermes y sueñas cuando estudias fenomenología. Después vuelves a recomponer las ruinas como una forma de acicate para seguir destruyéndolo. Es un rito de salvación, un ciclo mental.

Tal vez el camarada se ha fijado en ti porque eras el que más gritabas. La policía está en el vestíbulo de la facultad con las pistolas apuntando contra la sabiduría y desde el altillo vociferas como un energúmeno. Esa excitación incontrolada, unida a un largo tedio, puede ser rentable. Cuando el camarada se ha acercado a la salida de la conferencia llevas a Julie cogida de la cadera, ya sabe de ti lo más importante, que eres un moralista con un poderoso instinto de autodestrucción y eso bien manipulado puede convertirte en un hombre cañón arrojado sobre el enemigo. Tú eres un tipo muy interesante, oyes, alguien que no tiene miedo.

El camarada está metido en una organización de choque que toma el té en un pozo de la calle Arenal. Entrás por un corredor, atraviesas un patio cubierto y a la derecha una puerta que gira sobre unos alambres te abre paso a unas escaleras de cemento que bajan a un pasillo tortuoso que termina en una trampilla sobre un espacio cuadrado donde una máquina de ciclostil está tapada con una sábana y los panfletos sobre la inmortalidad del alma obrera quedan amontonados contra las paredes entre un excitante olor a tinta. Bueno, aquí está la famosa revolución permanente, la agresiva provocación escrita a máquina en doble espacio, versos malvados para derribar a los tiranos. Muy bello y confuso, un material destructivo que une los buenos sentimientos con los menesteres del bajo vientre.

Pero el camarada ha tardado bastante tiempo en bajarte a la madriguera de los panfletos. Primero te habla de esos hijos de perra que se han separado del grupo llevándose la recaudación. Después te ayuda a cambiar los trastos, los libros, las

maletas a tu nueva guarida, una habitación interior alquilada a una anciana. El camarada olfatea tu rastro, tus antecedentes políticos, pero a ti nadie te gana en odio al muñeco de serrín, su nombre te produce una reacción sanguínea en la cara y esa es la mejor prueba. Está bien, está bien. Ponme el fonendoscopio en la tetilla y pronuncia su nombre. Franco. Notarás una sacudida como un trallazo. Si me tomas la tensión mientras silbas el himno de Riego puede que una oleada de emoción haga saltar el cable.

Después de la sauna en el Hilton, mientras se fuma un marlboro, el camarada te ha propuesto un asunto de octavillas. El camarada fuma rubio y toma saunas porque se lo puede permitir. Su padre es gerente de una fábrica de material sanitario y tiene un mercedes metalizado. El camarada dice que mañana puede salir un asunto de octavillas, una pasada por el centro de Madrid, somos tres, de manera que debes estar listo cuando suene en la madrugada el claxon bajo la reja.

El mercedes del camarada está aparcado en la acera de enfrente cuando te has asomado por la ventana. En el interior hay otro compañero fumando. Te colocas en el asiento trasero junto a unos paquetes olorosos a tinta. No ha mediado palabra entre los tres. El coche arranca hasta situarse en la plaza de la Moncloa. El compañero también sabe lo de Julie. Lo da a entender dándote una palmada en la rodilla a manera de presentación guiñándote el ojo al resplandor del cigarrillo. Tú eres un tipo muy interesante, oyes, alguien que no tiene miedo. Este dice que te estás tirando a una chica extraordinaria. A Mary Poppins. No se puede andar jugando con muñequitas que tienen esos muslitos tan sonrosados, porque nuestro trabajo es de doce años y un día. Los camaradas se han tomado el trabajo de protegerte de las tentaciones de la carne y operan como si esta sublime labor de salvar a la patria fuera un asunto de bajos fondos. Estos camaradas saben mucho de vinos y entienden de razas de perro. También saben que las octavillas deben arrojararse precisamente a esta hora cuando las mangas de riego han terminado, los semáforos parpadean para permitirte la fuga y los ciudadanos obreros calientan la marmita y se disponen a coger el metro. A ti nunca se te hubiera ocurrido esta lógica concreta. El conductor enfila el coche por la calle Princesa con la aguja en el ciento cuarenta mientras el compañero te ofrece el primer mazo de panfletos de tu vida para que cumplas con el sagrado deber. El motor ruge en la soledad de la calle y el viento frío hace aletear los papeles en el cristal entreabierto. Esto hay que tirarlo de modo que la filosofía caiga sobre la acera para facilitar el trabajo de los lectores honrados, para evitar que les aplaste un coche si bajan a la calzada buscando la solución a sus problemas. Pero este trabajo necesita práctica, sobre todo el conductor debe medir la velocidad. El mercedes sube ahora por la Gran Vía entre cartelones de cine, las chicas de la cruz roja, Tony Leblanc, un galán en calzoncillos, Manolo Morán guardia urbano. No se ve un solo transeúnte ni un solo automóvil aparcado en la calle. Una cuchilla de frío entra por la raja del cristal y en el interior te late un pulso revolucionario con olor a cuero de mercedes y sonido de papeles que se abofetean en el aire. El camarada lleva las

manos en el rollo, el cigarrillo en la comisura como tío Bogart y conduce endiabladamente. Muchacho, esto es la revolución. Los faros se vierten en el asfalto mojado en plan neorrealista y las proclamas se encrespan detrás hasta la altura de los anuncios de neón y caen luego planeando sobre los escaparates.

Franco está en los escaparates sonriente bajo la gorra de plato abrazando a Eisenhower a la altura del esternón. Franco se ve en la foto de pie con el brazo levantado en el rolls royce descapotable junto a un árabe con una toalla en la cabeza. Franco aparece calvo y ambiguo, con un bigotillo entrecano vestido de paisano en el cartelón conmemorativo de los veinticinco años de paz. Franco se asoma en una propaganda de la ley orgánica y te pide que votes sí en el referéndum que ha preparado Fraga. En una vitrina está Carmencita fotografiada por Gyenes con un contraluz esfumado, algo hortera. El mercedes se desliza por la Gran Vía. El camarada te ha sugerido que en la guantera lleva un cartucho de dinamita. Si lo deseas, también tú puedes entrar en este reino de mazapán.

Puedes fumar un puro de dinamita por tedio, por salvar a la patria, por coger unos billetes, por amparar a una viuda o porque te duele mucho la cabeza. Tú has aceptado la sugerencia del camarada porque el mazapán te excita frente a la chica y aviva el vértigo de autodestrucción. La primera vez ha sido muy emocionante, aquella tarde en que el camarada llega a la guarida con la caja de cartuchos envueltos con papel de regalo, con un lazo de moaré sobre los barquillos para esconderlos junto a los libros de filosofía bajo la cama. Ha sido realmente grande la sensación al quedarte a solas con el cargamento sagrado. Un poder erótico dentro de ti, eso es, puedes destruir lo que se te antoje, de pronto tu ira tiene una proyección práctica, te conviertes en el rayo vengador de la noche y además caminas a la pata coja por el borde del abismo. Nada de teoría, oyes, pasar la tarde en la tasca lamiendo la injusticia del prójimo como un perro de aguas. Estos canutillos de nata son muy prácticos, la última novedad en el mercado. El día en que el camarada te ha entregado la caja de mazapán puede decirse que has llegado a la mayoría de edad. Pero las órdenes todavía te las dan ellos. Primero debes poner un cartucho en la sucursal del banco. Después en la cruz de los caídos, luego en las oficinas de air france, en pan american, en la casa americana, en el coche del ilustrísimo señor concejal del distrito. Cada explosión una euforia, una noche de amor.

El mercedes del camarada ahora suelta las palomas a volar por las cuatro verjas. Muchacho, esto es la revolución. Cuando el coche pasa por debajo del yugo y las flechas de la calle Alcalá, esa araña que trepa por la fachada, entonces comienza a caer la niebla.

La ciudad aparece desierta, sin un coche aparcado, con los semáforos desconectados, las luces apagadas, todas las ventanas cerradas. Madrid es una urbanización abandonada, un paisaje lunar. Vas en el mercedes atravesando esa soledad con un sentimiento de nobleza, como un estado de vigilancia frente a una ciudad de un millón de cadáveres. Las octavillas están impresas en ciclostil y en ellas

se ha escrito el primer aviso: alerta, ciudadanos, los ángeles del apocalipsis están afinando las trompetas, los pregoneros del paraíso hacen gárgaras con clara de huevo, se acerca el toque de diana sobre la resurrección de la carne. La filosofía es un elemento vivo de la sociedad en la lucha de la democracia contra la oligarquía, un espasmo de libertad bajo la rabadilla de los tiranos. En este paquete llevas mezcladas teorías revolucionarias, silogismos escolásticos y datos referentes al salario base, confeti que salpica la niebla, aleluyas para los muertos. Estas consignas no hay que sembrarlas en el jardín del Edén donde viven rentistas, burócratas y directores de fábrica que se levantan de la cama cuando los basureros espoleados por la policía ya se han llevado la literatura con el carretón. Estos presagios hay que repartirlos en el barrio de Usera, en Tetuán, Vallecas, Carabanchel, donde viven los futuros aventureros. Pero el camarada ha respondido con un gesto de desprecio. Los obreros no quieren papeletas, sino bombas. Bueno, hay que darles bombas a los obreros para que las arrojen contra la procesión del Corpus. Aquí en la guantera hay un cartucho. Toma, pónitelo pegado a la pantorrilla con un esparadrapo y te sentirás como un pez volador.

A Julie la has dejado tendida en la cama con el camisón rosa subido hasta el vientre. El mercedes ruge en la madrugada y ahora entre las bocanadas de niebla se ven las paredes llenas de carteles con la figura de Suárez, Felipe González, Fraga Iribarne, Santiago Carrillo, Tierno Galván, Ruiz Giménez, miles de pintadas, pegatinas, afiches, banderas rojas, puños en alto, carteles con sonrisas burócratas, dulces, agresivas, en una fantasmagoría de niebla. Las paredes de la ciudad abandonada están empapeladas con propaganda sobre la libertad y el socialismo, el asfalto aparece cubierto de serpentinas y papeletas, flotando en la bruma ves a los líderes políticos con la boca abierta de felicidad y las ruedas del coche pisan sus promesas que han caído en la calzada.

El mercedes ha subido por los Nuevos Ministerios y ahora se dirige por la calle Río Rosas hasta perderse en la Universitaria. El trayecto ha sido digno de un ilustre visitante marciano que pasa revista con un mercedes a una ciudad de un millón de cadáveres. En este momento se desliza bajo un toldo de chopos a punto de cobrear entre montículos de césped empapado de niebla. Es evidente que el profeta y su camarada quieren provocar. En este barrio ya hay libertad, no tiene sentido andar jugando con dinamita. Este es el poblado con el jardín derruido y oyes perfectamente el surtidor de agua que penetra la oscuridad. Ese cartucho de la guantera te lo puedes meter por la entrepierna. En la Universitaria puede haber quedado un retén de policía detrás de un seto, pero el camarada y su compañero tienen más fe en los caballos del mercedes que en la revolución social. Si desde un cruce te persigue un jeep con linterna roja entonces el problema de tu futuro se reduce a una cuestión de *reprise*. Eso al camarada le gusta mucho. La locura de la velocidad, uuuuuuuuhh, muchacho, estás haciendo la revolución a ciento cincuenta por hora, mira los chopos como pasan por la ventanilla. Los panfletos te han agotado y el mercedes cruza la

Universitaria mansamente. Bloques cuadrados de ladrillo visto, los pozos secos de la sabiduría tomista y de la ciencia escalfada sobre unas ruinas humeantes de niebla. Dentro de unas horas el camarada se fumará un marlboro en el vestíbulo de la facultad, por la tarde irá a la sauna del Hilton después de la sesión en el gimnasio. El mercedes estará aparcado bajo la uralita de la entrada de una fábrica de urinarios, en un jardincillo que tiene un sauce, un cuadrado de césped allá por Getafe.

Julie permanece dormida a pesar de las descargas del ascensor que suenan como trallazos seguido de un ronroneo respunteado de golpes en cada piso. El motor del ascensor esta junto a la ventana de la guarida donde también duermen los contrapesos. La chica no se ha despertado con el ascensor ni con los grumos de la almohada. El sudor perfumado de Julie te acoge tiernamente las mejillas al entrar en la guarida con las orejas heladas. Por lo demás nada de historia en la romería. La literatura ya está repartida, los ciudadanos ya están surtidos. Ahora en la oscuridad de la alcoba el resuello se acompasa a la respiración profunda de Julie que está en la cama como una pieza recién cobrada. Ayer la chica te ha dado a fumar, pegado con su misma lengua, el primer cigarrillo de marihuana. Solo has sentido un poco de emoción, cierto gozo por la complicidad, el sabor raro en la boca y un olor apestoso. Pero la chica dice que esperes.

Ellos te han dejado en la soledad de un corredor de fondo que atraviesa el paraíso del barrio de Salamanca por el carril solo bus con un cartucho de dinamita pegado a la pantorrilla con un esparadrapo y el ángel exterminador que vigila las cuatro esquinas ha levantado la manopla para hacerte parar. A ver, los papeles. Te palpas el cuerpo y solo encuentras un paquete de tabaco, un mechero, las llaves de la guarida, unas monedas y un billete del metro. No tienes ningún carnet, solo eres un profesor de filosofía que llega perdido a los primeros parterres del Edén. El ángel con todos sus bíceps fabricados en el gimnasio te ha llevado a rastras hasta la oficina de los lavabos. Y mientras te ponen los dedos en la campanilla para obligarte a vomitar los trastos del desván, el baúl cerrado, el somier, la caja de los gusanos de seda por el hoyo del retrete sientes una dulce musiquilla que toca Suspiros de España, una melodía que se oye subir también por todas las cañerías mientras te da arcadas el vientre sacando la memoria por la boca. Los tiernos enanitos de la ponencia llegan por el alcantarillado a ofrecer el parte de la salvación. Tal vez ellos te puedan rescatar. Piensas qué bello destino sería el tuyo si pudieras adornarte el pelo con margaritas, tocar el saxofón y largarte con ellos por todo el alcantarillado anunciando la buena nueva en cada cruce. En una bifurcación de la cloaca la charanguita de la ponencia se ha detenido a la luz del escotillón para interpretar el plano. En la vertical de los enanitos está el jardín del Edén. El comunista Solé Tura es el encargado de dar el comunicado en las oficinas donde además se enseña el piso piloto del Génesis. La

Cafetería California 47 está llena de gente, los pasteles vuelan por encima de las cabezas. La cafetería es también el arca de Noé.

Entonces el comunista Solé Tura sube por el desagüe con todos los documentos en la mano. Como un cliente normal se acerca a la barra y pide una cerveza mientras inspecciona el paisaje de cráneos. En la cafetería las viudas toman chocolate con nata. Los pretorianos, equipados con abrigo loden, comentan la rentabilidad aceptable del horno crematorio. Los ángeles rubios con el bate de béisbol preparan el itinerario para la manifestación terrorífica contra el terrorismo, los querubines hembras confeccionan esquelas mortuorias para pasearlas en forma de guión. Las tertulias de rentistas, los titulares de hipotecas fulminantes llevan el cilicio puesto en señal de penitencia. La cafetería está abarrotada, cruzada con miradas de miedo y odio bajo una luz blanca que huele a tostada con mantequilla.

De pronto el comunista Solé Tura da un salto y se encarama en la barra. Sacude dos papirotazos y reclama silencio. Saca una chuleta y con voz desgañitada lee el parte de la salvación. Ciudadanos del paraíso, España se constituye en un Estado social y democrático de Derecho que propugna como valores superiores de su ordenamiento jurídico la libertad, la justicia, la igualdad y el pluralismo político. Ciudadanos del paraíso, la ley les concede el derecho inviolable de tomar chocolate con nata y llorar a sus muertos.

Después, puño en alto, Solé Tura canta la Internacional desde la cornisa de la barra. Tú tienes la cabeza sumida en el lavabo y oyes un solo de barítono en medio del silencio. La clientela de California 47 está desconcertada y se coge a la consumición en un reflejo de pánico condicionado. Los muchachos que vigilan los límites del paraíso ya han dado la señal de alerta con el walkie-talkie. Charly dos, aquí Charly dos, ¿me oyes? Corto y cambio. Los enanitos rojos han roto un flanco del Edén. Hace tres días que Jehová no se arroja en paracaídas sobre la cruz gamada Goya-Velázquez. Hay que pedir ayuda. Solé Tura acaba de cantar la Internacional. Baja de la barra. Paga la cerveza. Cruza ante el asombro de todos. Y se larga por la puerta.

En el fondo de la almohada llena de colores te ves cogido a la reja abriendo una brecha de luz junto al costado de un hombre que te oprime con un antebrazo sudado para ver al guerrillero sentado en el taburete en la sala del juicio. Dentro están las paredes abarrotadas por una multitud silenciosa que estalla contra las estanterías, incluso contra la escalera que baja al lavabo bajo una humareda verde. Sobre la mesa de ping-pong aparece la terrible figura del aguador árabe con un sombrero lleno de campanillas, el ropaje de espejos que brillan al reflejo de la pantalla, un hierático fantoche de vidrio que refracta las cabezas del público. A su lado está un cura con el bonete ladeado en el occipital o un maestro con la calva carnosa y los ojos redondos y húmedos. Ahora consigues ladearte entre dos cuerpos. Finalmente puedes ver al guerrillero. Es un hombre pelirrojo con un costurón trenzado que le baja desde la frente al pezón de la oreja izquierda. El pelirrojo mira la terrible figura del presidente

del tribunal con el ojo sano. El otro es un punto fijo, de un vidrio de mala calidad. El aguador escarba entre su ropaje y saca un papel de estraza y lo eleva en el aire.

En el fondo de la almohada está el espectro luminoso de tu memoria. Las cavidades bajas las tienes ya llenas de música de Bach, los muslos toman una densidad azucarada, golpeas frenéticamente el vientre de Julie y la chica da un alarido final en tu yugular. Lo vas a vomitar todo en el lavabo, el desván de tu infancia, el baúl cerrado. Así, encanto, todavía puedes un poco más. Empuja con los riñones contra la tarta de moka. La próstata rebosante y la cabeza hundida en la almohada luminosa llena de figuras y paisajes de gran melancolía. La terrible figura del aguador eleva en el aire el papel de estraza con el anónimo.

Las campanas del Vaticano tañen a gran difunto en la radio de la portera. Montini está expuesto en el altar de la confesión con la duda congelada en el entrecejo. Luciani ha escarchado la sonrisa de paleta, ha alcanzado la inmovilidad leyendo el Kempis, los dos se van a la tumba acompañados por una pompa de terciopelo negro, este es un verano fétido en que llueven pájaros polvorientos y los Papas mueren a pares. Estás tendido en la cama con el cogote masacrado por un engrudo del cabezal. En la mesilla de noche hay un plato de atún en escabeche, la pecera con la trucha, el cepillo de dientes y un mendrugo. Miras por la ventana del patio interior y ves un triángulo de cielo cruzado por la colada de la vecindad. Allí están las bragas negras de Julie. Pero Julie se ha largado por completo. Ella te había advertido que su ciclo habitual de fidelidad a un hombre no solía rebasar los tres meses. Hay que volar, encanto, esto es una carrera de galgos sobre las acacias. No han pasado los tres meses todavía y la chica se ha esfumado. Pero ahí están las bragas, ya ves, un encaje lleno de vibraciones colgado en el tendedero.

Ya estás solo en la guarida como una rata. En el piso de arriba suena la pata de palo de un cojo. Debajo de la cama queda un cartucho de dinamita. Una tarde fétida como esta, en un verano como este en que los gorriones sedientos se desploman sobre las aceras no hay mejor cosa que hacer. Ella te ha enseñado a liarlo según la costumbre de los que vuelven de Bali y montan la paradita en el Melkweeg de Amsterdam. Anda, criatura, acércate y verás la séptima cara del dado, el perfil putrefacto de la lógica. Toma esta china de hachís y caliéntala al amor de una cerilla hasta que se reblandezca. Con las yemas de tus dedos de pianista dale ahora un suave masaje para que se convierta en una gravilla pegajosa. Despacio, criatura, despacio. Este debe ser un trabajo muy rítmico, muy dulce, talmente una caricia de confesor, como la de un anacoreta que se tienta el frenillo del glande. Mientras tanto piensa en Buda, por ejemplo. Piensa que el ombligo de Buda exuda un hilo de miel que le fluye por la barrica del vientre hasta inundarle el sexo azucarado.

La chica te ha levantado el lacre de la parte prohibida del seso, ha liberado todas las ondas de tu coco magnético. Bajo este pelo de panoja un complicado aparato destila una sustancia eléctrica que puede alimentar una bombilla de cien vatios, lo suficiente para iluminar una verbenita con churros y tiovivos. Coge un cable y enchufa un polo en cada oreja. Plafff... ¿has visto? Ese calambrazo es el método cartesiano, la sacudida de la inteligencia que te ha fundido los plomos. Déjalo así a oscuras, la inteligencia ya no sirve para nada, es una maniobra llena de trucos.

Probablemente Julie también ha venido con el cargamento. Ellos tienen miedo, esa es la nota primordial, que todos tienen miedo y piden a gritos un filósofo o un dios agrario o un menestral con tirantes o un artista fracasado con bigotito de mosca y un mechón sobre la frente que dé una solución a este miedo. Ellos quieren pastillas para el terror del milenario. Mas de repente se ha presentado un filósofo pagado por el Pentágono. Llega con un IBM en el sobaco fumigado con desodorante y el pelo cortado a cepillo. Este es el veredicto de la ordenadora: mandad unos expertos contratistas a la India para que cacen a lazo dos millares de gurús, yoguis, fakires, maestros de la ciencia oculta y fabricantes de satoris, que pasen el escobón y la pala por las aceras de Benarés y traigan para acá en cazabombarderos toda clase de espiritualidad que pueda transformarse en hierba, barbitúrico, estimulante, calmante, sedante, excitante. Arrojad después este cargamento en paracaídas sobre los campos rebeldes, sobre las fábricas. Distribuidlo por las tiendas de herbolarios. Los gurús sentarán la rabadilla en el césped con las patitas en forma de equis alrededor del sexo y los discípulos tocarán el xilofón con una pipa de kif en las costillas del santo. El Mayo del 68 ha sido fumigado con marihuana y aquellos líderes pecosillos están celebrando la luna llena de agosto con la tripita repleta de miel. Ellos han decidido sacrificar dos generaciones con supositorios. Julie ha llegado a ti como un resto de naufragio.

Has resistido hasta el último momento. Tu teoría era que había que usar la inteligencia como una especie de violencia, el sentido común como una bomba de mano. Decías que no basta con tumbarse panza arriba y esperar a que caigan como frutas los conceptos podridos. Hay que derribarlos, hay que pudrir primero las culatas con silogismos, soltar las termitas sobre las vigas del templo para que hagan su trabajo. Cualquier revolución debe apoyarse en una estética, bien, decías que tu estética era el cinismo, sonrojar a los jueces, poner en evidencia a los inspectores, rebatir a los maestros hasta que el resuello se les escape por las orejas como a un dragón japonés. Debes huir de las emociones, pero si el cinismo no es suficiente entonces besas un cartucho de dinamita y lo arrojas sobre el desayuno en la hierba. La chica te ha dicho que para eso hay que tener la tensión alta.

Cuando el camarada te la ha presentado después de la carrera de motos una mañana soleada de domingo, le has dado la mano y la chica se ha sonrojado. Está nerviosa, ahora lo recuerdas, porque se le dilatan las aletas de la nariz. Apenas puede construir algunas frases bien ligadas en castellano, llena las pausas con un suspiro o con una sonrisa enfurecida o con el chasquido de los dedos en el aire, como si llevara el ritmo de una batería y luego se golpea la frente. Julie te ha descifrado el jeroglífico paseando bajo los chopos de la Universitaria. La chica tiene veintitrés años, está divorciada de un tal Arthur, un fabricante de embutidos de Baviera, un sujeto romántico, por lo visto, que se daba friegas con sosa cáustica. Tenía un perro afgano y estaba obsesionado por la limpieza, sus brazos peludos y sonrosados dentro de unas mangas de camisas caladas tocando a Brahms en la oficina de la fábrica. La chica se

había casado a los diecisiete años, alimentada de hamburguesas, patinando entre los coches estacionados en la explanada de los grandes almacenes mientras el marido compraba latas de conserva. La noche de bodas ella interpretó a Vivaldi en el piano. La chica se ha divorciado cuando ha visto claro que Arthur jamás se pintaría el sexo de azul celeste. A pesar de todo el fabricante de embutidos despidió a la chica con una cena exquisita en la que los dos bebieron vinos de Francia, la casa iluminada con candelabros de plata antigua que lloraban sobre la vajilla de Limoges propiedad de su suegro que fue general del káiser y sobre el mantel bordado con el escudo de la familia que eran madereros de Baviera, un abeto con hilo de plata por el que rampa una ardilla. La charcutería da para hacerse feliz. Finalmente él le dio un beso en la frente y después de los postres sacó las maletas de la chica al porche y en la puerta del coche le quitó el anillo, le dio una palmada en el trasero y la chica comenzó a volar.

En la primera tienda se ha comprado una zamarra de indio apache, ha abierto sus alas de ante y ha planeado en vuelo sin motor por las pirámides de México, sobre el palacio de Cnosos de Creta, por las laderas del Tibet, por Bali, por el Machupicchu hasta caer en la guarida con la misma zamarra radiactiva ilustrada por todas las vibraciones, con las conjuntivas color amarillo limón y su adorable cabecita rubia casi transparente llena de proverbios, versos del Corán, mandras, salmos, recetas culinarias y fórmulas de felicidad. La chica ya no encuentra un sitio donde meter la aguja. Se pincha hasta en los párpados. Acércate, encanto, y coge el cartucho de dinamita que tienes bajo la cama, extrae una muestra y amásala con la pasta perfumada del hachís. La mierda y la dinamita son los dos polos de esta cultura. Hacia la vertical del Sinaí por un lado llega una polvareda de heroína y por otro acude un frente de ácido nítrico y al entrar en contacto en una tormenta de septiembre ves que el rayo ilumina las tablas de la ley en el espacio del patio interior.

Así, suavemente, muy bien, encanto. Ahora saca el papel de fumar, marca Jean, y lía para ti solo, como ella te ha enseñado, un canuto acampanado con ese producto de los dioses. Trenza con la uña una corona real en la punta del artefacto explosivo cuya onda expansiva está científicamente calculada para que te derribe todo el seso excepto la glándula pineal que es la morada de la estética. Prende el chisme. Cuelga el fulminante en tu ardiente comisura, recuéstate en el sillón frailer y aspira. Aspira. Aspira. Aspira hasta que se te pongan muy dulces las patas.

¡¡Crac... crac... crac... prumcrackkkk!!

Ya está. ¿Lo ves? No ha sido nada. Tu glándula pineal ha despegado en dirección a la luna y una parte del occipital la tienes bajo la cama. El ojo sano aún no desprendido del pómulo está encima del armario. El grueso de la masa encefálica se te ha aplastado, como un pastel de aniversario, contra el calendario de Marilyn Monroe, el póster del Che Guevara y los carteles de chicas desnudas sobre radiantes motocicletas. La ráfaga de dientes ha segado el geranio de la ventana del patio interior y su tallo comienza a sangrar hacia el fondo del pozo. El cerebelo se te ha ido

girando como una hélice. ¿Acaso no oyes nada? Después de un sólido silencio el pasodoble Suspiros de España tocado por un sintetizador electrónico bien temperado atraviesa las esferas hibernadas persiguiendo tu glándula pineal que acaba de entrar en órbita. Ya has logrado alcanzar la evasión absoluta. Te has convertido en una idea sintética *a priori* musicada por el maestro Gordillo. Y das vueltas, y vueltas, y vueltas alrededor del mapa de operaciones planeando sobre la geopolítica. Lo que ves ahí abajo es lo mismo de antes, la Sexta Flota que no se ha movido, la gran categoría de Platón que deriva por el Mediterráneo con sus marines de pelo de cepillo, con un pito colgado del canesú. Aquello que ves allá es la democracia, espiroquetas pálidas que navegan en un chancro de cocacola alrededor de la Ford de Almusafes. Cuéntame tu experiencia lírica, dime cómo estás ahí arriba, encanto, convertido en musa de artillería. Una chupada más y le hubieras visto el aura a la gorra del coronel, pero la explosión ha sido demasiado concreta, te has ido demasiado rápido. Desde la altura de esa belleza radial, ¿puedes vislumbrar allá abajo el campo feliz de una democracia bajo las acacias en flor? Todo enturbiado por una calima de marihuana vislumbras el burro muerto vestido de pontifical que describe una comba magnífica en el cielo y cae a plomo en el jardín del balneario derruido, en el Congreso de los Diputados.

Desde esa altura apareces tal como eres. Estás espatarrado en la cama con las manos en el cogote mirando hacia la ventana del patio interior con tu ojo sano. Una cicatriz que te baja desde la frente hasta el pezón de la oreja está interrumpida por un punto de cristal de no muy buena calidad. Eres profesor de filosofía, de Ética para ser exacto y te llaman el pelirrojo porque tu cabello es pelirrojo, fíjate qué ingenio. Tienes una matadura en la pantorrilla derecha y sufres un poco de asma, un desgarró en la respiración que chirría en los momentos solemnes. Además de esto el esófago se te corona muchas veces con una lija ácida. Tu salud es más bien una mierda, por lo que se ve. Cuando se acerca una borrasca te escuece la cicatriz de la cara, pero eso lo consideras una ventaja, una forma de ir por delante del tiempo.

Eres completamente normal cuando la cosa se refiere al interior del coco. Hasta hace poco vivías en una pensión con una patrona que hacía solitarios en la mesa camilla, te despertaba todos los días el toque de corneta del cuartel vecino, desayunabas un café con leche un poco rancio, el sol entraba enseguida en la alcoba llena de papeles y de ropa sucia, veías a los militares que llegaban a la oficina con los ojos hinchados y te ponías a repasar la lección de filosofía. Nunca te ha sucedido nada anormal, excepto la bomba que se te llevó el ojo. Has conocido algunas chicas, sobre todo extranjeras que caen por la Facultad. Después de pensarlo mucho te has decidido a dejar la pensión. Has abandonado la tierna patrona de rímel corrido y la pescadilla soberana, nocturna, que te ha alimentado durante los estertores del franquismo, la reforma política y la iniciación de la democracia. Has alquilado una habitación independiente. Ahora en el espejo del armario abierto te ves tumbado,

rodeado de libros y periódicos, con un plato de atún en escabeche en la mesilla. Es la desventaja de vivir solo. Tienes que comprar comida que no se estropee, de lo contrario el paisaje inmediato comienza a oler a pocilga. En la radio de la portera están dando un funeral, dicen que se ha muerto un Papa o dos. Tu único problema es salir un poco del tedio. Siguen las mismas tardes somnolientas. Sales a estirar las piernas a la caída del sol, miras los escaparates comiendo castañas, tomas un bocadillo de calamares y regresas a la guarida a estudiar filosofía, lecciones de Ética, cara a la colada del vecino. Algunas veces te da la neurastenia, sacas el tronco por encima del alféizar y sueltas un alarido de Tarzán. Me aburrooooo... Que resuena con un eco estremecido en todo el patio interior. Las madres se asoman al tendedero y preguntan a quién han degollado.

La verdad es que esperabas algo más de la democracia, ya sabes, otra cosa, una euforia. Estaba cantado. El cambio solo se nota en el sexo, los kioscos y todo eso, las revistas que traen señoras desnudas. Y los cines. Tú eres un humilde profesor de filosofía que no se mete donde no le importa. El 15 de junio no llegaste a votar porque no estás censado. Nunca te ha sucedido nada especial. Lo único, tal vez, lo de esta mañana cuando has ido a la agencia de transportes.

Bajas por la Carrera de San Jerónimo y de repente ves el Palacio de las Cortes bombardeado, rodeado de jardines con un fabuloso surtidor de agua junto a la piscina olímpica. El techo derruido descubre los pasillos de mármol, un pabellón de cuartos con bañeras y una pérgola con columnas de Itálica. La fachada está pintada con cal. Alrededor de los escombros desfila una agrupación de majorettes, con unas piernas formidables haciendo aspas con un bastón, seguidas por una banda de música que toca Suspiros de España. El barrio ha cogido una belleza prodigiosa, unas ruinas llenas de flores y la gente sentada por allí con la merienda, eso que extiendes la manta a la sombra del seat con las puertas abiertas y oyes en el transistor el carrusel deportivo. Pero no has podido averiguar exactamente qué fiesta es hoy. Has preguntado a unos que comían tortilla de patatas sentados en capiteles abatidos y te ha contestado un viejo: hoy votan tu felicidad, hermano, te quieren salvar, date por muerto. Entonces te has parado a ver las maniobras de las majorettes al son de la charanguita. Se ha armado un poco de revuelo porque una chica de la formación, fíjate qué belleza con las botas rojas relucientes, el jubón de húsar y el morrión con plumas, ha tropezado en el derribo, se ha dado de narices y le ha estallado el uniforme. Algunos han podido ver rodando sus tetas de goma-espuma, han descubierto el muelle saltando en la entrepierna. Bueno, son travestis, da igual, pero son hermosos levantando las rubicundas patas alrededor de la fuente.

Por lo visto esta mañana ha habido una sesión importante en el Congreso. La bandera española está izada en lo más alto de las ruinas como en un fuerte que acaba de ser bombardeado y aún resiste. El cuadro tiene una belleza insólita. Ves los

escombros llenos de flores, el jardín agostado, el pabellón desventrado y algunos diputados con traje blanco y sombrero jipijapa como Scott Fitzgerald que se pasean alrededor de la última escena y apartan los cascotes con el bastón de empuñadura de plata. Allí dentro has reconocido a una figura de tu infancia vestida de camarero que pasea una tarta de moka por el bar de la balaustrada.

Entre la pérgola y la piscina se realiza un cuadro de vivo color, sonido e imagen, un número de feria berebere con sabor a anfetamina. Hay cabras que tocan el caramillo, pájaros gigantes terminados en forma de león cabalgados por señorías desnudas, grandes burbujas de espuma en cuyo interior se abraza una pareja de travestís. Un corro de diputados está en la piscina bajo una esfera por la que sale un pie, un cuello de cisne, unas ramas floridas y unos espectadores atónitos. Abril Martorell tiene el dorso dentro del agua con las piernas abiertas en el aire tapándose el sexo con las manos. Felipe González es transportado desnudo dentro de las valvas de un enorme mejillón, el vasco Arzallus con el nivel del agua por las ingles levanta al cielo la cara patética pidiendo ayuda, una pareja baila un chotis y un comunista medita con las manos en las sienes entre dos grandes pajarracos.

Al fondo se ve el resplandor de un incendio provocado por el bombardeo y aquí dentro hay un fabuloso ajeteo de ayuda mutua. Un mono sube por una escalera de mano transportando una bandeja con argamasa hacia lo alto de un torreón desmochado donde está el patíbulo. Máscaras animales juegan con los diputados, los gorilas persiguen a las muchachas desnudas, un ciervo erguido abraza a un travesti y un policía en cueros y con casco cabalga sobre un cebú y aparece atravesado por una flecha.

Roca Junyent es un pez emperador con fusta de montar y cinta métrica colgada del pescuezo a modo de látigo o reata. Lleva un guardapolvo con los bolsillos llenos de denarios. Por lo que se ve es el comisionado de la ponencia constitucional para parlamentar con el escuadrón de travestis que avanza sobre las ruinas en dirección a la pérgola. En la explanada detiene a la formación. Míralos, son hermosos como caballos voladores enjaezados. Las majorettes han cuadrado sus muslos formidables a la voz de mando. Alto. Derecha ar. Ahí están formados, una fila le da al tambor, otra toca la corneta y el resto dibuja formas ópticas con el bastón en el aire. Roca Junyent para revista a la tropa. Con la fusta levanta alguna barbilla, da un cariñoso azote en el culo de un oficial, inspecciona las botonaduras de oro, el lustre de las botas rojas. Atención. Roca Junyent saca una chuleta del bolsillo y lee en voz alta: los ciudadanos tienen obligación de contribuir a la defensa de España y están sujetos a los deberes militares que exige la ley. Podrá establecerse un servicio civil para el cumplimiento de los fines de interés general. Se reconoce el derecho a la objeción de conciencia. La ley la regulará con las debidas garantías imponiendo una prestación social sustitutiva. Firmes ar. Lo habéis oído, hermosos caballos de la noche, a vosotros se os llama tal vez para el destino más humano, vuestra misión es pasar un algodón con agua

oxigenada por el ojo morado de la patria a la salida del drugstore. Id, volad sobre las ruinas con la bragueta llena de estrellas. Romped filas.

Los travestís se desparraman por la fiesta, se sientan en parejas en la escalinata a comer bocadillos y a tomar cerveza, recostados con la orejita florecida con un clavel. Las majorettes mueven sus labios pintados en forma de corazón. Otros se han sentado en primera fila para ver el espectáculo. En el espacio se establece una aura magnética llena de dicha. Puede decirse que este es un jardín de las Hespérides donde no tienes más que alargar la mano para encontrar una fruta que siempre has deseado en el nivel exacto de azúcar. El chico de la vespa ha llegado con la madre patria en el portaequipajes. El graderío de la pérgola se llena de diputados y cada uno se ofrece a sí mismo el placer concebido. Fraga repite la actuación del lanzallamas. Sopla hacia el cielo, acerca la tea y su aliento se convierte en una llamarada de cuatro metros de altura. Algunos aplauden. Carrillo toca la dulzaina frente al cesto, rodeado de panderos. De pronto levanta la tapa de mimbre y una cobra de plástico accionada con pilas levanta el cuello achatado. El espectro de tu infancia pasea entre los corros con el alfange enterrado en la tarta de moka. Adolfo Suárez hace gincana con la vespa entre las columnas de Itálica y la madre patria en el portaequipajes agita un sostén con el dedo índice. Pégate bien a los riñones, encanto, que vamos a coger la vertical. Oreja Aguirre regenta un puesto de pinchos morunos. Tierno Galván abandona la piscina, se pone un albornoz, extiende el cartelón y comienza un cantar de ciego con tonadilla envenenada. Érase una vez un enanito polainudo que trajo la felicidad a sus súbditos como un presente de dátiles desde lo más profundo del desierto, era panzón como una croqueta, tenía la voz de flauta dulce y el culo de madre abadesa, amaba profundamente las escopetas y estaba enamorado de la yugular de su vecino al que regalaba aceite de ricino. Jordi Pujol pregona bombón helado por los graderíos con el cajetín colgado sobre el vientre. Letamendía se ha encargado de la rifa del pollo y el bastón de caramelos, va por el jardín derruido vendiendo la barajita. El festín ofrece una ruidosa movilidad bajo el sol prodigioso de otoño. En la campana del cielo se extasía la dicha.

Al fondo se ve el resplandor del incendio, una sandía abierta con columnas de humo. En el balneario hay andamios contra las paredes desmochadas, obreros con casco trabajan para remediar lo más urgente, apuntalan algún lienzo de muro, taponan las cañerías, apartan los escombros más molestos. Debajo de las ruinas aparecen cuadros pintados al óleo, un prócer antiguo que asoma la barba entre una escupidera rota, una escultura partida con la cabeza metida en la taza de un water. Pero en el jardín hay una felicidad estática. Y en los alrededores los domingueros comen tortilla de patatas a la sombra del seat sentados alrededor de una manta mientras oyen el carrusel deportivo.

Sobre un montón de chatarra ves a Pérez Llorca y a Peces-Barba hablando con el trapero. Son tres figuras patéticas dentro de la festividad. Están algo apartados del jolgorio, sobre un montón de hierro viejo, somiers, lavadoras, frigoríficos y cocinas

con lápiz y papel en la mano. El trapero gesticula braceando en el aire, se echa la gorra de fieltro al cogote y los diputados escuchan sus razones, Peces-Barba con la cabeza coronada de campanillas moradas y Pérez Llorca con una hoja de afeitar entre los dientes. El trapero quiere quedarse con la contrata del derribo y los diputados le dicen que aquí no se vende nada.

El trapero pone los brazos en cruz, se arrodilla sobre un friegaplatos y suplica en voz alta, pero los diputados contestan que aquí no se toca nada, todo sirve, oiga, no están los tiempos para lujos. Tal como lo ves dentro de un tiempo esto será un hermoso monumento lleno de alfombras del patrimonio, espejos esmerilados, mármoles veteados, escaños de caoba y cuero rojo con frescos históricos y un dulce aire atrapado por cortinajes densos. Pero ahora no se toca nada. El trapero es el único que está aquí por cosas de negocio. Los demás han venido a gozar de la libertad, todos esperan el número bomba con racimos de uva colgados de las orejas.

De pronto, por un pasillo, saltando cascotes, llegan los empresarios que traen al artista. Su cuidador lo ha equipado muy moderno en plan figura del cuadrilátero. Aquí llega con un batín de seda roja tornasolada, con el nombre azul fosforescente en la espalda. Haced sonar los timbres, que viene el gran Martín Mohamed. En la pérgola hay un aplauso cerrado y el viejo yogui saluda con el candelabro de sus brazos secos sonriendo con la boca desdentada bajo el sol. Todos se acercan a la rotonda del jardín, los travestis, los invitados, los domingueros y los guardias que vigilan la verja.

Por un don de la naturaleza y después de muchos años de ejercicio, Martín Mohamed, con un perfecto dominio de los músculos involuntarios ha logrado invertir el proceso de la digestión, esa es la habilidad que ha sido requerida para entretener la festividad del balneario. Martín Mohamed puede cambiar la acción peristáltica de los intestinos y el movimiento del gástrico para dar el espectáculo, siempre gratuito, de sacar por la boca un objeto introducido por el recto.

Martín Mohamed está en medio del quórum y solo se oye el gran surtidor de agua. El yogui pide a un ujier que le entregue la tela blanca, un retal de sábana, porque quiere enseñar a la afición el nuevo adelanto de su técnica. Martín Mohamed ha incorporado una tintorería a su estómago, de modo que esta tela, respetable público, entra blanca por aquí debajo y va a salir por la boca pintada de varios colores. El yogui se introduce con un suave apretón un cabo de la tela y el señor presidente pide silencio, por favor, estamos en sesión, silencio por favor, estamos en sesión. Allí arrodillado, todo el mundo callado, el faquir Mohamed comienza a ondular el vientre con unas palpitations largas y densas hacia arriba, el trapo se agita en la alfombra y desaparece por la entrepierna en mitad del hemiciclo del Congreso.

Cuando Martín Mohamed está en forma la ceremonia dura una hora según el cronómetro oficial. Para entretener la espera en la pérgola se ha montado un tingladillo de apuestas para acertar los colores de la bandera. La charanguita de la ponencia ameniza el espacio a los sonos del pasodoble Suspiros de España. Pero sin

esperarlo nadie, ha sobrevenido el crimen con un pánico general. El vientre de Martín Mohamed describe unas ondulaciones espesas hacia arriba. Hace ya una hora que la tela ha desaparecido, mientras la parroquia organiza apuestas y rifas sin dejar de atender a las señales del profeta. Mohamed está echado en el suelo, los espasmos y retortijones eléctricos le hacen garrear, el sudor le empaña los ojos, le humedece la sonrisa violenta y a la vez respetuosa con la cámara. El profeta con un guiño anuncia que el momento ha llegado. Lentamente apoya el torso en los antebrazos, clava el cráneo en la alfombra, pone los pies en alto y hace el pino en medio de la pérgola. Ante un silencio absoluto el profeta abre la boca desmesuradamente y entre sus encías de rosa aparece la punta del trapo. Pero nadie ha podido ver más. En ese instante se ha cometido la venganza. Un camarero se ha acercado al yogui con una tarta de moka en la mano, ha escarbado en su interior hasta encontrar la faca berebere y ha apuñalado repetidas veces al artista hasta dejarlo muerto del todo. El balneario ha quedado petrificado. Ellos tendrán que esperar el resultado de la autopsia para saber los colores de la bandera.

Estás tumbado en la cama con un plato de atún en la mesilla y un cartucho de dinamita debajo de la almohada. En este momento llaman al timbre. Y el corazón te da un latido violento. Puede ser un policía vestidito de Cortefiel que llega a rendirte honores. Puede ser Julie que vuelve por las bragas y las gafas de sol. El segundo timbrado es más autoritario y te hace saltar del catre. Dudas diez segundos todavía y por fin te decides a abrir la puerta. Enseguida has visto el capitoné de la agencia de transportes Mateu & Mateu. Un joven con mono azul pregunta por tu nombre completo. Efectivamente, aquí es. El transportista con un silbido avisa a sus compañeros que ya pueden descargar. Él se queda midiendo con una mirada analítica la anchura de la puerta. Entonces por el corto pasillo que comunica tu guarida con el portal ves llegar a dos cargadores de la empresa blasfemando con un baúl a cuestas. Realizan unas maniobras para entrar mientras apartas la silla, corres la mesa y quitas los periódicos del suelo. Dejen este trasto aquí.

Han tenido que ayudar todos, incluso el conductor del capitoné, para que el enorme baúl no aplastara mortalmente a un empleado. Después has firmado un recibo, has dado una propina y ellos se han largado. Te tumbas otra vez en la cama y lees el remitente. Haces una bola con el papel y la lanzas al patio interior. El baúl ocupa prácticamente todo el espacio libre de la guarida, aunque es sensiblemente más pequeño de lo que habías imaginado. A partir de ahora va a ser imposible moverse por aquí dentro. Pones las manos bajo el cogote y pasas más de una hora mirando ese trasto cerrado con tu único ojo. Hoy ha sido un buen día para ti. Te han sucedido algunas cosas.

